

GODOFREDO Y GARCINDA

I.

HACIA la época de la segunda cruzada vivía cerca de Carcasona, en Provenza, un noble, el conde Hugo de Malaspina, quien despues de la muerte de su bella y virtuosa esposa, envió á su hija única Garcinda, entónces de edad de diez años, acompañada de su hermana de leche, Aigleta, al convento de Monte Salvair para que se educara, y libre de este cuidado y á pesar de sus canas, empezó la vida de aventuras del soltero.

Era un altivo caballero, muy popular con los hombres y las mujeres, de modo que jamás le faltaban invitaciones para alegres torneos y banquetes en los castillos de los opulentos nobles que vivían cerca ó léjos de su morada. Sin embargo, con la edad, se enfrió su entusiasmo, tanto por los ejercicios militares como por la gaya ciencia, y dejó que en ambas cosas le llevaran la palma los jóvenes; pero desarrollándose en cambio en nuestro héroe una excesiva afición al vino y á los dados, con lo cual varió por completo su carácter; y del hombre prudente que era, cuidadoso de sí mismo y de su hacien-

da, cayó en la degradacion del trasnochador y sólo ocupaba su castillo como arrendatario de sus acreedores, no pudiendo llamar suyo otra cosa que su valor intachable de caballero y el corazon de su hija. A fin de no apesadumbrar á ésta, el conde Hugo tenía el mayor cuidado de que no llegase al convento el rumor del mal estado de su hacienda. Acostumbraba hacer una visita á su hija dos veces al año, y la jóven, que hasta entónces había consagrado todo su cariño á su padre, á quien admiraba como el ideal de la virtud caballeresca y de la perfeccion humanas, no dejó de notar que los ojos del cada dia más avejentado caballero, habían perdido hacía tiempo su alegre expresion, que sus mejillas estaban hundidas y sus labios habitualmente apretados; pero como conocía el medio de alegrarlos durante su estancia en el convento y hacerle olvidar el mundo exterior, naturalmente atribuía la variacion que en él encontraba á la soledad en que se veía, y le rogaba con insistencia que la llevase consigo. Esta súplica era recibida por el conde con suspiros, moviendo tristemente la cabeza y declarando, por último, que no era conveniente para su buena fama que fuese á vivir en un castillo aislado, habitado sólo por hombres y sin otra proteccion que la que él podía ofrecerle. En consecuencia, no quería sacarla del convento hasta que pudiera cambiar la compañía de las piadosas hermanas por la de un marido digno de ella. Esta contestacion no era del agrado de la inteligente jóven, porque si bien era cierto que había sido muy feliz con las monjas, que eran alegres y bulliciosas, que había tenido además á su lado á la festiva Aigleta,—niña encantadora que era tan chistosa como es posible serlo en un convento,—Garcinda deseaba conocer y gozar algo del mundo exterior y sobre todo dedicar enteramente su amante corazon á su padre. Mas éste insistiendo en que el honor de su casa no permitía que variasen las cosas y terminada la conversacion sobre ese asunto—como aguijoneado por un secreto pesar—se separaba repentinamente de su encantadora hija, la cual se sentaba en la torrecilla del convento, pensativa y mirando el camino que su padre había tomado.

Así pasaron años y años: la hija del conde había salido

de la niñez mucho tiempo hacía ; pero las buenas monjas, aunque deseosas de mantenerla á su lado, empezaban á extrañar que no se tratase de casarla ; porque aquellas buenas almas no tenían la más remota idea de que el conde Hugo refractario á confesar á su yerno , cualquiera que fuese , que estaba arruinado, hablaba de su hija tan poco como si se la hubiesen cambiado en la cuna, dejando en su lugar una muñeca.

Ahora bien , aconteció que una mañana temprano, cuando nadie le esperaba en su castillo , volvió el conde enteramente sólo en su yegua ruana y llamó á la puerta tan débilmente como un hombre mortalmente enfermo podría llamar á la puerta de un hospital.—El portero , gruñendo contra el intempestivo huésped que interrumpía su sueño matinal, habiendo mirado por la reja de la puerta del patio, se sobresaltó tanto con lo que vió, que apenas pudo con sus trémulas manos descorrer el cerrojo para dar entrada á su amo; porque la fisonomía del conde estaba pálida como la muerte, sus ojos hundidos, fijos y sin expresion, como si en lugar de volver de una fiesta en el castillo de su vecino el conde Pedro de Gaillac, hubiera salido de la caverna de San Patricio ó de algun otro lugar más terrible aún donde hubiera pasado la noche entre espectros.—Arrojó la brida del caballo (que estaba cubierto de sudor, y bebía con ansia la lluvia en la tierra) al alarmado servidor y pronunció una sola palabra : « Godofredo. » Enseguida subió la escalera de caracol que conducía á su solitaria habitacion , moviendo la cabeza cuando el criado le preguntaba si quería tomar alguna cosa ó que despertase á algunos otros servidores.

El portero, que jamás había visto á su amo en situacion semejante, habría tardado mucho en recobrar su serenidad, si el caballo, dando un agudo relincho de terror, no hubiera caido en tierra; con alguna dificultad le hizo levantar y condujo al estenuado animal á la caballeriza, donde le cuidó con esmero; despues, hablando consigo mismo y llamando en su auxilio á todos los santos del cielo, corrió en busca de Godofredo.

El jóven que llevaba este nombre vivía en una torrecilla retirada cubierta de yedra inmediata al foso, y como acababa de

amanecer, todavía estaba sumido en ese profundo sueño tan propio de su juventud y de la buena salud de que gozaba. Apenas tenía veinte años, y era sobrino del conde, fruto del desgraciado amor de una noble dama, la condesa Beatriz y de cierto trovador vagabundo que, conociendo el espíritu orgulloso y las costumbres de la casa de Malaspina, no tuvo medio alguno para obtenerla sino persuadirla de que se fugase con él. El conde Rambeurt, su padre, cuando descubrió la desgracia que había caído sobre su familia, sólo tomó parecer de su hijo Hugo; y ámbos, padre é hijo, salieron á caballo durante la noche en persecucion de los fugitivos. Al sétimo día regresaron al paso acompañando uno á cada lado una litera cerrada, dentro de la cual la jóven condesa yacía tan sumamente pálida, que más se asemejaba á una estatua de cera que á una persona humana.—El hermano había muerto al amante y el padre había maldecido al moribundo. Desde entónces no habló una palabra con ninguno de ellos, habitando cual una viuda en una torrecilla aislada, donde dió á luz á su hijo. Jamás se quejó, pero rechazó toda tentativa de reconciliacion, aunque despues de la muerte de su padre, el conde Hugo, que siempre la había profesado grande afecto, trató, por cuantos medios le eran posibles, de reconciliarse con ella. Él en persona llevó á su hijo á bautizar, y cuando se casó, impuso á su esposa el deber de visitar diariamente á la pobre solitaria, que jamás voluntariamente salía de la prision que había elegido.

Ambas señoras habían dejado de existir; el jóven Godofredo, llamado como su padre, fué educado cual si hubiera sido hijo del conde, y la verdad es que el hombre más altivo podía estar orgulloso de tal hijo. Era un jóven hermosísimo, ancho de espaldas, moreno, con grandes ojos negros y una boca tan bonita, que daba envidia á las mujeres, pero que rara vez se dibujaba en ella una sonrisa, porque á pesar de tener en abundancia todo cuanto un jóven de aquella época podía desear, ricos trajes, armas bien templadas, caballos, halcones y tiempo de sobra para dedicarse á los ejercicios propios de los nobles; y á pesar tambien de que desde su más tierna infancia nadie le había dicho una palabra desagradable acerca de su nacimiento, á pesar de todo esto, repetimos, mostra-

ba en su fisonomía una sombra de tristeza. Pasaba los días discurriendo á la ventura por el bosque, que estaba inmediato al foso, y al cual se llegaba á él por un puentecillo estrecho y se mantenía alejado de toda alegre compañía en la misma habitacion en que su madre le diera á luz, como si no hubiese habido en el mundo otro lugar preferible.—En vida de su madre había plantado rosales alrededor de la torrecilla, y conservaba la habitacion, el lecho y el guardaropa en el mismo estado que cuando vivía la condesa Beatriz. Por su parte, tenía pocas necesidades, y siempre estaba dispuesto á dejar aquel rincón en que se le toleraba, y que hubiere abandonado al oír la menor palabra mortificante.—Sin embargo, nadie pensaba en molestarle, y mucho ménos el conde Hugo, cuyo corazón había ganado el jóven por completo, hasta el punto de consagrar al huérfano todo el cariño que tenía á su hermana. Mas á pesar de todos los cuidados y del afecto que le demostraba, el hijo jamás pudo devolver con cariño el amistoso apretón de la mano que había muerto á su padre; y todo lo que el conde pudo hacer fué dejar á su sobrino en completa libertad. Jamás le exigió servicio alguno, le agradecía como un favor si Godofredo domesticaba un halcón ó domaba un potro, y cuando empezó á tener ménos recursos, más bien carecía él de lo necesario que Godofredo dejara de satisfacer cualquier deseo. Sin embargo, jamás lo llevaba á ninguna visita, no porque quisiera negar que era un vástago ilegítimo del tronco de su familia—especialmente desde la muerte de su madre—sino más bien porque no deseaba que el jóven conociera su relajado modo de vivir, ó que se corrompiera con las maneras libres de la disoluta sociedad de los nobles de la vecindad.

II.

En consecuencia, el sobrino, que jamás había recibido orden ninguna de su tío, se sorprendió de que tan súbitamente le despertara á una hora tan intempestiva el portero, quien con respiracion agitada le refirió lo que había pasado y le rogó fuese al castillo. No tardó el jóven en vestirse y en obedecer

á su tío.—Cuando entró en la habitación de éste, débilmente iluminada por la escasa luz del amanecer, le encontró sentado á una mesa con una bugía delante, á cuya luz había escrito una carta.—Estaba inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos y éstas como escondidas en su poblada cabellera cana.—Godofredo tuvo que llamarlo tres veces para que saliese de su meditación, y cuando al fin levantó la cabeza y vió la palidez que le cubría y la extraviada mirada de sus ojos, se sorprendió tristemente,—aunque no amaba á su tío,—pero hizo un esfuerzo, le preguntó si estaba malo y si quería que fuese á Carcasona en busca de un médico.

—Ensilla un caballo, Godofredo, contestó el conde Hugo; levántose con lentitud y sellando la carta que había escrito con su anillo, es preciso, añadió, que lleves hoy esta carta á la señora abadesa del convento del monte Salvair, que mañana debe enviarme á mi hija Garcinda, á quien tengo que comunicar un asunto importante, y como yo en persona no puedo ir á buscarla, porque el viaje que he hecho esta noche me ha hecho daño y la gota me anuncia que debo meterme en cama, más bien que montar á caballo, desearía que tu escoltases á tu prima para que viniera con toda seguridad. Lleva un criado contigo que volverá con las ropas que pueda necesitar mi hija por el momento, hasta que la abadesa envíe el resto del equipaje. El convento prestará á Garcinda un palafren como se lo suplico en esta carta, y pasareis la noche en la quinta de la Vaquiera, que está á mitad del camino, pues mi hija no está acostumbrada á viajar á caballo y el calor es grande.—A la tarde del tercer día os veré aquí.

El jóven recibió la carta, se detuvo un momento en el umbral como si alguna pregunta le quemase los labios, y luego añadió láconicamente: «Así se hará, señor,» y despues de hacer una leve inclinacion de cabeza abandonó la habitación.—Una vez de la parte de afuera de la puerta, creyó que lo había llamado el conde y permaneció quieto por un momento para convencerse de si era así efectivamente, pero no oyendo nada, bajó la escalera de caracol, sacó su caballo de la cuadra, dió las órdenes necesarias á uno de los escasos criados que permanecían en la arruinada casa, y como estaba medio dormi-

do y por tanto obraba con lentitud, le mandó que le siguiera, mientras él salió por la puerta pasando por delante del admirado portero que le preguntaba por el estado del conde ó si había fallecido, sin darle más respuesta que encogerse de hombros.

La razón de su priesa en cumplir aquella misión, no era otra que el temor de que su tío variase de modo de pensar, y lo llamase, puesto que durante los ochos años que su prima había estado ausente de la casa paterna, nunca había sido elegido para llevarle mensaje alguno, como si tuviera la idea preconcebida de impedir que se encontrasen juntos. Ciertamente es, que cuando ambos primos eran niños, no había ninguno á quien la condesita quisiera tanto como á su silencioso y orgulloso primo, el hijo del trovador vagabundo, quien ya en esta época llevaba la misma extraña y solitaria vida en la torrecilla en que su madre había espirado. Los criados suponían que á causa de Godofredo había enviado el conde su hija al convento, en vez de tomar una dueña, como hacían otros nobles viudos, y ahora ese mismo sobrino era el comisionado para conducir al castillo á la jóven, que segun de público se decía, era un portento de hermosura. ¿Se habría presentado en la noche anterior algun pretendiente, de modo que ya no sería necesario preservar á la jóven condesa de un amor inconveniente? ¿Acaso la muerte en su fantástico caballo habría acompañado al conde en su viaje de la noche anterior, de modo, que libre ya de todas las consideraciones humanas pensaría únicamente en hacer la paz con Dios, dejando en libertad á su hija de ser feliz ó desgraciada por su propia decision? Este misterio no tenía desenlace.

Tan pronto como las torrecillas del castillo de Malaspina se perdieron de vista, Godofredo sacudió su tristeza, y sólo dejó penetrar en su ánimo pensamientos lisonjeros y alegres,—huéspedes poco usuales en él,—acerca de la misión de que estaba encargado para con su compañera en los juegos de la niñez, cuyas delicadas facciones, sus risueños labios, sus blanquísimos dientes y sus grandes ojos negros, se presentaban á su imaginación, como si los hubiera visto la víspera. El día estaba sereno, ni una nube oscurecía el azul del cielo, en los

bosques se escuchaba el canto de los pájaros, los hermosos campos de la Provenza se abrían ante él dorados con el casi maduro trigo, y por la primera vez en su vida todas estas cosas le parecieron un don celestial. Empezó á cantar una de las trovas con que su padre ganó el corazón de su madre, que había encontrado en un libro de música con las palabras escritas al márgen por la propia mano de la condesa Beatriz, y que decía así:

«Le douz chants d'un auzelh
 Tue chantava en un plays
 Me desviet l'autr'ier
 De mon camin.»—

No sabía por qué motivo este canto particular le venía á la memoria; hasta entónces sólo había pensado en él con tristeza y pena; pero aquel dia lo cantaba con voz clara y alegría de corazón.

Al acercarse por la tarde al convento, su humor era más intranquilo, y su frente empezó á cubrirse de nubes. Con el corazón palpitante llamó á la puerta, y entregando la carta á una hermana lega á través de la reja, esperó la contestacion de la abadesa. No tardó mucho en llegar, diciendo que el mandato del conde sería obedecido, que al amanecer del dia siguiente ambas jóvenes serían entregadas al cuidado del mensajero, y que entre tanto, éste podría pasar la noche en casa del bailío del convento, que estaba acostumbrado á recibir forasteros, y que vivía en las viñas de monte Salvair.

La noche, sin embargo, pareció muy larga al jóven, porque su buen amigo, el sueño, no vino como de costumbre á visitarlo; envidiaba al criado (que ha llegado á media noche con el caballo para conducir el equipaje) y que dormía á pierna suelta, tanto por la influencia del vino del convento, como por la indiferencia que es su consecuencia inmediata; pero en Godofredo había alguna cosa que lo mantenía despierto y era más fuerte que el vino y el cansancio.

III.

Al fin apareció el alba del nuevo día; amo y criado ensillaron los caballos, despidiéronse del bailío y se dirigieron á la puerta del convento del monte Salvair, para esperar á la jóven condesa. No tardaron mucho en abrirse las puertas de la Santa Casa; la abadesa salió con su séquito de monjas y entre ellas la jóven Garcinda y su hermana de leche, que estaban en vísperas de entrar en una vida de libertad, mientras las hermanas volvían á su piadosa servidumbre.—Huvo tantas lágrimas, suspiros, abrazos y bendiciones que Godofredo tuvo que esperar algun tiempo para ver la fisonomía de su prima, perdida entre los velos de las monjas; pero una sola mirada de sus negros ojos y el brillo de sus rubios cabellos, hicieron tal efecto en él, que permaneció de pié al lado de su caballo en la mayor confusion, y apénas oyó á la abadesa, que preguntaba con manifiesta admiracion si era él realmente el mensajero que la víspera fué portador de la carta del conde de Malaspina, y á quien había de confiar su hija.—El criado, que estaba cerca con los brazos cruzados viendo lleno de admiracion á las santas mujeres, tuvo que tocarle con el codo al jóven para que volviera en sí, y con una reverente inclinacion de cabeza contestó la pregunta que había oido imperfectamente.—Luégo añadió con la vista fija en su prima: «El conde Hugo no ha podido venir en persona, y me ha encargado que caminemos lentamente y pasemos la noche en la Vaquiera.»

Dando cuenta de este prudente proyecto esperaba remover cualquier escrúpulo que pudiera ocurrir á la abadesa respecto á confiar á la jóven á la proteccion de un hombre de tan pocos años. Sin embargo, pareció que sus palabras habían producido un efecto contrario al que se proponía, porque despues de dirigir una mirada al cielo, la noble señora se volvió hácia algunas de las monjas más ancianas y tuvo con ellas en voz baja una especie de consulta. Luégo, cuando el bailío

sacó los caballos para las jóvenes y mientras algunas de las hermanas legas ayudaban al criado á colocar el equipaje y provisiones en la acémila, una joven con fisonomía alegre y vivaracha salió de entre la pantalla blanca y negra que formaban los hábitos de las monjas.—Era Aigleta, la hija de la nodriza de Garcinda, que se había hecho una encantadora joven y que acercándose al mudo mensajero, y tendiéndole una mano pequeña pero vigorosa, exclamó: «En nombre de Dios, sed bien venido, señor Godofredo! ¿sois vos?» Dicho lo cual se dirigió á la abadesa y le dijo algunas palabras al oído que disiparon, al parecer, todas las vacilaciones y ansiedad de esta. La piadosa señora tenía una completa confianza en las lecciones de prudencia y virtud que la joven había bebido en la casa conventual para que creyera posible que pudiera entregar su corazón á un primo ilegítimo que carecía de nombre especialmente en aquel momento, en que probablemente la esperaba una distinguida alianza. Abrazó, pues, á Garcinda, que prorrumpió en llanto, la ayudó á subir al palafren del convento, mientras que Aigleta, con el auxilio de Godofredo, montaba una jaquita de bastante génio, y entre muchos sollozos y despedidas con los pañuelos, la pequeña cavalgata atravesó al fin la puerta ojival del convento de Monte Salvair, al cual las esposas de Cristo lenta y tristemente volvieron.

Los jóvenes viajeros también caminaban más silenciosos y pensativos de lo que debía esperarse de un caballero de pocos años en la primavera de su vida, que escoltaba á dos hermosas doncellas que á caballo emprendían su primera expedición en un mundo risueño y nuevo para ellas. Después de algunas breves preguntas acerca de la salud de su padre, Godofredo no había vuelto á dirigir la palabra á Garcinda, quizá por la breve aunque respetuosa manera con que esta parecía evitar entrar en pormenores; pero Aigleta, que por su parte estaba muy satisfecha con haber abandonado el convento, después de un suspiro de gratitud por haber dejado la piadosa, pero monótona vida que allí llevaba, empezó á hacer á Godofredo una chistosa narración de aquella vida, día por día. La alegre muchacha era una buena mímica é imitaba á la perfección las

voces de las diferentes hermanas, sus cándidos secretos, sus ojos bajos, su franca risa y sus gritos alegres cuando nadie las observaba; sus pequeñas riñas, el acendrado amor de unas á otras en vísperas siempre de convertirse en ódio mortal. En medio de esta variada descripción, de repente imitaba la voz grave de la abadesa exhortándolas á la paz y pintando los peligros del mundo, que concluía con una mezcla de discursos religiosos y mundanos, con los cuales suponía que las monjas demostraban su sentimiento por la partida de la condesa; su envidia, sus sermones de que Satanás con todo su séquito la esperase á las puertas del convento, terminando tan larga y variada narración con las oraciones de la abadesa, pidiendo al Señor la librase de todo peligro, y especialmente de las tentaciones de los atrevidos caballeros y de los primos jóvenes.

Garcinda, que iba delante, puso fin á esta algazara riñendo con su dulce voz á Aigleta, pero sin volver la cara. Era pecado, dijo, después del mucho cariño y atenciones que habían merecido en el convento, poner en evidencia las debilidades de las pobres reclusas, y ella por lo ménos no podía olvidar, que siendo huérfana, había encontrado allí un hogar. A lo cual la alegre Aigleta, á quien no agradó mucho este sermón en presencia de Godofredo, contestó con un par de refranes: «Cada uno cuenta de la feria según le va en ella.» «Las verdades amargan.»

Pero lo que más incomodaba á la hermosa joven, era que Godofredo la trataba como á una extraña, mientras que ella por su parte le recordaba mucho, y entre otras cosas lo que le agradaba cuando de sus juveniles juegos resultaba que «Fredo»—así lo llamaban entonces—tenía que matar un dragón para librarla, ó despertarla de algún mágico sueño por medio de un beso; no siendo, pues, de extrañar que mientras hablaba con el criado, dirigiese frecuentes miradas á su otro compañero, llamándole la atención lo buen mozo y bien formado que era, cómo con un ligero movimiento de muñeca refrenaba su ardiente corcel, y que sin embargo tenía una mirada tan grave y triste, que parecía más propia de los santos de la iglesia de Monte Salvair.

¿Qué le haría estar tan silencioso? pensaba. Si por su baja condicion, añadía para sí, no era digna de llamar la atención de tan noble caballero, ¿cómo era que tampoco trataba de ganar las buenas gracias de su noble prima? Todo esto le ponía en tal confusión que gradualmente dejó de hablar y olvidó el ligero despecho que le había causado la reprimenda de la condesa. Por su parte el joven, que tanto había anhelado este día, deseaba á medida que el sol se elevaba que nunca hubiera amanecido. Cierto es que desde su más tierna infancia había considerado á su prima como el ideal de la hermosura y del amor; y aquella chispa se había conservado como un recuerdo en su corazón; pero ahora á la primera palabra de sus labios, al perfume de sus cabellos que le embriagaba, aquella chispa produjo una poderosa llama, y sufría tormentos que hasta entonces le fueran desconocidos.

Además, el aparente desvío de Garcinda aumentaba su angustia, porque si bien no podía conocer si este era debido á poca inclinación á su persona ó al tranquilo desden de la hija del conde por el servidor de su padre, lo que la hacía estar silenciosa y apartar sus miradas, había tenido tiempo sobrado desde que la escoltaba para calcular con matemática exactitud el abismo que la separaba de ella, y el deber que tenía de ahogar toda loca esperanza. Luego sus pensamientos se enderezaban á conjeturar quién llegaría á ser el poseedor de aquella joya confiada á su custodia; si habrían concedido su mano sin su corazón, ó si su padre, á causa sólo de su enfermedad, la había llamado á su lado tan repentinamente. Aunque así fuera, ¿sería ménos desesperada su situación contemplando algún tiempo más el inapreciable tesoro que al fin había de ser para otro?

Estos pensamientos le sumieron en tal melancolía, que la misma Garcinda, que tampoco estaba muy alegre, lo notó, y le preguntó si no quería tomar un poco de vino. Godofredo ruborizado hasta el blanco de los ojos, escusó su silencio con no haber dormido la noche anterior, é hizo cuanto pudo por aparecer más contento, y cuando al medio día hicieron alto en un bosque, cerca de una fuente, para tomar algún alimento, empezó á animarse, en tanto que Aigleta, que hacía largo

tiempo había echado en olvido su pasado disgusto, recobró la audacia de sus modales y participó del refrigerio, sazónándolo con sus chistes. Garcinda tomó asiento bajo un corpulento espino negro y toleró que la pequeña bruja, que no podía permanecer quieta un sólo instante, adornase con guirnaldas á todos, incluso el criado y los caballos, cantando alegremente canciones que les hacían reir, hasta que la jóven condesa, levantándose con aire grave, apartó la corona de su frente y propuso que se continuara el viaje. El último que se levantó del césped fué Godofredo, para quien aquél lugar era el Paraíso donde voluntariamente había olvidado sus penas, y sin embargo, cuando ayudó á montar á su prima, no se atrevió á estrechar sino con mucha suavidad su lindo pié al colocarlo en su mano. A esta presion ella volvió la cara al lado opuesto, y por un momento se vió envuelto en los suaves rizos de su cabellera que le caían hasta la cintura. Enseguida la jóven puso su cabalgadura al trote y todos caminaron algun tiempo, descansados con la hora de reposo que habían disfrutado, y hasta el mismo Godofredo llevaba la cabeza más erguida, como si el vino rojo que Aigleta le había servido en una copa rodeada de una guirnalda de flores, hubiera comunicado nueva vida á sus venas, inspirándole energía para gozar del tiempo presente.

La Vaquiera, adonde llegaron temprano por la tarde, era una hacienda situada enmedio de ricos pastos y espesos bosques; hasta hacía pocos años había sido propiedad de la casa de Malaspina; pero perdida al juego por el conde, la había ganado otro noble de las cercanías, Pedro de Gaillac, quien tenía otras cosas en qué ocuparse más que en atender á los ganados que había adquirido en aquel rincon. El mismo colono y su mujer, que vivian allí con gran número de pastores y pastoras, y á quienes el conde Hugo saludaba siempre que pasaba por las inmediaciones, no tenían la menor noticia de que ya no estaban bajo su dominio, y por lo tanto recibieron á su hija, á quien perfectamente recordaban, con toda la reverencia y atenciones debidas á su jóven ama. Sólo tenían una casa pequeña, porque los criados y pastores dormían en los establos, y desde luégo cedieron su única alcoba á las dos jóvenes y se

acomodaron bien ó mal en la cocina. Godofredo tuvo que contentarse con un desvan, al cual se subía por una escalera de mano, pero que por fortuna estaba bien aireado y cubierto de heno de la última cosecha. Sin embargo, hasta muy tarde no subió á su caramanchon, porque la mejor parte de aquella estrellada noche la pasó en una conversacion tan grave y seria, que sus impetuosos sentimientos quedaron subyugados, y á pesar de estar tan cerca de Garcinda recobró el sueño que había perdido la noche anterior. Las dos jóvenes, al contrario, aunque confesaban que con el largo viaje y el vino fuerte que habían bebido estaban muy cansadas, entretuvieron el tiempo mientras se desnudaban con esas confidencias tan comunes entre doncellas que duermen en la misma cama y, sin embargo, pretenden ocultarse mutuamente los secretos del corazon.— Porque las jóvenes creen que no hay mejor manera de callar una cosa que hablar extensamente de otra:

—¿Por qué habeis estado tan disgustada todo el dia, si es que no estais todavía enfadada conmigo por los disparates que dije á causa de la alegría que me causaba volver de nuevo al mundo? preguntó Aigleta á su amiga mientras la ayudaba á trenzarse el cabello :

—No, querida mia, replicó su melancólica compañera dejando caer las manos en su regazo. No era censura, sino que envidio tu carácter alegre.— Mi corazon está oprimido, ¡ay! Aigleta; tenía unas ilusiones tan risueñas acerca de mi vuelta á la casa paterna, de respirar libremente y de ver el mundo tal cual existe fuera de los muros de Monte Salvair. Y ahora...

—¿No os parece el mundo bastante hermoso, el cielo suficientemente azul, los prados de un verde encantador, ni el arroyo de bastante pureza para reflejar vuestra hermosura? dijo Aigleta riéndose.

—¿Cómo puedes burlarte de mi tristeza y ansiedad? repuso la hija del conde. Piensa sólo en que en el mismo momento en que vuelvo al mundo, mi querido padre está lejos de mí; que no puedo estrechar su mano ni oír su voz. ¡Oh! créeme, hay algo misterioso, oscuro, tal vez terrible, que se me oculta, cuyo presentimiento, á pesar de toda la brillantez del sol, oscurece para mí este dia tan deseado.

—¡Qué disparate! dijo Aigleta. ¿Quereis que os diga dónde está la nube que os ha cubierto con su sombra? En la frente y en los ojos de ese simple señor Fredo.—Negadlo si os atreveis; yo sé lo que sé y no tengo ojos en la cara en balde. ¿Acaso no teneis un perfecto derecho para ofenderos con sus maneras indiferentes y poco corteses? Poner una cara tan melancólica un hombre que tiene la fortuna de servir de caballero á dos dulcísimas doncellas, una de las cuales es además una condesa de alta alcurnia y su prima hermana? ¿Y esta misma noche, cuando paseábamos por los prados, no podía haber buscado otro asunto de conversacion más entretenido que el de las estrellas del cielo, si se iba á ellas despues de la muerte, y otros asuntos horrosos de igual naturaleza? Seguramente, y fácil es conocerlo, está próximo á morir de amor; pero eso no le excusa. Tanta tristeza estará muy bien en los poemas, cuando os los escriba; pero no cuando estais juntos y solos—porque yo cerraba los ojos y fingía dormir.

—¿Qué estás ahí charlando, architonta? exclamó Garcinda, procurando aparecer enfadada, aunque sonrojándose con una dulce emocion. ¿No sabes acaso cuál es la causa de que esté tan triste y grave, y que jamás será completamente feliz en su vida? No porque tome tan á pecho su nacimiento; porque si quisiera ir á cualquier córte extranjera y adquirir fama, nadie le echaría en cara lo que él no ha podido remediar, y podría obtener riquezas, tierras, renombre y pretender la mano de la hija de cualquier conde; pero aunque sea un soñador y no comprenda lo que le conviene, no es tan loco que fije en mí sus pensamientos, porque conoce muy bien que mi padre jamás le concedería mi mano. Vaya, hasta creo que más bien me odia por ser hija de mi padre, aunque en más elevada posicion que él por mi parte, siempre me conduciré como en los dias de nuestra infancia y haré cuanto pueda para renovar nuestra intimidad.

—Pst, replicó Aigleta al desabrocharse el cuerpo del vestido, tal vez tengais razon, y sin embargo, desearía que me odiase como á tí. Nada más desearía; pero soy hija de un siervo, ¿y quién se tomaría el trabajo de averiguar si soy digna de amor ó de odio? Sin embargo, añadió sacudiendo su negra cabellera,

creo que vale la pena, y de alta alcurnia ó no, ya verás *domna comtessa* en la red de estos cabellos negros como caen algunos pájaros de pintado plumaje, lo mismo que en la de tus doradas trenzas, y quizás si ese cuervo negro de Fredo, se libra de ellas...

—Cualquiera que te oiga hablar, interrumpió Garcinda, pensará que vienes de cualquiera otro lugar ménos de un convento; pero ahora á dormir, desearía que fuera ya de mañana y hubiera abrazado á mi padre.

Permanecieron quietas durante una hora, sin embargo, ninguna de ellas cerró los ojos; ciertamente el lecho de la hacienda era más duro que el del convento; pero esto sólo no habría turbado el reposo de unas jóvenes de diez y ocho años. Ambas contenían la respiracion, hasta que Aigleta se sentó de repente en la cama diciendo: «Jamás creí á las monjas cuando pretendían que el mundo exterior nos privaría del sueño, y ahora veo que apénas hemos puesto los pies fuera de las puertas del convento y el sueño huye ya de nosotras, y eso que ni siquiera estamos enamoradas. ¡Oh, Santísima Virgen de Monte Salvair, qué *sucedará* cuando llegemos á ese estado? ¡Vos, sin duda, tendreis algun marido distinguido y tantos amantes como deseéis; pero yo, suponiendo que alguno me agrada que no pueda ser mio, creo que pondré fuego á un bosque y me arrojaré dentro á pies juntillo! »

—¿Qué estás soñando? preguntó Garcinda sin levantar la cabeza de la almohada. ¿Supones que me casaría con un marido á quien no amara, ó que mi padre me entregue á cualquiera contra quien se rebelase mi corazon? ¿No sabes que no quiere á nadie más que á mí en el mundo, y que su mayor pena sería verme desgraciada? Duerme, el vino te se ha subido á la cabeza, y me parece que has salido del convento demasiado pronto.

—Amen, contestó la alegre doncella en la solemne voz de la abadesa; luégo lanzó una carcajada, pero dejó de hablar, y se durmió ántes que su señora.

A la mañana siguiente los caballos estuvieron ensillados en el patio una hora larga ántes de que las jóvenes aparecieran en el umbral. Saludaron familiarmente á Godofredo, habla-

ron un corto rato con las buenas gentes de La Vaquiera, y espolearon sus caballos á fin de llegar cuatro horas despues á Malaspina, ántes del calor de medio dia.

Tampoco se habló mucho en el camino; el jóven, á pesar del profundo sueño de que había gozado, estaba más pálido y más triste que el dia anterior; hasta la misma Aigleta parecía entregada á sus pensamientos, se mordía los labios y suspiraba de vez en cuando. Además, tenían gran dificultad en seguir á la condesa, que apretaba su palafren como si la persiguieran. Una vez se volvió hácia Godofredo, que se mantenía cerca de ella, por temor á que el espoleado palafren diera un paso en falso.—¿Creeis que mi padre nos saldrá al encuentro á caballo? preguntó esperando con ansiedad la respuesta.—Así lo creo, replicó el jóven sin atreverse á fijar la vista en ella, porque tambien tenía tristes presentimientos.

IV.

Cuando por primera vez estuvieron á la vista del castillo en Malaspina, Garcinda de repente recogió las riendas, y haciéndose una pantalla con la mano, se quedó mirando por algunos momentos el bien conocido edificio.

El camino serpenteaba como una brillante cinta por entre el césped, y podía verse la menor cosa; pero nada se descubría que asemejase á un ginete que pasara el puente levadizo para salirles al encuentro; y cuando llegaron tan cerca que el guarda tocó el cuerno, todo permaneció en silencio, sin que señal alguna indicase la alegre recepcion que la hija del conde había esperado.

El portero apareció al fin en la puerta abierta, y detrás algunos servidores pobremente vestidos, que parecían confusos y que por primera vez se apercibían cuán crecidas estaban la hierbas y las ortigas en el patio. Godofredo había dado una excusa para permanecer detrás, porque su corazon destilaba sangre á la idea de presenciar semejante regreso al hogar paterno; porque si bien la inocente é inexperta jóven no podía

comprender en toda su extension el cambio ocurrido, y que en los muros de la puerta no estaba escrito que escasamente las paredes continuaban siendo de su padre. Sin embargo, la escasez de criados, y su raída librea, le habían alarmado, y más que todo esto, que su padre no hubiera tenido corazon para recibir á su muy querida hija, al llegar á la morada de sus antepasados.

—¿Está enfermo mi padre? preguntó apeándose del palafren sin dar tiempo á que la ayudasen.

—«No es más que un fuerte ataque de gota señora», contestó el portero dirigiendo la vista á una ventana que daba al patio y esperando que al ménos, su amo saludaría desde allí á su hija, ya que su enfermedad no le permitiese bajar la escalera; pero la ventana estaba vacía y el rubor cubrió la frente de Garcinda, cuando siguiendo la mirada del portero, vió que se había engañado en la esperanza de ver allí á su padre—«Voy á subir á verle, Aigleta, le dijo en voz baja, espera a quí hasta que te llame.»

Garcinda subió y miéntras tanto, los demas viajeros se apearon y entregaron sus caballos á los criados. Godofredo despues de cambiar estas palabras con el portero: «¿Algo de nuevo?» «Todo sigue lo mismo», llevó en persona su caballo á la cuadra, le quitó la silla y la brida y enseguida atravesó el patio, dirigiéndose á la torrecilla sin parar mientes en Aigleta que sola y abandonada se sentó en un banco de piedra, y de buena gana hubiera prorrumpido en llanto al ver tan triste regreso, si no hubiera habido tantos espectadores. La triste jóven vió á Godofredo tomar el camino de la bien coronada torrecilla rodeada de rosas; pero iba tan abatido, que ella no se aventuró á hablarle y mucho ménos á preguntarle que la permitiese ir con él al lugar testigo de sus juegos infantiles. En cuanto al jóven, parecía que se había olvidado de que estaba en el mundo y entre hombres, pues aunque desde la mañana temprano sólo había tomado un poco de pan y vino, y ya era más de medio dia, no pensaba en comer ni beber y se sentó en la cama de su madre, inmóvil cual herido de un rayo, con los ojos muy abiertos y fijos en el libro de canciones de su padre que al entrar había tomado del estante y tenía

abierto sobre sus rodillas. Sin embargo, no parecía que estuviera leyendo, sino más bien escuchando algunas palabras que su corazón rimaba, sin que nadie pudiera sospechar, si estas fueran alegres ó tristes.

De repente se estremeció y volvió á la vida real; ruborizándose profundamente; se levantó súbitamente de la cama y reteniendo el aliento, escuchó con atención cierto ruido que se oía entre las rosas del jardín. Sí, eran sus pasos, y ya su mano estaba sobre la puerta de la torrecilla, ya atravesaba el estrecho y oscuro recibimiento, ya abría la puerta interior y entraba en su pequeña cámara.

Al poner el pié Garcinda en la habitación, Godofredo bajó los ojos involuntariamente y pensó disimular la emoción que sentía, fingiendo recoger un libro de pergamino que yacía en el suelo entre ambos; pero cuando levantó la vista y la fijó en ella, se estremeció horrorizado; porque su cara, que tan pocos minutos ántes, respiraba salud y juventud, había variado tanto, que parecía haber pasado años de penas sin esperanza.

—Os molesto, primo mio, dijo con una voz de la que había huido la dulzura; pero vengo á vos porque creo que sois amigo mio, tal vez el único que tengo.—Dejad que me siente, porque estoy mortalmente fatigada. No, no en esa cama, en que murió mi querida tia. ¡Oh! Fredo si supiera que pudiera ser tambien mi lecho mortuorio, y que mi corazón dejaría de latir en el momento en que me echara ahí, á Dios pongo por testigo de que lo haría ahora mismo.

Sentóse en un sitial que él le ofreció ocultando la cara entre sus manos y derramando lágrimas que se escapaban por entre sus dedos: «Por el amor de Dios, prima mía, exclamó Godofredo, me estais deshaciendo el corazón. ¿Qué ocurre? ¿Qué os ha dicho vuestro padre?»

P. HEYSE.

(La conclusion en el próximo número.)





LA REACCION PROTECCIONISTA

I.

TODA cuestion social, todo problema económico, político, de administracion, de jurisprudencia, toda relacion histórica, encierra una dificultad poco ménos que insuperable, dado el relativo atraso de la sociología y de las demás ciencias que le sirven de fundamento. La ciencia social ofrece en su estudio, obstáculos de más consideracion que las otras ciencias, obstáculos que provienen de la naturaleza intrínseca de los fenómenos de que se ocupa, de la naturaleza especial de los observadores de estos fenómenos y de la particular relacion en que nos encontramos en preseca de estos hechos. Los fenómenos que se someten á nuestra generalizacion no nos son directamente perceptibles (1).

Es difícil y muy rara la serenidad de ánimo que requiere la especulacion científica; y estamos muy directamente interesados, todos los que vivimos en sociedad, en la resolucion en tal ó cual sentido, de ciertos problemas, para que haya imparcialidad completa; esto sin perjuicio de que cada época, cada clase, cada pueblo, cada familia, cada individuo, tiene

(1) Herbert Spencer—*Difficultés de la science sociale*—Chap. IV.

una porcion de ideas preexistentes, un fondo de preocupaciones, y una predisposicion, nacida de la educacion y del hábito, que le impide estudiar la cuestion y en su caso resolverla, habiéndola tomado en todos sus aspectos y analizado con ánimo imparcial y sereno. Estas circunstancias son desfavorables; pero peor que todas ellas es la ignorancia en que nos encontramos generalmente alguno ó muchos de los elementos que han de tenerse en cuenta al plantear un problema sociológico ó al abocetar su solucion.

Herbert Spencer, en su *Introduccion á la ciencia social*, demuestra gran número de dificultades objetivas y subjetivas y preocupaciones nacidas de la educacion del patriotismo, de la clase y otras de carácter político y teológico, que impiden el completo conocimiento científico. Añádase á esto, que la ciencia social no hace muchos años que se estudia con fruto, que es una ciencia nueva, cuyos materiales se van hacinando, reuniendo y clasificando para que (y de otro modo no es posible) pueda con el tiempo formarse una obra de síntesis verdadera y completa. Desde que los sofistas plantearon el problema de la humana sociedad hasta la teoría de la ciudad de Platon, á cuyo organismo quiere imponer las leyes de la vida divina, hasta Aristóteles que considera á la sociedad como un ser concreto formando parte de la naturaleza que vive, y señalándola como objeto de estudio por el método experimental; desde Hobbes y Locke y Spinoza, desde Leibnitz á Montesquieu y Condorcet, desde Rousseau á Kant desde Kant á Hegel, desde Fichte á De Maistre, desde Vico á Augusto Comte, y Herbert Spencer, la ciencia social, objeto privilegiadísimo de investigacion filosófica, se ha ido depurando y se han concretado á punto fijo, cuáles fenómenos de investigacion eran exclusivos de la Sociología, y cuál era el método de investigacion que debía emplearse para determinar su naturaleza, sus leyes y el sistema general de doctrina.

Algunos ensayos científicos, tales como los de Alfredo Espinas (1) y Herbert Spencer (2), nos trazan un cuadro bastante

(1) *Des Sociétés animales*.—Etude de psychologie comparée.

(2) *Introduction á la science sociale*.—Biblioteque scientifique internationale, y *Principes de Sociologie*, 2 tomos, Germer Bailliére, París.

completo de las más altas generalizaciones de la ciencia, pero aún tardará mucho en aparecer una obra completa de ciencia social que responda á las exigencias científicas de nuestra época, que sea algo más que un programa y algo menos que un código, que regule las relaciones humanas según su naturaleza previamente conocida. En este estado se encuentra la filosofía social; mucho más atrasadas están las ciencias que de ella se derivan y nacen, y aún se encuentran sin fórmula la mayor parte de los principios que el gobernante ha de tener presentes en el difícilísimo arte de la política. De este relativo atraso no se escapa la economía política.

En la actualidad, sólo sabemos cuál es el procedimiento de análisis de los fenómenos económicos, habiéndose investigado la naturaleza y relación de analogía de algunas series de ellos, y precisado su ley científica más ó menos exactamente; pero falta un trabajo de síntesis completo. No será exacto ni verdaderamente científico este trabajo de síntesis, y las soluciones del problema social, así como las del problema económico, no serán verdaderos, lo que es decir, ajustadas á la naturaleza de los hechos, hasta tanto que los trabajos de análisis y de síntesis sean completos.

Faltan muchas conclusiones de la biología y de la psicología, que no son en la actualidad verdaderas conquistas de la ciencia; falta aplicar muchas leyes biológicas y psicológicas al conjunto de los fenómenos sociales, para que la sociología forme un sistema, un cuerpo de doctrina completo.

Lo que decimos de la ciencia social en general, puede entenderse con la ciencia de las riquezas. No hace mucho que una escuela acaba de aplicar como método de investigación el que pudiéramos llamar experimental sin perder de vista los grandes principios admitidos y las verdades generales adquiridas á costa de un gran trabajo de síntesis. La ciencia,—he dicho en otra ocasión (1),—no tiene pretensión á la verdad absoluta, y por eso no quiere dogmas. Por lo que se refiere al método de investigación, ha de dar preferencia al método in-

(1) Prólogo al *Origen de las naciones*, por Walter Bagehot; traducido al español por el autor de estas líneas.

ductivo sobre el sistema de *afirmacion anticipada de principios*, como diria Guillermo Roscher (1). Renuncia, como era de esperar, á fundar sus construcciones sobre bases puramente ideales, y para la descripcion de la naturaleza económica de las sociedades, así como para la averiguacion de las leyes é instituciones destinadas á procurar la satisfaccion de las necesidades económicas, se inclina por el procedimiento de la anatomía y fisiología social. En mi prólogo al *Origen de las naciones* de Walter Bagehot,—edicion española, hablando de este autor, digo: «Algunos capítulos de los *Desiderata de la Economía política* publicados en la *Contemporary Review*, nos dan idea de un plan de la ciencia económica, que se desarrollará en lo sucesivo, tal como lo reclaman las necesidades y la actividad científica moderna, y ante todo y sobre todo, fija, á mi ver, los límites de la ciencia de las riquezas, y su alcance en las especulaciones sucesivas. El autor demuestra que los principios abstractos y fundamentales de la economía política son aplicables sólo en Europa y en los Estados- Unidos, y que fuera de estas condiciones en que únicamente estos pueblos viven, no tienen valor alguno aquellos principios.»

La relatividad de los principios, no ya más generales y abstractos, sino de los más correctos, queda indicada en las siguientes palabras, que á los habituales lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA no son desconocidas: «Dadas nuestras condiciones, puede afirmarse que los principios porque se regulan la produccion, la distribucion, la circulacion y el consumo de las riquezas, son los que aparecen formulados en nuestros tratados de economía política, pero cambiando estas condiciones, pueden ser muy diferentes.»

Sin hacerse cargo de lo incompleto de la ciencia, de la falta de observacion de algunos fenómenos económicos, de la incertidumbre y vaguedad de los principios, algunos economistas no se han contentado con teorizar, sino que han descendido á la práctica, y aquí hemos tocado los inconvenientes de la utopia y parcialidad de ciertos economistas, que concedores de una sola clase de fenómenos sociales,—los económi-

(1) *Principes d'Economie politique*, cap. III.

cos,—han considerado á la sociedad bajo uno sólo de sus aspectos, ó se han dejado seducir por las bellezas y relativas é incompletas verdades de una teoría que han aplicado á todo orden de ideas, y á la explicacion de toda serie de fenómenos sociales. Desde luego que la sociedad tiene diversos aspectos y son muy completos los fenómenos sociológicos; complejas y varias han de ser las doctrinas que los expliquen, y la ciencia de gobernar las sociedades ha de tener por norma que la aplicacion de una buena doctrina ó sistema, por bueno que sea, siempre será incompleto por ser único, debiendo aplicarse cada principio á cada especie de casos, cada ley científica á cada serie de fenómenos, cuyo conocimiento quiera interpretar, combinando las leyes segun los casos.

Resolver todas las cuestiones sociales bajo el exclusivo punto de vista económico, ó intentar resolver todos los problemas económicos con las pocas, poquísimas leyes indiscutiblemente verdaderas que la ciencia posee en la actualidad, es una temeridad, es una ligereza.

La ciencia económica, en sus puntos fundamentales, aún está falta de base. Aún muy mucho hay que estudiar en la organizacion económica de las nacionalidades, han de trasladarse al campo de la economía política muchas de las conclusiones de la etnografía moderna; la categoría general de los seres orgánicos y superorgánicos, tiene su influencia en ciertas cuestiones esencialmente económicas, conviene que los economistas tomen nota de las preciosas conquistas de la biología; muy mucho queda por hacer de la geografía económica. Pero ¿qué digo, si aún falta establecer una ley general del conocimiento de la naturaleza del trabajo en la sociedad, cuyo problema descansa en una porcion de investigaciones psicológicas y ha de fundarse en la teoría de la funcion biológica, y en la teoría del movimiento con que la física moderna nos explica toda la actividad y fuerza de la naturaleza, toda la armonía del cosmos y la inmensa mayoría del universo? ¿En qué se fundan esas pretensiones de la economía política, cuando ni siquiera ha sentado sobre sólidas bases la columna fundamental de sus doctrinas, ó sea la teoría del valor?

Todo es relativo en materia de ciencia social. Relativos

nuestros conocimientos, relativos sus principios, relativa ha de ser su aplicacion. «Nadie ignora,—ha dicho el autor de *las modernas tendencias de la ciencia en su relacion con la política* (1),—que uno de los principios capitales de la moderna filosofía consiste en excluir lo absoluto del órden de lo cognoscible.»

«...Persuadidos de que todo en el mundo que conocemos es relativo, renunciaríamos á los ideales absolutos, nos contentaríamos con realizar el bien posible, y reconociendo el valor de la realidad, y apreciando la fuerza é importancia de las circunstancias, procuraríamos encerrar nuestro ideal en los límites de lo posible, y aplicaríamos nuestros principios en el grado y medida que permitiesen las condiciones en que habría que aplicarlos. A los vuelos impetuosos del soñador idealismo, á las temerarias exigencias de la utopia, reemplazaría el arte delicado de amoldar la idea á la realidad, y de hacer en cada momento histórico lo que éste pide, y á los cambios violentos, los ruidosos trastornos y las revoluciones prematuras, sustituiría la lenta evolucion de las cosas, la modificacion gradual y mesurada de la realidad.»

Como consecuencia necesaria de los anteriores principios, vienen los postulados siguientes, que son del mismo autor: «Impera en el mundo el principio de individualidad, y todo lo que en abstracto es individual y comun, al determinarse y concretarse, reviste en cada individualidad formas especiales. No hay, pues, en tal sentido, patrones comunes é invariables de las cosas: todo se realiza de distinta manera en cada determinacion individual de la realidad. Lo mismo en lo físico que en lo moral, de individuo á individuo, de grupo á grupo, de colectividad á colectividad, todo varía, y *lo que en unos es posible, bueno y conveniente, en otros no lo es*. No se niega con esto la existencia de algo que es permanente y comun á todos; pero sobre este fondo invariable se dibujan señaladas diferencias que no es posible desconocer.»

«De aquí para el órden político y social la consecuencia de

(1) Don Manuel de la Revilla, *La América*; número de 8 de Abril último.

que ningun ideal, ninguna institucion, ningun sistema de gobierno es igualmente aplicable á todos los pueblos, siendo necesario por ende que el ideal cambie de forma, y de modo distinto se aplique en cada caso, lo cual toca determinar al arte político.

»La importancia y fecundidad de este principio no necesita encarecimiento. La política idealista sometía á un patron uniforme la organizacion de todos los pueblos; la política positiva, sin desconocer la existencia de principios comunes, que se encarnan en instituciones adaptables á todos, comprende la necesidad de ajustar las formas de constitucion y las leyes, á las condiciones peculiares y características de cada pueblo: una constitucion abstracta y cosmopolita, es una utopia que no tolera la ciencia moderna.»

Desde que Spencer publicó su ciencia social, y aún ántes, reconoció, no sólo la relatividad de nuestros conocimientos y de todo principio (1), sino la utilidad del probabilismo en política (2); últimamente, el sabio M. Emilio Littré, á quien el idealismo y el desconocimiento de los hechos no pueden serle simpáticos, nos dice que la fisiología psíquica conoce y describe un estado cerebral, en que las ideas predominan sobre los hechos y determinan las acciones sin atender á la realidad. El espíritu absoluto, cualquiera que sea la doctrina de que proceda, pertenece á este régimen mental, y el espíritu radical es un espíritu absoluto. Tiene, pues, por condicion necesaria la intransigencia en las oportunidades y la ceguera para las cosas» (3).

Combate Littré el radicalismo en política, y recuerda para ello los apotegmas de experiencia política de M. Thiers respecto á la república conservadora, y afirma que los principios del radicalismo no son tomados, como en la actualidad lo son, todos los principios científicos de la experiencia, y en el caso particular de la sociología de la historia, que representa otra forma de la experiencia; lo son de la razon subjetiva y revolu-

(1) *Los primeros principios*, cap. IV. Relatividad de todo conocimiento.

(2) *Westminster Review*, Julio 1853.

(3) *Paralelo entre la Cámara de 1871 y la de 1877*.

cionaria. Así el radicalismo está siempre pronto para comprometer el presente y el orden en aras del porvenir, por otra parte muy variable é indeterminado, que ante sus ojos vislumbra. Si la fortuna del radicalismo está ligada á la de la política metafísica y absoluta, la de la sociología lo está al progreso del método experimental en las cosas sociales. Estos dos platillos de la balanza no tienen sobre sí pesos iguales; de día en día irá preponderando el de la sociología, pues así lo quiere el desenvolvimiento científico general. ¡Desgraciados los pueblos,—dice Littré,—en que momentáneamente prevalezca el radicalismo!» ¡Ay de los pueblos cuyos gobernantes cierran los ojos á la realidad de los hechos y sólo atiendan á los principios consignados en los libros de los economistas y políticos; pudiéramos añadir nosotros!

He hablado de economistas. Ellos y sus obras son una prueba patente de los males que produce el radicalismo en la aplicación de los principios; de las consecuencias del desconocimiento de los hechos sociales. Anteriormente hemos indicado el atraso de la ciencia económica, su escasez de principios sólidos é indiscutibles en cuanto á la dificultad de su aplicación y la elasticidad de sus reglas están reconocidos por los mismos doctores de la ciencia. El profesor Stanley Gevons, antiguo catedrático de la escuela Owen de Manchester, escribe en su *Tratado de economía política*, que á buen seguro no será sospechoso á nuestros libre-cambistas: «Sería un trabajo muy importante, si fuera posible determinar exactamente las funciones que deben encomendarse al Estado y las que deben dejarse á la iniciativa privada, no puede establecerse ninguna regla precisa acerca de este particular. El carácter, las costumbres, las condiciones de existencia de las naciones difieren de tal manera, que lo que es bueno en ciertos casos, puede ser malo en otros» (1).

El profesor John K. Ingran, muy enterado de las producciones sociológicas de más significación y alcance de estos últimos tiempos, ha sentado mejor que otro economista alguno

(1) Página 156.—*L'Economie politique*, par Stanley Gevons, trad. Gra-vez; Paris, Germer Bailliére.

la relatividad de los principios de la ciencia económica, y ha combatido el tono y la seguridad con que se sostienen ciertos principios, considerados hasta el presente como indiscutibles (1).

Véase, pues, condenado el idealismo científico de los economistas por las conclusiones de la ciencia social en general, por la ciencia política y por los mismos economistas; falta sólo que los hechos se encarguen de desacreditar sus principios con la elocuencia más convincente; falta sólo que la lección venga apoyada por el espectáculo del mundo, retrocediendo espantado en su carrera rápida hácia el borde del abismo á que parecían conducirle las utopías y ensueño de los economistas.

II.

Reflexionando acerca del contenido de los escritos de los economistas, se viene á las mientes la idea de que, ó desconocen la naturaleza de la producción y circulación de las riquezas, ó se anticipan muy tempranamente á señalar soluciones al problema económico, cuando faltan datos y principios para su perfecto conocimiento. No consideran los aspectos varios que la cuestión social presenta, se desentienden en muchas ocasiones de los grandes principios morales, que deben pesar más sobre el ánimo del legislador y del publicista, que los principios económicos; y plantean la lucha internacional por la producción, el *Struggle for life* de Darwin en la vida del trabajo social; como si los hombres y las naciones fueran solamente especies bovina ó caballar, que han de perfeccionarse por la selección natural en la lucha por la existencia.

En efecto, el *dejad hacer, dejad pasar*, no produce otro re-

(1) «The Present position etc., prospects of political Economy Cening the introductory address delivered in the secturi of economic scunce aud statisties of tlo Britich Associatun por the advancenout of Science at its meeting at Dublin in 1877, by the Prendeut of the sectun dogu K. Ingraen.»

Agradézcole el ejemplar que me remitió, y hago constar públicamente el testimonio de mi gratitud por su deferencia.

sultado que el predominio de las naciones más poderosas en producción, de las naciones que tienen más industria, más capital ó más crédito y el empobrecimiento de las más débiles en producción fabril ó agrícola ¿y es justo que una nación perezca con todos sus elementos civilizadores sólo porque no puede competir con otra en producción manufacturera? Dominan en el mundo moderno así los individuos como las naciones que tienen más medios de riqueza, y es aventuradísimo quitar el sistema de defensa y vida individual de las nacionalidades que se llama protección, en estos críticos momentos de lucha comercial. Una nacionalidad puede ser eminentemente agrícola, otra por sus condiciones especiales será exclusivamente minera, una población será científica (como Heidelberg), otra artística y religiosa, como lo es Roma, y así sucesivamente cada pueblo puede tener modos de vivir y elementos civilizadores varios. ¿Y deben permitir los legisladores que estos pueblos estén dominados por otros, por la sencilla razón de que trabajan mejor el hierro y el algodón y tienen más capitales? ¿Es acaso el único y exclusivo fin de la vida humana enriquecerse tejiendo algodón ó fabricando hierro ó comprando azúcar en Cuba, guardarlo en depósito y venderlo en España? ¿Deben estar supeditadas por las naciones que en estas artes é industrias sean maestras, las demás, aún cuando desuellan sus habitantes en otras producciones no tan directamente lucrativas como lo son en estos momentos las citadas, pero más importantes para la vida de la humanidad? ¿Puede obligarse á una nacionalidad á que escoja una rama de la actividad humana, y sólo una de ellas, para que la explote á la perfección? ¿Hay unidad de climas, aptitudes y fuentes naturales de riqueza en el seno de una nacionalidad? ¿Puede señalarse arbitrariamente el destino económico de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Bélgica, de los Estados-Unidos? Acaso la división del trabajo que pretende aplicarse en el mundo entero, ¿no se realiza en el seno de algunas y puede realizarse en todas las nacionalidades? La contestación á estas preguntas importa la condenación más absoluta de las doctrinas de nuestros libre-cambistas.

Las naciones no han de ser puramente agrícolas, ni pura-

mente industriales, ni mercantiles, ni científicas; han de tener todas estas condiciones á la vez; pero más diré: las naciones son algo más que fuerzas productoras, son algo más que potencias fabriles y mercantiles, son potencias morales, científicas, artísticas; no son fábricas ni depósitos, que este es el ideal de los ambiciosos que quieren dominar al mundo por el oro acuñado y el hierro labrado, como ántes se le dominaba con la espada, no el ideal de los hombres de Estado, de los grandes políticos, ni el ideal que la historia señala á cada pueblo.

Al estallar fuertemente la lucha económica, los varios elementos civilizadores, las instituciones sociales, los más altos intereses del mundo civilizado, se han visto gravemente amenazados; tal es la importancia de la producción que todo lo arrolla y avasalla con fuerza ciega; y tal es la importancia que le da á los que, llamándose científicos, sólo consideran como elemento primero de la vida la fuerza productora de la riqueza, con grave menosprecio de los elementos morales, que á la producción y al lucro mercantil quieren sacrificarlo todo. El elemento económico ha tomado excesiva preponderancia en nuestra época, y hay que oponerle un dique, so pena de sucumbir aquellas nacionalidades que no sean potencias productoras de primer orden, y hasta aquellas instituciones (religiosas, científicas, morales, etc.) que viviendo en el seno de las naciones más ricas, tengan por fin especial y primordial la creación de la riqueza material; las que, indudablemente, por mucha que sea su importancia social, se verán pospuestas por las que proporcionan el lucro directo, á cuyo objeto parecerá consagrada toda la fuerza y toda la vida de la nacionalidad en cuestión.

Al fin y al cabo, las instituciones y las nacionalidades tienen el instinto de conservación como los individuos, y por este instinto que ya se ha elevado por la sociología á principio é invocándolo, no quieren sacrificarlo todo á la lucha por la producción; las nacionalidades que en este terreno no se consideran más fuertes. Un historiador moderno (1) dice: «que

(1) Laurent. *Estudios sobre la historia de la humanidad*. Las Nacionalidades, tomo X.

una de las enseñanzas de la ciencia que cultiva, es la de que los ensayos de monarquía (universal) han sido funestos á los pueblos conquistados; que al perder su libertad pierden el principio de su vida; que la monarquía universal sería la tumba de las nacionalidades y por consecuencia de la humanidad.» Ahora bien, lo que el profesor de Gante dice de la monarquía política, pudiera decirse de la dominacion económica. Suprimid las barreras arancelarias, y las naciones más fuertes en potencia productiva dominarán á los más débiles, y éstas subyugadas, perderán su individualidad. Pero hay más, vencidas en el terreno económico, no sólo se experimentarán los efectos de su derrota en su industria, en su agricultura, en su comercio, sino que lo serán en la administracion, que mal pagada siempre se inclina á abusos, se experimentarán en la ciencia, en la moralidad, en una palabra, en todas las instituciones y esferas, y el peligro social se hará patente con las huelgas de los obreros y las asonadas de los hambrientos. La reaccion proteccionista que se acentúa en las naciones europeas, débese principalmente á esta prevision de los grandes hombres de Estado, á su elevada inteligencia que les advierte, en presencia del poder productor de los Estados-Unidos, que anonada á la industria y agricultura nacional, al comercio, y en pos de ellos al Tesoro público, y en último término, á todas las clases de la sociedad. La perspectiva del nihilismo, es la que se aboceta cual fantasma aterrador en pos de la lucha á que nos llama el libre-cambio.

Un órgano de la prensa libre-cambista, que sólo adora al dios Exito, en un artículo titulado, *Las Corrientes económicas* dice: «Como Roma absorbía antiguamente la riqueza de los territorios que dominaba por la fuerza, así hoy los pueblos adelantados hacen trabajar á los que lo están ménos, y se cobran los beneficios gastándolos en mejorar las condiciones de vida.» Hé aquí el programa social del libre-cambio. Una nacion,—hoy los Estados-Unidos ó Inglaterra,—cobrándose los beneficios, acumulando las riquezas de todo el mundo, sólo porque tiene más capitales y más perfeccionada industria, con esta teoría se legitima la dominacion de todos los cesarismos, la monarquía universal y la muerte de las naciones modernas;

pero felizmente éstas no están dispuestas á dejarse dominar, porque la historia ha confiado en ellas grandes intereses que no deben abandonarse por el interes productor que en nuestra época tiene más salimiento.

Prescindiendo de si las nacionalidades actuales son las que realmente debieran ser ó existir, y si responden perfectamente al ideal de raza, de clima, de religion, de familia, de organizacion de la propiedad, etc., fijémonos sólo en que son organismos con vida propia, con individualidad, con fines múltiples que cumplir, con deberes variadísimos, con derechos, con aptitudes y con una herencia de tradiciones, hábitos, condiciones morales, monumentos, recuerdos y ciencias, que las generaciones pasadas les confiaron y que las generaciones presentes han de guardar, para entregarla íntegra, segun mandato de ineludible ley histórica, á las generaciones futuras. «El bien de la nacion ha de ser el primer objeto del hombre de Estado,» ha dicho el gran jurisconsulto aleman (1). «La vida de las naciones no es sólo vida jurídica, sino tambien vida económica, vida de cultura, vida nacional.» «La mision del Estado comprende el progreso y el perfeccionamiento del derecho, al mismo tiempo que son tranquila aplicacion, el mejoramiento de todas las relaciones y condiciones comunes de la vida al mismo tiempo que la conservacion de la sociedad por el destierro y el castigo de los hombres perjudiciales á la misma.»

Las naciones pueden considerarse como un organismo; sus funciones obedecen á las leyes de la organizacion, de la adaptacion y de la herencia, y su aspecto es múltiple. Será más perfecta y adelantada la nacion cuyas manifestaciones y elementos sociales sean más diferenciados, más múltiples. Está compuesta de elementos etnográficos, geográficos, económicos, jurídicos, religiosos, artísticos, científicos, etc. Será más robusta y supondrá en ella mayor adelanto y perfeccion la nacionalidad que reuna todos los elementos civilizadores, y entre estas nacionalidades tendrá la preeminencia aquélla cuyos elementos civilizadores estén más diferenciados. Aquéllas

(1) Bluntschli. *Theorie generale de L'Etat*. Trad. de Armand de Riedmatten. Paris.

cuyas manifestaciones científicas, económicas, morales y demás sean más variadas, tendrán más poderío, y esta variedad supone un mayor progreso en la vida civilizada. La agrupación de estas fuerzas vivas de la nacionalidad, bajo la dirección de un gobierno obran con armonía, de otro modo el organismo se disgrega.

El Estado, suprema personalidad, armoniza el choque de encontrados intereses individuales, pero no se limita á esto: ha de conservar el derecho á que atentan la pasión, el vicio, la ignorancia y el interés privado; ha de conservar la moral y las buenas costumbres, ha de mantener aquellas instituciones que si bien se regulan por medio de preceptos jurídicos, son eminentemente sociales y de tantísima influencia, que cualquier accidente que las afecte, causa honda perturbación en la vida social; ha de prestar apoyo á las instituciones religiosas, ha de guardar los monumentos que la codicia de los particulares pudiera malograr, ha de mantener la ciencia, apoyarla, procurarla medios de aplicación, de estímulo y de progreso, ha de conservar las tradiciones patrias. Y ¿cómo no han de intervenir los gobiernos en materias económicas, cuando de la derrota en la lucha por la producción puede sobrevenir peligro de muerte para las nacionalidades?

Si no fuera el gobierno siempre solícito en defender el principio nacional, las pasiones de las muchedumbres acabarían con el orden; la propiedad particular estaría amenazada, y si los enemigos internos son temibles, mucho más lo son los enemigos externos provenientes de otras nacionalidades, que también pugnan por conservarse y progresar á expensas de las demás.

III.

La civilización europea está gravemente comprometida. Un pueblo joven, establecido en terreno vírgen, se ha lanzado en la senda de la civilización y avanza á pasos agigantados. Es el más rico en agricultura, en industria es cada día más potente, su comercio más activo, y más firme su crédito. No

sólo es rico en intereses, sino en inteligencias superiores. Tiene grandes políticos, grandes economistas, eminentes naturalistas, habilísimos mecánicos, genios industriales de primer orden. De Alemania, de Inglaterra, de Rusia, de todas las naciones civilizadas, acuden á él obreros en demanda de trabajo, inteligencias en busca de ocupacion. En 1878 emigraron allí 23.000 alemanes, 13.000 irlandeses y, lo que nunca había sucedido, 3.000 rusos.

La república de los Estados-Unidos mide unos 7.540.000 kilómetros de superficie, siendo superior á las siguientes naciones europeas: Austria-Hungría, Alemania, Francia, España, Suecia, Noruega, Reino Unido de la Gran Bretaña, Italia, Portugal, Suiza, Holanda y Bélgica. Están situados entre dos grandes mares del globo, el Atlántico y el Pacífico, *los dos caminos para el comercio más baratos del mundo, conocidos y por conocer*. «Se extiende el vasto territorio anglo-americano—y es otra consideracion digna de tenerse en cuenta—desde el grado 25 al 49 de latitud septentrional, y del 69,10' al 12⁶,42' de longitud: por lo tanto, participa la union americana de los climas cálidos, templados y frios, y naturalmente de muy diversas producciones en tan variadas zonas, encontrándose en su suelo las que en Europa, Asia, Africa, América y la Ocea-
nia, cultivan los cereales, la caña dulce, la vid, el olivo, el algodón y el tabaco.» Además han sido favorecidos los Estados-Unidos, que son los más fértiles de lá tierra, de vías fluviales, navegables para grandes buques, como no hay en parte alguna, de profundos y extensos lagos; y no bastándoles las vías de comunicacion de que los dotó la naturaleza, han construido una inmensa red de canales, en su mayor parte navegables, y otra red de ferro-carriles, que en 1878 puede calcularse en 78.508 millas inglesas en explotacion. ¿Qué no puede hacer hoy un pueblo de 45 millones de habitantes, perfectamente comunicados entre sí, con el libre cambio de provincia á provincia y de estado á estado, pero defendida la nacion de la competencia de las demas naciones con barreras arancelarias, que han ido rebajándose á medida que hanse cerciorado de la inferioridad económica de las demas naciones con quienes habían de competir? «Como no hay aduanas interiores en los Es-

tados- Unidos de Norte América, el comercio se hace libremente y sin ninguna traba protectora ó final, en un territorio de 7.540.000 kilómetros cuadrados? «¿Qué nombre tendría, pregunta un escritor español (1) el sistema mercantil que rigiera en las naciones europeas, por nosotros nombradas y cuyo territorio reunido mide 4.101.589 kilómetros bajo unos solos y únicos aranceles y derechos de importacion?» Este sistema se denominaría *proteccion*, porque la proteccion es libertad de trabas, comercio libre entre las diversas provincias de una nacion y barreras contra la produccion ajená. Lo mismo en un estado que mida 4.101.589 kilómetros, como en los Estados que entran en la liga aduanera *Zollverein*, que en una república como Andorra, hay movimiento comercial interno y externo. El primero debe ser libre, y tanto más perjudica la traba en este, como protege en el comercio exterior. En el seno de una nacionalidad puede aceptarse, pero de la manera más absoluta el *dejad hacer, dejad pasar*, dejar, en fin, en libertad completa que los intereses privados, los intereses de las industrias y demas fuentes de produccion, luchén con toda su fuerza; miéntras el interes privado gire con libertad plenísima en la órbita de la legalidad, no hay que temer resultado fatal ni conflicto alguno, *porque hay el Estado, regulador de los intereses privados, que armoniza y busca el equilibrio de estos mismos intereses y fomenta una produccion cuando sucumbe, busca nuevos medios de salida á otra produccion exhuberante, y abre la puerta de la competencia á la rama de la produccion que se considere fuerte.* ¿Sucede esto de nacion á nacion? ¿Hay acaso algun regulador de las relaciones comerciales entre Inglaterra y la India, entre Inglaterra y la pobre Turquía, entre los Estados- Unidos y Francia, entre España y Marruecos?

El abate Gándara escribía: «Puertas abiertas y puertas cerradas, han sido las fuentes de todas nuestras desgracias;» y con esto explicaba todo lo que no quieren entender nuestros economistas, á saber, que para una nacion como España y

(1) D. Servando Ruiz Gomez. *La proteccion arancelaria de los Estados- Unidos de Norte-América.*—Revista de España, número de 13 de Abril de 1879.

sus laboriosos moradores, lo que conviene es facilidad en el tráfico interior y dificultad en el exterior, que en éste han de vencernos los extranjeros, más fuertes que nosotros, y en el interior no pueden hacernos daño, pues no pueden entrar en competencia. El principio de Bastiat, «todos los intereses son armónicos,» es cierto, pero añadiéndole, «en el seno de una misma nacionalidad,» que de nación á nación hay antagonismo y no armonía. En el seno de una familia cuyos miembros se estimen y ayuden, hay solidaridad de intereses, la que no existe con otras familias cuyos intereses son indiferentes, sino encontrados.

La gran pujanza de los Estados-Unidos es un nuevo peligro para las naciones débiles en producción como España, y además para la civilización europea, que no puede adelantar en la senda de los progresos materiales tanto como la americana, pues ésta no ha tenido que resolver tantos y tan difíciles problemas históricos como ha resuelto la vieja Europa, costándole mares de sangre, inmensas riquezas y caídas de imperios y naciones, problemas que la joven América ha encontrado resueltos ya, de los cuales se ha aprovechado, y á los cuales deben los norte-americanos su organización política y todos los elementos civilizadores que son conquistas de los europeos.

En esta región privilegiadísima de la tierra que se denomina Europa, se reconcentra el poder civilizador de todas las edades, aquí se guarda la herencia de todos los siglos, aquí vive la humanidad la vida de todas las edades y de todos los pueblos. En las hermosas orillas del Mediterráneo, del Adriático, y del Archipiélago Jónico, han ocurrido los grandes hechos de la historia. España, Italia, Norte de África, Grecia, pueden decirlo á los norte-americanos que tanto se envanecen de su civilización, harto materialista, lo que los egipcios dijeron á los griegos: «Sois un pueblo demasiado joven.» Atenas, Roma, Venecia, Barcelona, estas ciudades han resistido muchas invasiones de la barbarie, y han resplandecido brillantes por su civilización después del embate, los que sus tradiciones, sus monumentos, sus habitantes, en una palabra, su historia, las hace superiores á todas; la barbarie, ora sea la de la fuerza

de las muchedumbres armadas, ora de los señores feudales, ora la barbarie de la ignorancia, ora la barbarie del trabajo. Los habitantes de esta privilegiada region de nuestro planeta, son civilizados por temperamento, por naturaleza, su lengua es armoniosa, su clima benigno, y su arte, su arte divino, es envidia de esta raza sajona, ó de esta otra raza eslava, cuyo fondo es siempre bárbaro, como bárbaros fueron sus ascendientes que famélicos vinieron á devorar la meridional Europa en otras épocas. Esta pulcritud ingénita, esta distincion, esta belleza que tiene el pueblo que ha construido el Partenon y el templo de Júpiter Capitolino, es el signo más preeminente de la supremacía de los griegos, los italianos y los españoles sobre el resto del mundo. Las grandes escenas religiosas han ocurrido en este pequeño trozo asiático cuyas orillas baña el Mediterráneo, único donde se bañaron los dioses de la antigüedad pagana. La filosofía y las artes bellas, son de aquí y sólo de aquí; y la filosofía, la religion y las artes, son la expresion del más alto grado de desenvolvimiento á que aspira el espíritu.

Bien es verdad que los griegos, los italianos, los españoles y los franceses, no tejen el algodón ni labran el hierro tan barato como los sajones. Pero ¿qué importa? ¿Es acaso éste el único ó el principal fin de la vida? //

Si no levantamos una barrera á la invasion económica de los pueblos anglo-sajones, seremos responsables á la historia de la pérdida de esta civilizacion, que nosotros, y sólo nosotros atesoramos, y mañana que decaiga la fiebre de la produccion, mañana que desaparezca este afán de riquezas, como único fin de la vida, que parece ser la mania de nuestra época, los pueblos civilizados volverán la vista hácia aquellas regiones donde el arte, la ciencia, la religion, la filosofía, han encontrado su medio ambiente adecuado, su atmósfera más pura, y donde la vida tranquila del espíritu ha sabido sobrenadar sobre el mar de las pasiones y el juego de los intereses.

Si las naciones de Europa dejan sus puertas entreabiertas, el torrente devastador de la produccion inglesa y norteamericana las arrollará. Es inútil luchar con todas las fuerzas; deberíamos sacrificarlo todo á la produccion y á la baratura,

y nuestra vida debería concretarse en las manifestaciones de la actividad económica y á ella subordinar todas las demas actividades. Esto siempre se ha considerado indigno por los pueblos que con más derecho pueden reclamar la herencia de las espléndidas y tan brillantes como completas las civilizaciones griega y romana.

Aunque la civilización que pudiéramos llamar anglo-sajona se ha desarrollado muy precipitadamente (1) y le falta cohesión en sus elementos; aún cuando sea una civilización que desaparecerá como han desaparecido otras muchas; sin embargo, es probable que cuando tocara al término de su decadencia ya habrían sucumbido ó poco ménos las naciones Europeas. Son pueblos jóvenes, que con su inconsiderado empuje, podrían matar de un solo golpe á la sesuda y anciana Europa.

IV.

Otro de los grandes peligros que amenazan á la civilización europea, y no ya sólo á la civilización europea, sino también á la americana, es el nihilismo, plaga social que puede extenderse á todas las naciones del globo. Tiene todos los caracteres de un cáncer, se organiza á espensas de los elementos orgánicos que destruye. Su doctrina es el pesimismo elevado á filosofía social; es la muerte de todo lo que existe de estable y benéfico en la sociedad. Ha nacido de los ódios y rencores que produce en Rusia la tiranía, la miseria y quizás, sobre todo, las intrigas de naciones que hasta trafican en ideas; y se ha inspirado en las doctrinas socialistas de Alema-

(1) Leadville, ciudad de los Estados-Unidos situada á tres millas de la confluencia del Gulch con el Arkausas, en sólo cuatro meses ha nacido por aglomeración de habitantes en un punto dado y tiene servicio de diligencias diarias-correos-periódicos, dos bancos, centenares de tiendas, gobierno local y escuela pública. Su nacimiento se debe á la calamidad de haberse encontrado minas de plomo argentífero en su demarcación. Ahora bien, ¿qué vínculos sociales se forman en cuatro meses? (antes de 4 de Octubre de 1878, fecha en que redacté esta nota.) Le sucederá como á los individuos que crecen muy precipitadamente y luego mueren tísicos. Le faltará cohesión en su constitución histológica. La nutrición de sus células será siempre incompleta.

nia y en las filosofías pesimistas, citas que han hecho decir á un escritor frances: «La eterna ilusion que encanta y atormenta el corazon del hombre es obra suya. En este universo, donde todo es tinieblas y silencio, sólo él vela y sufre en este planeta, pues él sólo, con sus hermanos los séres inferiores, siente y piensa. Apénas empieza á comprender la vanidad de todo lo que creyera, de todo lo que amó, la nada de la belleza, la mentira de la bondad, la ironía de toda ciencia humana. Despues de haberse adorado cándidamente en sus dioses y en sus héroes, cuando no tiene fe ni esperanza, hé aquí que siente que la naturaleza se oculta, y que en último término no es más que apariencia y falacia. Sólo, en este mundo invadido por la muerte, enmedio de los restos de sus ídolos rotos, se levanta el fantasma de la ilusion (1).» El suicidio moral y el suicidio físico, el ódio á todo lo grande, bello, bueno y verdadero, hé aquí el resultado de las filosofías de Schopenhauer, Hartinaun y otros; hé aquí la práctica de sus doctrinas: el nihilismo. Nada más difícil de precisar que las causas que le han producido; múltiples son, variados los accidentes que han proporcionado ocasiones á que se desenvolviera, infinitos los sucesos que han alimentado tan terrible secta. «Compleja cosa los problemas sociales, y más complejas todavía las diversas soluciones que con fórmulas abstractas y absolutas cada escuela pretenden darles. No hay materia ménos sistemática, porque no hay materia más sujeta servilmente á condiciones de tiempo y espacio, á fatalidades de clima y hasta de topografía. El problema social—ha dicho Castelar (2)—no puede aparecer en Rusia como aparece, por ejemplo, en Andalucía. Benigna temperatura, cielo propicio, aire perfumado y tibio, suelo feraz, sobriedad impuesta por el calor, vestiduras ligeras, dias ardientes, noches serenas, componen otros tantos factores de este complicadísimo asunto, en el cual pueden más la lluvia y el viento que todas las series de ideas inventadas por la más audaz economía ó concebidas por la más pura y sublime ciencia.»

(1) Introduction á l'Histoire de l'évolution des seus des conteurs par Hugo Maguus, par Joules Lonry.—Paris, 1878.

(2) Búlgaros y nihilistas.

Científicamente clasificada la secta socialista que nos ocupa es el colectivismo anarquista, es el más destructor de cuantos sistemas revolucionarios han tomado cuerpo. El programa de la Alianza internacional de la democracia socialista, proclama el ateísmo, la abolición de su fe, la institución de la justicia divina por la humana, la igualdad política, económica y social de las clases é individuos de ambos sexos, la abolición del derecho de heredar, á fin de que en él porvenir el goce sea igual á la producción de cada uno; la tierra, los instrumentos del trabajo, como todo otro capital, han de ser propiedad colectiva de la sociedad; proclama también la abolición de los estados políticos y autoridades actualmente existentes. La base 6.^a de tan demoledor programa dice así: «La cuestión social, no pudiendo encontrar su solución definitiva y real, más que sobre la base de la solidaridad internacional y universal de los trabajadores de todos los países, la Alianza rechaza toda política fundada en lo que se llama patriotismo y en la rivalidad de las naciones. Veamos lo que dice Ba-Ronnine en un escrito publicado en Ginebra en 1869 con el título del juicio popular:

«El fin del actual orden social y la renovación de la vida con ayuda de los nuevos principios, no puede llegar más que por la concentración de todos los poderes entre las manos de nuestro comité y la proclamación del trabajo físico obligatorio para todos.

»Durante un cierto número de días fijados por el cambio revolucionario y los desórdenes que siguen inevitablemente, cada individuo deberá entrar en tal ó cual Artel (asociación obrera) á su elección.—Todos los que queden aislados y no se hayan agregado á los grupos de obreros sin razón suficiente, no tendrán ningún acceso ni á las marmitas comunes, ni á los dormitorios comunes, ni á no importa cuál edificio destinado á la satisfacción de las diferentes necesidades de los hermanos trabajadores, ó bien que almacenen los productos, los materiales ó las herramientas reservadas á las ramas de la sociedad obrera establecida. En una palabra, aquel que sin razón suficiente no se haya adherido á un Artel, quedará sin medios de existencia. Todos los caminos, todos los medios

de comunicacion le serán cerrados, no quedándole otra eleccion que el trabajo ó la muerte.»

El programa de la Alianza internacional socialista secreta, es el plan metódico, razonado y completo de aniquilamiento social.

Veamos en qué términos se expresa:

«El objeto de la revolucion no puede ser más que A. La demolicion de todas las potencias y de todos los poderes religiosos, monárquicos, aristocráticos y de la clase media en Europa. Por consecuencia, la destruccion de todos los estados actualmente existentes con todas sus instituciones políticas, jurídicas, burocráticas y fiscales. B. La reconstitucion de una nueva sociedad sobre la única base del trabajo libremente asociado.»

El programa de los hermanos internacionales, segunda sociedad secreta, en el seno de otra primera igualmente secreta, se dice:

«Nosotros comprendemos la Revolucion en el sentido del desencadenamiento de lo que ~~se~~ llama las malas pasiones y de la destruccion de aquello que en el mismo lenguaje se llama Orden público. Nosotros no tememos de ningun modo, nosotros invocamos la anarquía.

»La revolucion, tal cual la entendemos, deberá desde el primer dia destruir radical y completamente el Estado y todas las instituciones del Estado; las consecuencias naturales y necesarias de esta destruccion serán: A. La bancarrota del Estado. B. La cesacion del pago de las deudas privadas por la intervencion del Estado, dejando á cada deudor el derecho de pagar las suyas si quiere. C. La cesacion del pago de todo impuesto y de la recaudacion de todas las contribuciones, sean directas ó indirectas. D. La disolucion del ejército, de la magistratura, de la burocracia, de la policía y de los presbíteros. E. La abolicion de la justicia oficial, la suspension de todo lo que jurídicamente se llaman derechos y del ejercicio de estos derechos. Por consecuencia, abolicion y auto de fe de todos los títulos de propiedad, testamentos, escrituras de venta, de donación de todos los procesos; en una palabra, de toda la papelería jurídica y civil. Para todo y en todo el hecho revolu-

cionario instituyendo el derecho creado y garantido por el Estado. F. La confiscacion de todos los capitales productivos é instrumentos del trabajo en provecho de las asociaciones de trabajadores que deberán hacerlas producir colectivamente. G. La confiscacion de todas las propiedades de la Iglesia y del Estado, y asimismo la de los metales preciosos de los individuos en provecho de la alianza federativa de todas las asociaciones de operarios, alianza que constituirá la Commune, dará lo estrictamente necesario á todos los individuos así despojados, quienes podrán más tarde con su propio trabajo, ganar más si pueden y quieren.»

Graves y perturbadoras son sus teorías en el órden moral, pero mucho más lo son sus aplicaciones en el órden práctico. Los nihilistas, perfectamente organizados para desorganizar, tienen espías en los palacios de los potentados y en las covachas de los mendigos. El alma del complot ruso reside en el extranjero y se haya en estrechas relaciones con la internacional de Lóndres y el socialismo alemán. Sus comités se hayan en íntima correspondencia, sus secciones y subsecciones se bifurcan y transforman, toman distintos nombres y caracteres para burlar la accion de la policía, para hacer perder la pista de los traidores, para desconcertar á los sospechosos. Es imposible, ó poco ménos, descubrir todos los hilos de la trama nihilista, constando en sus registros nombres de individuos que no pertenecen á la Asociacion, y siendo individuos de alguna escuela de la terrible sociedad, entusiastas partidarios cuyos nombres no constan en lista alguna. A juzgar por el gran número de polacos que cuenta, diríamos que es el castigo que Rusia experimenta por el sacrificio de Polonia, la venganza de los oprimidos contra los opresores. Preceptores, institutrices, maestros, catedráticos afamados, generales como Drenteln, senadores como Stasoff, banqueros como Pytin, altas dotes como la de Phylozopoff, poetas como Joan Turgenjew, están tachados de nihilismo. Está en la atmósfera, en el ambiente, en el espíritu de Rusia. Es el Argos de cien ojos que vigila la administracion, que atiende los actos de los potentados, que inspecciona la conducta de un magistrado, que curioseá la correspondencia de un hombre público cualquiera, huronea en

las iglesias, escudriña en las oficinas, atisba en las calles, sorprende en el interior de las habitaciones y bulle en las mentes llenas de ódio contra el Estado social y contra todo orden de cosas existente. Dya Konoff, vice-gobernador de Ozel, encontró pegado sobre la puerta de su alcoba un cartel impreso en grandes caracteres rojos, que le decía: «Al seide del tirano Alejandro II, A. W. Dya Konoff.—El Gobierno que suscribe, le intima que deponga sus infames funciones, pues de lo contrario sufrirá la suerte del príncipe Krapot-Kine.—Firmado.—El Gobierno nacional secreto.»

El profesor de la Universidad de San Petersburgo, Gradowski, encargado de refutar por encargo del gobierno ruso las ideas nihilistas, pidió se les suministraran cuantos datos tuvieran sobre la cuestión. El tercer negociado se apresuró á enviarle un voluminoso paquete con los sellos de la superioridad general, y el profesor se apresuró á acusar el recibo; pero cuando se abrió el paquete se encontró con papeles sin ningun valor, borradores, oficios inútiles, notas inservibles, todo el fondo de los cestos de papel del negociado, y en medio de ellos encontró una carta, dirigida á la persona que los escudriñaba, la cual decía: «Dejad aparte los estudios anti-nihilistas, sino quereis recibir en la cabeza una bala de revólver.—El Comité ejecutivo.»

Ahora bien, el mal que tantos estragos está causando en Rusia, especialmente en San Petersburgo, es fácil se propague á las demas naciones europeas. Las noticias que llegan del imperio moscovita pintan el malestar que allí se siente. La ciudad de San Petersburgo está triste y sombría con sus calles desiertas. Tres personas que se paseen juntas corren peligro de que se las prenda en cuanto ocurra á una cuarta acercarse á saludarlas. Las tropas pasan los dias sobre las armas, dispuestas á salir de los cuarteles á la primera señal; las patrullas que circulan son numerosas; los generales y funcionarios sólo van en coche y con escoltas de caballería; los negocios están paralizados. «La situación general de Europa es realmente crítica, tanto más crítica, porque la particular de cada una de las naciones en que se divide el antiguo mundo, es complicada en diversos grados, es cierto, pero ninguna de ellas, ni aun

la misma Inglaterra, cuya constitucion é inmenso poderío se asientan sobre tan sólidas bases que están, puede decirse, petrificadas, que son tradicionales desde hace siglos, se ve libre de ellas. Esas complicaciones, esas crisis tan frecuentes—dice un periódico—parecen una enfermedad, una epidemia de nuestro tiempo.»

Además del peligro político, externo, visible, nacional, que se manifiesta en la lucha económica de las nacionalidades, hay el peligro social, interno, oculto hasta ahora, el socialismo. Para combatir el primero, es necesaria la organizacion económica de los estados; ¿será suficiente para combatir al segundo un congreso europeo, un acuerdo general y reforma armónica de la legislacion penal y de los tratados internacionales de extradicion en el sentido más restrictivo contra los criminales, cuidando de iniciar tambien la idea de justicia de que á la vez se reformen las leyes administrativas en sentido favorable á las clases trabajadoras é indigentes, para que tengan más holgura y pan que dar á sus hijos, y la idea de caridad de que las clases acomodadas y productoras piensen ménos en sí y más en las clases trabajadoras y pobres? ¿Será suficiente,—como proponía un periódico de la corte,—la union de todos los partidos de órden y de todas las clases conservadoras, impedir la revolucion que á la reaccion trae, y la reaccion que á la revolucion lleva? ¿Basta con pasar á los capítulos de los Códigos penales de Europa que castigan el asesinato, el robo y el incendio como delitos comunes, los delitos de incendio, robo, asesinato y regicidio, considerados hoy como delitos políticos? Inútiles, completamente inútiles son los procedimientos preventivos y represivos que propone la prensa europea, no acabarán con el socialismo la alianza de soberanos europeos y continuarán creciendo y avivándose los sectarios que se extienden desde San Petersburgo á Cádiz, de Siberia á Andalucía. Sin quitar la causa, persistirá el efecto, agrandándose con el tiempo, miéntras haya tantos brazos desocupados, tantas tentaciones, tantas necesidades, tantos estímulos, tantos incitantes y tan pocos medios. El nihilismo ha venido á nacer en una época que la miseria se experimenta con mayor intensidad que en otra época alguna. En todos tiempos ha

habido privaciones y hambres y desigualdad de clases, pero en ninguna se ha tenido tanta conciencia de la miseria como en la presente. La instruccion, difundida en todas las clases sociales, ha despertado grandes necesidades, la competencia, los inventos y las máquinas (1), han hecho más difícil la adquisicion de medios para satisfacerlos, los cerebros se han llenado de ideas, y los estómagos se han encontrado vacíos y roto el dique de la fe, del temor á la fuerza pública y á la fuerza moral, la revolucion se ha pronunciado acaudillada por los doctores y los filósofos; y la revolucion hoy, pide *trabajo*. Este es el verdadero problema social, como la verdadera causa del socialismo es la miseria.

La crisis fabril y mercantil se acentúa en los principales puntos de Europa, y es de creer, que donde hay las mismas causas, se producen idénticos efectos; de manera que perseverando las causas de la crisis económica, tomará cuerpo y se infiltrará en las sociedades europeas el socialismo que las debilita, al propio tiempo que se harán más fuertes los Estados-Unidos aprovechando esta ocasion de debilidad de los contrarios. El capital se encontrará indirectamente amenazado por la falta de trabajo y directamente por las escuelas y restos que le tienen guerra declarada.

«El nihilismo, cuya doctrina es en España para muchos completamente desconocida, tiene, no obstante, secretarios aquí y en Italia,—dice D. Félix de Bona (2), únicas naciones de la Europa occidental donde ha encontrado eco. Sí, el nihilismo existe, ó por lo ménos ha existido en España; y quizá su influencia no haya sido extraña á ciertos tristes acontecimientos que no quiero recordar.» ¿Atenuará su desarrollo la aplicacion de los principios del libre-cambio, que protege al consumidor contra el productor que trabaja? Hé aquí la cuestion que han planteado los economistas españoles á fin de prevenir el gravísimo cargo que podía hacerles la opinion pú-

(1) Principes fondamentaux d'une theorie generale des machines, par F. Reuleaux, trad. de l'allemand, par A. Debize; Paris, 1877. Importance des machines au point de vue social.

(2) El nihilismo, por D. Félix de Bona, artículo publicado en *La América*, número de 26 Abril de 1879.

blica, como indirectamente causantes del nihilismo en nuestra patria. Por su parte, D. Félix de Bona se ha apresurado á echar la culpa á la proteccion, y dice: «Los socialistas son la extrema izquierda de los partidos autoritarios, como en el órden político los doctrinarios son la derecha, y los absolutistas la extrema derecha, á quienes en el órden económico corresponden los proteccionistas y prohibicionistas. Unos y otros, socialistas y autoritarios, pretenden la absorcion del individuo por el Estado.»

«Frente á frente del socialismo y del comunismo en todas sus formas, desde la forma sencillamente proteccionista, hasta la demagogia nihilista, sólo existen los economistas y político-liberales, los que defienden y sostienen los derechos individuales tratando de limitar las atribuciones del Estado á la funcion de garantizar el derecho ó la libertad de los individuos.»

Parece imposible que un hombre de talento, se atreva de esta manera con tan extraña dialéctica á embrollar una cuestion que el simple vulgo conceptúa fácil. El nihilismo, como el libre-cambio, quiere suprimir las nacionalidades; proclama el trabajo individual, y priva al individuo de toda clase de proteccion. Estúdiense atentamente el programa de los nihilistas, y véase cómo en cuestion económica proclaman el indiferentísimo absoluto del Estado, la anulacion de toda intervencion gubernamental; que esto y no otra cosa piden los libre-cambistas. Échense á buscar por todas las naciones un proteccionista nihilista ó siquiera socialista, no lo encontrarán; en cambio, hasta en el seno de nuestra patria encontraremos algun Kaleder socialista, cuyos discursos, libre-cambistas, han resonado en los salones del Círculo de la Union Mercantil.

Convénzase el Sr. Bona, de que, así como el nihilismo y demás doctrinas disolventes obedecen al principio socialista más exagerado, así el libre-cambio es la manifestacion del individualismo más pronunciado, y en esto, los dos extremos se tocan. La intervencion del Estado es el término medio que salva las utopias de absorcion del individuo por el Estado, y del Estado por el individuo como quieren los economistas.

«Es completamente inexacto, decir que el socialismo está en razon inversa de la libertad,» dicen los periódicos socialis-

tas; y en apoyo del enunciado anterior, consignan que, «léjos de estar al abrigo del socialismo la república de los Estados-Unidos, está invadida por él desde algunos años á esta parte, en proporciones de que no podemos formarnos una idea. Tiene el partido socialista más poderoso y mejor organizado, de modo que en 1877 tenía 15 periódicos y cerca de 300 secciones, habiendo triunfado en un Estado, en el de California.» (1).

Miéntras aquella república sea rica y no falte trabajo, el socialismo será puramente teórico y no emponzoñará el problema social como acá internós; mañana, que falte trabajo tambien, allí sabreis lo que es el nihilismo.

Por lo que hace á Italia y otras naciones, el socialismo se encuentra en cierto modo bajo la direccion de los economistas más adelantados, y á fé que no son muy proteccionistas dichos señores. Pero ¿hemos de continuar demostrando lo que está ya en la conciencia de todos?

En otra ocasion (2) he demostrado las causas de la crisis económica que el mundo atraviesa, entre ellas los efectos del libre-cambio; y á poco que se reflexione sobre lo dicho anteriormente en este trabajo, fácilmente nos convenceremos de que la crisis económica puede producir el nihilismo. Esto lo han comprendido ya los hombres de Estado, y he aquí la razon porque Bismark, previendo el peligro, trata de unir las fuerzas de la patria alemana, estrechar los vínculos de la nacionalidad, hacer solidarios los intereses alemanes, y he aquí explicado por qué se declara francamente proteccionista en su mensaje y en su último discurso.

(1) *La Revolucion Française*, número de 25 de Mayo de 1879.

(2) *Revista Contemporánea*.—Consideraciones acerca de la crisis económica que atraviesa el mundo en general y en particular de la de España.—Número de 30 de Abril de 1878 y de 15 de Agosto del propio año.

PEDRO ESTASEN.

(*Se continuará.*)



PARED POR MEDIO.

POEMA

LEIDO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL ATENEO DE MADRID
LA NOCHE DEL 22 DE MAYO DE 1879

Á MI QUERIDO AMIGO

D. ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

«Mi vida es un erial
Flor que toco se deshoja
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal,
Para que yo le recoja.»

BECQUER.

CANTO PRIMERO.

AL LADO Y LÉJOS.

I.

VIVIAN pared por medio
Ella hermosa y él galan
Y entre los dos no tenían
Ni cinco lustros de edad.
Crecieron sin conocerse
Como crecen á la par
A los lados de una tapia
Un girasol y un rosal.
Ella cumplió veinte abriles;
Él veinte tuvo de edad;
Cuando él soñó con amores,
Ella comenzó á soñar.

II.

Él no la vió: sólo un día
Miró un rostro celestial
Que era asombro de las gentes
A la puerta de Juliá.
Ella no le conocía;
Sólo una vez, por azar,
Leyó de él unas endechas
A una incógnita beldad.
Él, admirando el retrato,
Amaba el original;
Leyendo los versos ella
Suspiraba sin cesar,
Y los dos, pared por medio,
Sin que se viesen jamás,
Las almas sintieron llenas
Del mismo amor ideal.

III.

Un tren, de noche hácia Madrid volvía.
Un vagon de primera hácia la vía
Una luz misteriosa reflejaba
Que al par del tren, los campos recorría,
Y en el cuadro de fuego que formaba
De una mujer la sombra se veía.

Era ella la dama; y un viajero
Que aquel perfil fantástico y divino
Admiraba, siguiendo el torbellino
Del tren, que deslizábase ligero
Por los delgados hierros del camino
Era aquél, que por culpa del destino,
Desesperado amante,

Perseguía aquel léjos tan cercano,
Siempre pared por medio y tan distante.

Volaba el tren, y ráuda, sobre el llano
La luz de las abiertas ventanillas
Reflejaba un rosario temeroso
De vagas claridades amarillas.
Pero ¡ay! aunque el amante presuroso
Corría tras la sombra de su amada
Delante de la suya reflejada
Sobre la oscura alfombra
Del verde campo, vuelto tenebroso
En las calladas horas de la noche,
Siempre á distancia igual, sombra tras sombra
Caminaban en rápida carrera
Sin que alcanzar pudiera
Un coche persiguiendo al otro coche.

CANTO II.

EL PRINCIPIO DE UNA COMEDIA.

I.

En casa de una prima que tenía,
Un álbum vió el galan sobre una mesa,
Hallando con sorpresa
Que estaba su retrato
Al lado de ideal fotografía
Que delíneaba el continente grato
Del ensueño de amor que perseguía.

Preguntó con instancia.
Las dos se conocieron en la infancia,
Juntas, en un colegio se educaron,
Juntas, despues crecieron,
Y tanto desde entónces se quisieron
Que apénas si despues se separaron.

Supo entónces que el dia en que él faltaba
Á la tertulia que en la casa había,
La mujer que adoraba,
Por un extraño azar, siempre venía;
Que el año que en Valencia
Juntas las dos pasaron el estío,
Él no estuvo ¡fatal coincidencia!
Porque murió su tío;
Que la voz melodiosa
Que oyó hablar con su prima en una estancia
Era la voz de la deidad hermosa
Que perseguía en vano su constancia,
La misma, que en la noche tenebrosa
Del oscuro camino en la ladera
Reflejaba su sombra misteriosa
Al resplandor de un coche de primera.
Y tanto supo, en fin, que fué creyendo
Que aquel continuo andarse persiguiendo
Sin cruzarse jamás, ni verse al paso,
Aquel irse buscando al par que huyendo
Era ley inflexible del acaso.

II.

El dia en que la vió, cubrió á la hermosa
El tinte de la rosa
Cuando en el mes de Mayo
Entre las otras flores hace alarde
Luciendo sus matices orgullosa
Al postrimero rayo
Que rojo inclina al espirar la tarde.
Y es que la rosa vive enamorada
Del sol que vierte en ella sus fulgores,
Y de amor sonrojada
Su palidez se torna en encarnada
Que el rojo es el color de los amores.
Y quiso la ventura

Del dichoso galan, que aquel semblante
 Rojo de amor como la rosa pura,
 Fuese el reflejo de pasion amante
 Que en el pecho nacía
 Y en nube ardiente, hasta la faz subía.

¡Era tarde! Con ojos de tristeza
 Ella miró. Acabóse la velada,
 La asió del brazo un hombre, con rudeza,
 Y el entónces oyó que era casada.

III.

Despues... Lector, si imaginaste acaso
 Al juzgar del principio de mi cuento
 Que con pintura viva
 Á referirte voy paso por paso
 De una pasion adúltera el tormento,
 Por ser esta pasion la que hoy más priva,
 Sabe, que no es mi culpa si la esposa
 Amó en silencio y devoró su pena;
 Y si el amante al respetarla pura,
 La romántica accion terminó en prosa
 Y huyó léjos por no hacerla perjura.

La virtud es vulgar, y porque sea
 Aun más vulgar la historia comenzada,
 Sabed que aquel amante sin ventura,
 Medicina estudió y en una aldea
 Entre breñas y montes ignorada,
 Juró con noble empeño
 Vivir sin ver jamás á su adorada.

Y su deseo hubiérase cumplido
 Si un oculto poder desconocido
 No decretára inexorable y cruento
 Que aquel amor ahogado en el olvido
 Retoñara con bárbaro tormento.

CANTO III.

IGNOTO DEO. (I)

Cuando ilumina al cielo sol ardiente
e arrodilla con fervor la gente
te el pálio, las luces y las flores
cruzan bajo el toldo al son creciente
cánticos, esquilas y tambores.

Cuando la antorcha lúgubre, amarilla,
bre el paño enlutado opaca brilla,
el sacerdote asperja de agua el suelo,
dobla la campana en la capilla,
en niebla oscura se encapota el cielo.

Cuando la nieve se cuajó en la cumbre
hay dentro del hogar amor y lumbre,
fuera á los reflejos de la luna
steja alborozada muchedumbre
un Dios nacido en miserable cuna.

Cuando del fondo de una luz brumosa
manto de la vírgen dolorosa
angular y negro se desprende
no vela de nave misteriosa
c hácia ignorada orilla el rumbo tiende,

Y sigue al tosco leño que vacila
cirios rodeado en doble fila
sobre el cual, con el postrer aliento,
inclina un rostro, y esparcido oscila
uengo cabello desatado al viento.

(1) Este canto, separado de la acción del poema, fué leído en el Ateneo en una posición aparte; pero como en él se expresa su pensamiento insertamos en el lugar que en realidad le corresponde, toda vez que las dificultades de la lectura desaparecen en la publicación.

Ora en la oscuridad gimiendo el coro ,
El *Miserere* el órgano sonoro
Esparza por la nave solitaria ;
Ora brille el altar como ascua de oro
Y del *Tedeum* se oiga la plegaria;

Ora el bronce en las viejas abadías
Con acentos de vagas armonías
Interrumpa la calma en los eriales;
Ora en sombra y silencio, sus crujías
Estiendan las desiertas catedrales.

A todo mudo, á todo indiferente,
Porque al fervor no se dobló mi frente
Ni se encendió la fé en el pecho mio,
De espanto llena la sencilla gente,
Dice al verme pasar: ¡ved al impío!

Luengas noches pasé en recinto estrecho,
Con luz escasa, sin tocar el lecho,
Ávido de saber, febril y loco
Hundiéndome las manos en el pecho
Viendo la fe que huía poco á poco.

Mas si la fe vacila ¿quién ataja
Ese reflujo que incesante baja,
Esa ley que preside á las mareas
Y que al mar de sus costas desencaja
Y del cerebro arranca las ideas?

Hoy, ya sereno, á todo resignado
Ni busco en las creencias del pasado
Á esta vida promesa salvadora,
Ni en la ciencia que el siglo ha proclamado
Hallo mas que el orgullo del que ignora.

Mas la protesta altiva del ateo
No existe en mí, que en mi conciencia creo

En no sé qué deidad vaga y oscura;
Voluntad de un satánico deseo
Que el hombre rige y su dolor procura.

Y no es casualidad imprevisora
Que con la ceguedad asoladora
Del torrente que rueda desprendido,
Con ímpetu de saña destructora
Esparce el mal sin móvil ni sentido,

Sino una sábia providencia oculta
Que el bien deprime y la virtud insulta
Con el deleite inexorable y fiero
Del asesino que á traicion sepulta
En pecho, sin defensa, agudo acero.

Inteligencia poderosa y clara,
Implacable deidad que el mal prepara
Con sabio afan y encarnizada guerra,
En cuyo honor se extiende como un ara
Regada en sangre y lágrimas la tierra.

Antigua como el hombre, presidías
En las selvas espesas y sombrías
El sacrificio druídico sangriento,
Y al gemir de las víctimas reías,
Cuando en las hojas susurraba el viento.

Por tí, del hondo seno calcinado
Del metálico mónstruo idolatrado
Del púnico en los yermos arenales,
Salía ese clamor desesperado
Con que exhalan la vida los mortales.

Por tí, se encuentra Layo en su camino
Al hijo de quien haces su asesino,
Y porque tanto horror aún no te basta

Invocando las leyes del destino
La llama impura enciendes en Yocasta.

Y entónces tu victoria se completa;
Riges la vida; Esquilo te interpreta;
Diosa *Fatalidad* Grecia te aclama;
Blandes el tirso; inspiras al poeta
Y de tu propio horror creas el drama.

Despues, cuando tu risa de ironía
Hizo al mártir dudar en su agonía
Y el imperio del mal aseguraste
Cuando en la cruz en vano prorrumpía:
«¡Señor, Señor, por qué me abandonaste!»

En la vida feudal apareciste
Y de horror insaciable, prometiste
Hacer de la existencia un drama eterno :
Sobre la tierra, corto, pero triste;
Sin fin y aterrador en el infierno.

Hoy el pastor no ve en la encrucijada
Tras la luna tu sombra endemoniada,
Y no atendiendo al mágico conjuro
Sólo asomas tu faz petrificada
De bizantina iglesia sobre el muro.

La risa de Voltaire te trasfigura;
Arrojas la terrible vestidura;
Vuelves de nuevo al insondable abismo,
Y dios pagano ó creacion impura
Siempre riges el mal, y eres el mismo.

Eres tú quien, á modo de la planta
Que el piso huella con fragor que espanta;
Ya detiene, ya aplasta al hormiguero,
El paso del obstáculo levanta
De la vida del hombre en el sendero.

PARED POR MEDIO

Tú eres quien la catástrofe precisa
Moviendo al tiempo á rapidez y prisa;
Tú, de las horas deteniendo el paso,
Procuras que la accion corra indecisa
Si el mal se ha de cumplir con el retraso.

Y á tu implacable empuje violento
Los hombres, hojas que arrebatara el viento,
Ya abrazados se juntan, ya se alejan;
Ya se embisten con bárbaro ardimiento,
Ya por el suelo sus despojos dejan.

¡Divinidad inexorable y ruda,
Creyendo en tí, tu majestad saluda
Quien atado á tu carro de victoria
La interrumpida narracion sañuda
Ha de seguir, para cantar tu gloria.

CANTO IV.

EL FINAL DE UN DRAMA.

I.

—Pastor, ¿no hay pueblo cercano
Donde haya un buen cirujano?
—Del arroyo que allá corre
Torced á la diestra mano
Y vereis luégo una torre.
Seguidla, y habeis de dar
En el meson de un lugar;
Y una vez allí, señor,
Ni en la córte habeis de hallar
Otro médico mejor.

II.

—Andrés, al médico llama.
Y tú, Anica, ten las llaves
Y de aquel arcon que sabes
Saca las ropas de cama.
Verás que suave tufillo
A holanda y limpieza arrojan ;
Como que entre ellas se alojan
Seis manzanas y un membrillo.
Y porque se templen luégo
Y tengan más grato olor
Ponlas al azufrador
Y quema azúcar y espliego.
¡Vamos pronto! ¡Dios la asista!
¡Cabalgar por los alcores
Entrada en meses mayores!
¿Hay mujer que lo resista?
Dicen que el marido es dueño
Yo no sé de qué cortijo,
Y que allí le nazca el hijo
Quiere con extraño empeño.
Pues pudiera ser ahora
Que el empeño le costara
Harto caro, y se quedara
Sin rapaz y sin señora.

III.

¡Ay madre, madre, nos valga
La Virgen del Romeral,
Que pienso que la señora
En grave peligro está!
Hora, al salir D. Eduardo,
Bajé á alumbrarle al zaguan

Y del candil al reflejo
Ví en la escalera su faz.
Llevaba fruncido el ceño,
La color toda mortal,
Los ojos, cual si quisieran
Las lágrimas refrenar;
Y la mano con que asía
La baranda de metal
Estaba fría, y sudaba,
Y temblaba sin cesar.
Le pregunté y nada dijo;
Volví con empeño igual
A preguntarle de nuevo,
Y dió de nuevo en callar.
Así bajamos. Yo abrí.
Un tempestuoso huracan
Entró por donde él salía
Huyendo en la oscuridad.
Tronó el cielo; yo cerré,
Pero airado el vendabal
Mató el candil, y en la sombra
Quedé con medroso afan
A tiempo que por defuera
Oí cual loco gritar
A don Eduardo diciendo:
«¡Maldita fatalidad!»
Aquel semblante nublado,
Aquel sombrío callar,
La luz que apagara el viento
Y aquel grito de ansiedad,
Agüeros son de desdicha
Que en muerte me hacen pensar.
¡Ay madre, madre, nos valga
La Virgen del Romeral!

IV.

En una estancia sombría
Un hombre á solas gemía
Con agitacion violenta,
Mientras por fuera rugía
La rábia de la tormenta.

Afuera, el cielo tronaba;
Adentro, un pecho estallaba;
Llovía el llanto á raudales
Y la tormenta azotaba
Con lágrimas los cristales.

Que cuando es hondo el pesar
Es poco hacer retemblar
El mundo, dando al sentir,
La lluvia para llorar
Y el trueno para gemir.

—¡Ella!—decía angustiado
Con paso precipitado
Cruzando la habitacion.
—¡Ella otra vez á mi lado!
¡Destino de maldicion!

«Corred, corred; mal parada
Yaciendo está en mi posada,—
Andrés dijo,—una señora.»
Sentí inquietud presagiada
Mas fuí corriendo en mal hora.

Llegué. En ansiedad revuelta
Un cuerpo de forma esbelta
Que en las almohadas vertía
Blonda cabellera suelta,
De fiebre se estremecía.

Encendió la calentura
El carmin con que fulgura
Aquel rosiro que se mueve
De la Holanda en la blancura
Como una rosa entre nieve.

Mas el fuego carmesí
De aquel rostro, prendió en mí;
Que en un momento fatal,
La miré y enrojecí;
Me miró, y quedó mortal.

Quise gritar y callé.
En sus labios, yo no sé
Qué palabra se formó.
Yo sin sentido quedé,
Y ella sin vida cayó.

Sin vida, sí; devorada
Por la fiebre, mi llegada
La causó emoción tan fiera
Como ruda puñalada
Que el corazón la partiera.

Morirá. Del nuevo día
El alba nublada y fría
No dará luz á sus ojos,
Y en honda caja sombría
Alumbrará sus despojos.

¡Yo la he muerto! ¡Hado inclemente!
Dame que el pecho reviente
Al dolor que en él rebosa
Para que cubran mi frente
Con la tierra de su fosa.—

Dijo, y golpeóse airado,
Y de una pistola armado

Se revolcó sobre el lecho;
Sonó un tiró, y desplomado
Cayó, dividido el pecho.

CANTO V.

NI EN LA TUMBA.

I.

Como oxidado hierro el tosco muro
Amarillo y oscuro;
Los arcos rotos, la cornisa en ruina
Labrada con fantásticos caprichos,
Y las ventanas hondas como nichos
Levántase una iglesia bizantina.

Una vieja pared, forma un cercado
Que al cerrar en cuadrado
Una corta extension de la llanura,
Parece un marco que gigante artista
Dejó por un olvido que contrista,
De dibujo vacío y de pintura.

Vacío no; la ventanilla abierta
Sobre la añosa puerta
Entretejida de tablones gruesos
Que blancos de humedad y podredumbre
Resaltan con la pálida vislumbre
De carcomidos y enlazados huesos,

Permite ver el cuadro pavoroso
De un lugar silencioso
En que el lampazo cubre los eriales,
Y la bardana entre las piedras crece,
Y la amapola sus capullos mece,
Y por las tapias trepan los zarzales.

Más si del sitio aquél lleno de horrores
No alegraron las flores
Los parajes sombríos y desiertos,
Retoñando en eterna primavera
Brotan del suelo cruces de madera,
Plantas que tienen por semillas muertos.

En tanto que testigo solitario
Ruinoso campanario
Destaca sobre el fondo vespertino,
Con recortada forma, el negro muro
Roto por dos ventanas que en lo oscuro
Resaltan con destello blanquecino.

Y como se cayeron las campanas
De las huecas ventanas,
El torreón, con ojos siempre abiertos,
Ojos de luz que lanzan sin pupila
Yertas miradas de estupor, vigila
El pavoroso campo de los muertos.

II.

La tarde era apacible; el sol lucía
Tras niebla pasajera,
Que al reflejar del iris los colores
Como un sueño de amor se deshacía
En esa lluvia mansa y placentera
Que el valle puebla de tempranas flores
Y da al viento los cálidos olores
De la tierra mojada en primavera.

Sobre el oscuro verde de los prados,
Del sol á los reflejos
Sus sombras paseaban los nublados,
Y allá léjos, muy léjos
De la niebla rompiéndose los tules

Veíanse vertientes y collados
 que se perdiendo en límites azules.

Del fondo de aquel valle donde humea
 la pequeña barriada de una aldea
 pausado, triste y lento
 surge también, y en el espacio ondea,
 De una campana el funerario acento.
 Mientras del valle á la áspera colina
 que sustenta en su altura
 el cementerio de una iglesia en ruina,
 viniendo va, como serpiente, oscura
 senda tortuosa y pina
 Muchedumbre que reza ó que murmura.

Canta la clerecía, el pueblo llora,
 el bronce tañe, la mortuoria caja
 Al fondo oscuro de la fosa baja,
 Y retumbando en cavidad sonora
 La tierra en paletadas se desgaja.
 La postrera oracion, dice la gente;
 Cesa el rumor; desciende por la cumbre
 Dispersa la callada muchedumbre;
 Con crujido estridente
 Los goznes gimen de la añosa puerta,
 Nace otra cruz en la region desierta,
 Y en vibracion lejana,
 Sigue diciendo al viento la campana
 Que allí quedan los restos de una muerta.

.....

Más tarde, cuando pálida declina
 La claridad del dia y vagorosa
 Quiebra del horizonte la neblina
 Y por el cielo sube silenciosa
 La luna que los campos ilumina,
 Dos hombres, de la noche en el misterio,

Al pié del paredon alto y sombrío
 Que cerca el cementerio,
 Segun órden de un párroco indignado
 A las cenizas del suicida impío
 Dan sepultura fuera de sagrado.

III.

Ni una inscripcion grabada en una losa,
 Ni una cruz de madera que atestigüe
 Que un hombre allí reposa.
 Sólo con prevencion superticiosa
 No hay tímida aldeana
 Que llena de terror, no se santigüe
 Cuando del sitio aquel cruza cercana.

De aquel lugar maldito y desolado
 Cuentan horribles cosas, cuando airado
 El cierzo silva y los nublados mueve
 Sobre el menguante rostro de la luna;
 Cuando el reló con golpe amortiguado
 Hierde el metal que se cubrió de nieve;
 Cuando se mece en el hogar la cuna
 Al compasado ruido de la rueca,
 Rompe en hervor descomunal caldero,
 Se enrojece el hollin, chispea el tuero
 Y arde gimiendo la retama seca.

Dicen entónces, que en la noche oscura
 De la olvidada fosa del suicida
 Resucitando el alma maldecida
 Con azulada claridad fulgura,
 Y en pos de una mujer que adoró en vida
 Saltar la tapia del sagrado intenta.
 Mas vano afan; cuando tocar parece
 Del cercado la cumbre,
 Su claridad opaca y macilenta

El soplo de la brisa desvanece
Y al suelo rueda su apagada lumbre.

IV.

De pedazos de rocas, empedrada
Fríos y duros como el hado impío
Y de espinas de zarza coronada
Como la imagen de dolor sombrío,
Del cementerio la pared oscura
Cómplice inexorable de la suerte
Surgiendo entre una y otra sepultura
Los sigue separando, hasta en la muerte.

Casualidad ó devoción piadosa,
Del suicida brotó sobre la fosa
El flexible ramaje de una hiedra
Que extendiendo sus brazos amorosa
Por la pared trepó de piedra en piedra;
A tiempo que del muro, al otro lado
Sobre el sepulcro dentro de sagrado
Nació un rosal, que al rebasar creciendo
La tapia del cercado,
En sus ramas la hiedra fué prendiendo.

Y siempre que en Abril la brisa mece
Sobre lo alto del muro hojas y flores
Tiembla el rosal, la hiedra se estremece
Y abrazados publican sus amores.

RICARDO BLANCO ASENJO.





ANALISIS Y ENSAYOS.

UNA BIOGRAFÍA DE THIERS.

Vida de Luis Adolfo Thiers, por Francisco Le Goff, traducida de manuscritos inéditos por Teodoro Stanton (New-York, G. P. Putman's Sons).

HASTA para conocer el carácter de esta obra con que digamos que desde la primera á la última página no se encuentra la más leve indicacion de que el protagonista se haya equivocado ó haya sido digno de culpa en ningun accidente de su vida. Siempre aparece como un hombre de Estado sabio, consecuente y animoso, que se sacrificaba por el interes de su patria, sin cuidarse de otra cosa más que de servirla. M. Le Goff debe saber que pocas personas, cualquiera que sean sus opiniones políticas, de las que están al corriente de la reciente historia de Francia, se encontrarán dispuestas á convenir con él en la apreciacion que hace de su héroe, y por lo ménos es extraño que espere atraer al mundo entero á sus miras, sencillamente contando con una ignorancia absoluta de los hechos que se refieren á M. Thiers ó sin presentar más argumentos que sus aserciones sin fundamento alguno. La carrera política de Thiers es demasiado reciente y generalmente conocida para que se trate de semejante manera con la menor probabilidad de buen éxito.

Escasamente habían transcurrido dos años desde que sus enemigos, que sin duda eran acérrimos y poco escrupulosos, escudriñaban un día y otro día en los nebulosos episodios de su vida. La tarea era pesada y la evidente malicia de los ataques probablemente predispusieron á muchas personas á considerarlos con impaciencia.

Los hombres sensatos, en su mayoría, creían que la cuestión no era saber si el pasado de Thiers había sido honrado, sabio y consecuente; sino averiguar si en sus últimos años había ó no prestado un gran servicio á su patria. Jamás la historia presentará á Thiers como una figura interesante. Ni es César, ni María Estuardo, ni Bacon, ni Danton, personajes acerca de cuyo carácter y conducta jamás dejará de haber una viva y apasionada controversia. Nadie en la actualidad, ni aun monsieur de Cassagnac ó M. Rochefort, creará oportuno ni necesario hacer un resúmen de sus malas acciones; pero cuando se nos desafía con un panegírico tan indiscreto como el de M. Le Goff, no podemos ménos de decir que la historia de los últimos cuarenta años no se ha borrado por completo de la memoria del pueblo.

Por ejemplo, no se ha echado en olvido que el periodista que alcanzó el poder por la revolucion de Julio, cuatro años despues publicó contra las asociaciones la más severa ley conocida, ley confeccionada por Napoleon I, que los Borbones despues de la restauracion encontraron buena y que fué denunciada por el mismo Guizot, cuando era oposicion, como un ultraje á la libertad. La inexorable severidad con que fué vencida la insurreccion de veinticuatro horas de Abril de 1834, y la matanza de los que no combatían en la calle Transnonain, se recordaban siempre y se presentaban contra M. Thiers hasta que fueron borradas de la memoria del pueblo por el más terrible derramamiento de sangre de Mayo de 1871.—Las tiránicas leyes de 1835 siempre han estado unidas á su nombre, y no hay para qué decir que esta parte de la vida de Thiers se trata muy someramente por M. Le Goff.—La ley contra las asociaciones y las de Setre sólo están mencionadas con una frase en toda la obra. Los asesinatos de la calle de Transnonain se pasan en silencio, y hasta se asegura que Thiers era

partidario de una política más liberal, y estaba en vísperas de ponerla en práctica cuando sus diferencias con el rey acerca de la intervencion en España le obligaron á dimitir en 1836. No hay, sin embargo, razon alguna para suponer que tal fuera su intencion, porque cuando volvió al ministerio en 1840 se negó á dar paso alguno para reformar ó dulcificar las leyes represivas. No obstante, sus *coqueteos* políticos con Odilon Barrot y la izquierda dinástica fueron causa de que los conservadores sospecharan que estaba dispuesto á entregar la nacion á la democracia. A ménos de no tener presente cómo se condujo en esta época, imposible es comprender el sentimiento que inspiraba, tanto á los conservadores como á los republicanos, en 1871-1873.

Cumple al propósito de M. Le Goff presentar á Thiers como si se hubiera adherido lealmente á la república en 1848; y cree haberlo probado suficientemente, citando el mensaje del ex-ministro á los electores de las Bocas del Ródano:

«Esta declaracion, dice el autor, tan elevada como sincera, no fué, sin embargo, igual á las sospechas y á las imputaciones á que entónces dió lugar la conversion de Thiers al republicanismo. Semejante injusticia pronto tuvo su compensacion. En las elecciones complementarias de 8 de Junio (*sic*) de 1848 fué elegido diputado por cuatro departamentos.»

Siempre se ha dicho que fué derrotado en Abril, porque se sospechaba de su sinceridad, no sólo por los republicanos, sino tambien por el clero, y que si triunfó en Junio, fué debido á que en este intervalo dió tales seguridades á este último, que obtuvo del obispo de Orleans la siguiente recomendacion: «No estoy obligado á colocarme en el lugar de Dios y sondear las conciencias, pero en apariencia, visiblemente M. Thiers ha vuelto completamente á nosotros.» Inmediatamente despues llegó á ser el espíritu dominante del grupo ó fraccion de la rue de Poitiers, compuesto de orleanistas, legitimistas y hasta de bonapartistas, tales como Dufaure, Daru, Buffet, Berryer, Falloux, Rouher, Persigny, muchos de los cuales habian hecho pública profesion en las elecciones, no sólo de republicanismo, sino hasta de socialismo, pero cuyo único lazo de union era el odio á las instituciones republica-

nas. Fácil sería presentar múltiples circunstancias de la malévolamente actividad de M. Thiers durante este período; pero ninguna es tan sencilla y tan fácil de comprender como la que queda narrada. *Noscitur ex sociis*. Tal vez M. Le Goff posea lo que él califica de pruebas suficientes de que la actitud de M. Thiers era conciliable con su lealtad á la república; pero de ser así hubiera sido conveniente que las hubiese presentado para hacer desaparecer esta aparente contradicción. Un hecho tan significativo y notorio como las relaciones de M. Thiers con la fracción de la rue de Poitiers, no puede descartarse por el cándido procedimiento de no mencionarlo.

La protección de Thiers á la candidatura del príncipe Luis Napoleón contra Cavagnac en la elección presidencial, debe haber puesto en gran apuro á M. Le Goff, y para salir del mal paso, nos pide que creamos que Thiers tenía serios temores de que una competencia empeñada entre los dos candidatos citados, diera lugar al triunfo de Ledru Rollin, ó de Raspail, y en consecuencia prestó ayuda al que creía más fuerte. Esto es sencillamente ridículo, porque era evidente para todos que los republicanos rojos estaban fuera de combate, y al presentar dos candidatos, indica claramente que no teniendo esperanza alguna de éxito, los rojos no llevaban otra idea que llenar una formalidad. El resultado de la elección fué de 5.484.226 votos en favor de Luis Napoleón; 1.448.107, por Cavagnac; por Ledru Rollin, 370.119, y 36.920, en favor de Raspail; de manera, que si Thiers hubiera realmente abrigado temor alguno acerca del triunfo del partido rojo, podría conceptuarse como el más torpe observador de todos los franceses. La explicación que se dió entonces de su conducta, y que fué generalmente aceptada, es la verdadera. Sabía que Cavagnac, á quien le disgustaba, tanto por sus principios como por su carácter, jamás le habría nombrado ministro, al paso que se lisonjaba de poder gobernar á Luis Napoleón. En la apreciación de este hombre se engañó, como lo fué después con sus dos *protegidos* Mac-Mahon y Fourtou.

Un eminente hombre de Estado francés nos decía en cierta ocasión: «M. Thiers tiene buen olfato para las situaciones, pero no para los hombres.» M. Le Goff expresa que la víspera

del 24 de Mayo de 1873, «Thiers estaba seguro de su suerte; que todo lo que le restaba era caer con honor.» Ciertamente es que el voto de la Asamblea le era adverso, pero no tenía intención de caer. A pesar de repetidos avisos, estaba firmemente persuadido de que los reaccionarios no hallarían persona que le reemplazara, y que vendrían á suplicarle de rodillas que volviese á ocupar su puesto. Creía á Mac-Mahon partidario suyo, y todos sus ministros le instaban para que no dimitiese, segun nos dijo posteriormente uno de ellos. Su fatal equivocación expuso á la Francia al riesgo inminente de una restauración monárquica, manteniendo durante más de cuatro años el temor de un *golpe de Estado*.

En resúmen, es difícil comprender la razón de haber escrito esta obra. Por una parte, no da luz alguna acerca de ninguno de los hechos que relata, conocidos de antemano, y por otra, guarda silencio sobre muchos otros, que no deben omitirse en una biografía de Thiers, por superficial que sea. Debe decirse, en favor de M. Le Goff, que es la obra de que se trata, se ha escrito eligiendo el traductor algunos manuscritos de los muchos que posee el autor, los cuales, si se hubieran publicado por completo, tal vez no darían lugar á las consideraciones que hacemos en este artículo.

E. S. BEESLY.

EGIPTO Y SU HISTORIA ANTIGUA.

Historia de Egipto bajo los Faraones, sacada completamente de los monumentos, por Enrique Brugsch-Bey. Traducida del alemán por el difunto Enrique Dauby Seymour, F. R. G. S. Completada y editada por Felipe Smith, B. A., en dos tomos (Murray).

Por tercera vez aparece á nuestra vista Brugsch-Bey como historiador del Egipto antiguo.—En 1859 produjo el primer tomo de su primera *Historia de Egipto*, obra que no se ha terminado. Luégo, en 1875, se publicó la *Primera parte* de lo que pretendía ser una segunda edición de aquella y que también quedó en estado de fragmento. Finalmente, en 1877 vió

la luz pública su *Geschichte Aegypten's unter der Pháronen*, traducida ahora según queda expresado por los señores Felipe Smith y el difunto H. D. Seymour.

Como quiera que es la más completa y contiene los hechos más recientemente averiguados, la presente obra es sin duda alguna la mejor de cuanto ha escrito el autor sobre el Egipto antiguo; pero sería aún más valiosa si hubiera seguido en ella el plan que desarrolló en la segunda edición de 1875. Este encantador fragmento escrito en francés é ilustrado con citas de textos, geroglíficos, era tan agradable para el estudiante como para los demás lectores en general. Las citas se omiten en la presente edición reemplazando su gran utilidad con un signo convencional de referencias. La obra, sin embargo, es extraordinariamente rica en nuevas é interesantes inscripciones, citando como ejemplo el capítulo IX del tomo I que no contiene menos de nueve; pero es difícil contentarse en una obra de esta importancia con meras traducciones. En la carencia de facsímiles, trata uno por lo menos de conocer dónde fueron hallados los originales, y dónde pueden verse.

Las excavaciones en los grandes cementerios de Geczch, Sakkara, Meydoom y Abydos, han arrojado una viva luz sobre la vida pública y privada del imperio antiguo y del imperio medio. Con el auxilio de los hechos arrancados á las capillas mortuorias y cámaras sepulcrales herméticamente selladas unos cuatro ó cinco mil años ántes de la Era Cristiana, el doctor Brugsch nos presenta con gran número de detalles los tiempos remotos de los reyes de Ménfis. Sabemos que tan atrás como en el reinado de Snefru, predecesor de Khufu y de Shafra, el soberano presidía una córte tan formal y aparentemente tan servil como la de Luis XIV. Tenía secretarios, tesoreros, consejeros, ministros de obras públicas, interventores de la servidumbre, jefes de caballerizas, maestros de ceremonias, jefes de guardaropía y por último, gentiles hombres c. e. cámara cuyos deberes consistían en cuidar de los baños reales y del cabello y uñas de su sagrada majestad. Los sacerdotes ó profetas de la pirámide del rey y los arquitectos encargados de edificar aquella «eterna mansion» eran personajes del más elevado rango. Encontramos, por ejemplo, á un tal Mer-ab,

hijo de Khufu entre los arquitectos; y es de suponer que la famosa pirámide de su padre fuera edificada por este príncipe; cada pirámide tiene su nombre. Las de Khufu, Shafra y Menkara, eran llamadas «la Expléndida,» «la Grande» y «la Elevada,» miéntras que la de Snefru, que supone ser la que aún permanece cerrada en Meydoom, se conocía con un nombre que significa «el Alba» ó «la Fiesta.» La totalidad de este período se lee mejor en el fragmento del doctor Brugsch de 1878.

Respecto á la oscura época en que el Egipto estuvo por varios siglos esclavizado por un desconocido designado con variedad por el nombre de Hyksos, Aatu, ó Plaza y Mentin, el doctor Brugsch indica el importante hecho de que en la lista de naciones esculpida en los muros del templo de Edfoo; estos mismos Mentin se describen como habitantes de la tierra de Asher. Ahora bien, en una de las secciones del decreto de Canopus, se demuestra que Asher y Siria eran sinónimos por lo ménos en los tiempos de Ptolomeo, al paso que la version geroglífica de la misma leyenda sustituye por Asher el nombre antiguo de «Rutennu del Oriente.» Así Siria, la tierra del Rutennu del Oriente, Asher y Menti son nombres dados en diferentes períodos al mismo país. Que Asher en algun tiempo significara Asiria, es cuestion que aún no está resuelta; pero es difícil leer los argumentos del doctor Brugsch y no convenirse de que los Hyksos eran una horda de Rutennu aliada con los árabes de Shasu, y que al deseo de venganza, no ménos que al de conquista, debe atribuirse la apasionada persistencia con que los faraones de la dinastía XVIII perpétuamente dirigieron sus ejércitos contra las tribus del Asia Occidental.

El autor tiene mucho que decir aún acerca del semitismo en Egipto, especialmente bajo el punto de vista filológico. Cuando hay que descifrar un lenguaje escrito, en el que ciertas consonantes pueden cambiarse entre sí, y las vocales se omiten en su mayoría, pocas indicaciones de nombres propios pueden con seguridad considerarse como positivos. Algunos de ellos, sin embargo, en los capítulos XI y XII del tomo I, son más que plausibles. La derivacion tanto tiempo buscada de la palabra «Nilo,» se encuentra en la semítica de:

Nahar ó *Nahal*, que significa «rio,» y es un hecho sumamente interesante que el distrito bañado por el Abana y Pharphar, al Oeste de Damasco, es conocido, aún en época actual por los árabes, con el nombre «Naharain,» ó «Tierra de la doble corriente,» nombre que constantemente aparece en las inscripciones geroglíficas de las dinastías 18 y 19, para designar especialmente la Mesopotamia ó el país situada entre el Tígris y el Eufrates.

Debe advertirse, que al condenar la confederacion Pelasgo italiana de De Rougé, y asignando un origen Cario-Colcico y armenio á las tribus aliadas que invadieron el Egipto en los reinados de Menephtah I y Ramses III; el mismo doctor Brugsch propone una nueva interpretacion de la inscripcion llamada «Casa Tesorería,» que existe en Medmet-Haboo, demostrando que ciertos cautivos, que hasta ahora se suponían haber sido Maxyes, Chahhes, etc., fueron efectivamente chipriotas y silicianos hechos prisioneros en Idalium, Kition, Soli, Curium, etc., etc., nombres á los cuales los descubrimientos del general Di Cesnola, y recientes acontecimientos políticos prestan un especial interes.

El período del nuevo imperio, tan rico en materiales, llena casi una mitad de la obra. La falta de espacio nos obliga á pasar por alto mucho de lo que es nuevo en este campo tan labrado ya, limitándonos á señalar la importante inscripcion en la que Thothmes, nos dice como fué desterrado en su juventud al templo de Amen, en Buto, en el Monte Casio, el Zephon de Baal de la Biblia (tomo I, pág. 343), y la de Róhir Amenhopet, jefe arquitecto de Amenhopet III, en que se refiere como ejecutó dos estatuas del rey su amo, «tan admirables por su anchura y altura, que hacían aparecer pequeñas las proporciones del templo;» cuyas estatuas son los célebres colosos de la Plana.

Los reinados de Ramses II, el Faraon de la opresion y de Menephtah, el Faraon del Exodo, contiene gran variedad de hechos inconexos que tienen mayor ó menor referencia directa con con la historia de Moisés y de los israelitas, cuyos datos reunidos son en extremo curiosos. Los monumentos recuerdan los nombres de dos hijas de Ramses II, Merí y Merí-

Amen, una de las cuales puede ser la princesa Merris, de la tradición judáica, y la «hija del Faraon» de la Biblia. Un documento de tiempo de Ramses II, menciona un lugar en el Nilo, cerca de Tel-el-Amarna, llamado entónces Teu-Moshé, esto es, la isla ó el banco de Moisés. Cierta virey de Kus, en el reinado de Ramses II, se llamaba Moshé ó Massui. El célebre geroglífico de Dakkeh, refiere como las ruinas de Akita (Gebel Ollaki), permanecieron improductivas, porque «los lavadores de oro que habían ido allí murieron de sed, así como los burros que estaban con ellos,» en consecuencia de lo cual, se envió una expedición bajo las órdenes del entónces virey, con instrucciones para hacer pozos artesianos por todo el camino. Posteriormente este mismo virey dió cuenta del feliz resultado de su misión, manifestando que «el agua brotaba por arroyos,» y que el pueblo se regocijaba en gran manera, miéntras que los que padecían de la vista se lavaban con el agua y curaban. Nos parece ver en esto, como en un espejo oscuro, que Moisés puede, no solamente haber sido virey de Kus, sino que es posible que fuera el idéntico personaje que tuvo el mando de esta expedición, circunstancia que pudo muy bien haber influido para hacerle superar una de las mayores dificultades de la permanencia en el desierto. Una inscripción cortada en una roca, recuerda también el nombre de Lui ó Levi, gran sacerdote y tesorero de Amen en la época de Menephthah, miéntras que el de un tal Pinehas, idéntico al de Phinehas, nieto de Aaron, se encuentra en las canteras de Silsilis. Por último, también se trata de un Amenemhan, arquitecto jefe del bajo Egipto en tiempo de Ramses II, que dirigió las grandes edificaciones de Pa-Toum (Heracleopolis-Parva), y de Pa-Ramses (Tanis), el Phitom y Ramses de la Biblia, y que así fué el instrumento directo del cautiverio.

La narración de la 20.^a dinastía del Dr. Brugseh, hubiera sido más completa. Si ínterin su obra se imprimía hubiese tenido el autor acceso á los grandes papyrus de Harris (publicados despues en facsímiles), documento de alta importancia y que puede calificarse de una especie de testamento político en forma de un mensaje póstumo de Ramses III al pueblo y ejército de Egipto.—Sin embargo, se hacen en la obra exten-

esos extractos de aquel admirable fragmento conocido con el nombre de *Papirus judicial de Turin*, que trata de una «Conspiración del Haren» contra el soberano, en la cual estuvieron complicadas muchas personas de elevado rango, inclusa una cierta dama llamada Thi (ó Taia) y su hijo Pentaur quienes el Dr. Brugsch supone ser mujer é hijo de Ramses III. Ahora bien, es un hecho curioso—que ha pasado desapercibido, creemos, á los ojos de los ilustrados comentadores de este papiro—que aunque la reina se ve representada dos veces en el gran cuadro de la coronación de Medinet Haboo, los adornos de sus retratos están en blanco. ¿No podría suceder que fuera la Taia de la conspiración y que quedara sin nombre á consecuencia de su crimen, y que sin embargo fuera representada en su lugar como cuestión histórica? Extraño es que el Dr. Brugsch al describir la tumba de Ramses III (tan célebre bajo el nombre de «Tumba de Bruce» ó «Tumba de los arpistas») omita decir que su sarcófago existe en el Loudre, y la cubierta, que tiene una estatua del rey en alto relieve, se halla en el museo Fitzwillian de Bambridge.

El Dr. Brugsch pretende con justicia haber descubierto la conquista de Egipto por los asirios. Los egiptólogos hace largo tiempo hallaron el carácter asirio en ciertos nombres propios, tanto de personajes de alcurnia real como de particulares que empiezan á aparecer en los monumentos en la época de la 20.^a dinastía; pero ahora sabemos por primera vez que hubo virtualmente una invasión; que Her-Hor el sumo sacerdote usurpador de Amen en Tebas, desterró al oásis al último de los Ramses con 100.000 secuaces; que un descendiente de uno de éstos desterrados—probablemente Ramses XVI de la línea legítima—se casó con una princesa asiria; y que Nemrod, hijo de Sheshank ó Sheshak, «el gran rey de Asiria,» marchó contra Egipto ostensiblemente para apoyar á los ramesidas; pero en realidad para conquistarlo y someterlo al dominio de Asiria. Aparece, sin embargo, que este Nemrod (que dividió el trono de Asiria con Sheshank, su padre, y tuvo un hijo llamado también Sheshank) murió en Egipto y fué enterrado en Abydos, donde hace poco se encontró la mitad inferior de una gran tableta, que recuerda como Sheshank, padre, vino allí

transcurridos algunos años para visitar el «hermoso sepulcro» de su hijo, y hallándolo deteriorado y escasa su dotacion, lo hermoseó y dotó. «En aquel mismo tiempo su majestad hizo traer á Abydos, la estatua del gran rey de Asiria, el rey de los reyes, Nemrod, representado por un hombre en actitud de andar; cuya estatua fué colocada en el espléndido sepulcro real del Santo de los Santos, etc., etc.» Tambien erigió «una piedra conmemorativa en el lenguaje de Babel,» que contenía el catálogo de las dotaciones con una lista de las sumas que debían gastarse diariamente en miel, bálsamo, incienso, tortas con especias y demas de este género. Esta inscripcion, descrita por el Dr. Brugsch, como «una de las más notables y sorprendentes que se hayan jamás encontrado en Egipto,» se colocó dentro de los muros de alguna edificacion posterior, á cuya circunstancia se debe probablemente su conservacion.—No termina aquí la admiracion; además de esta singular evidencia del enterramiento de uno de los reyes de los Asirios en el corazon del valle del Nilo, unos 1.033 años antes de Jesucristo; por lo que llama el autor un extremo accidente de la suerte «la verdadera estatua erigida por el rey Sheshank á la memoria de su hijo, ha sido identificada por el Dr. Brugsch por medio de un fragmento sin cabeza en el gran salon de la coleccion egipcia de Florencia.

La dominacion asiria en Egipto, parece haber estado bastante asegurada. Cuando los nombres de este Nemrod y de su padre ocupan su lugar en el catálogo de soberanos, el rey conocido como Sheshank I (el Shishak de la Biblia que conquistó á Jerusalem) pasa á ser el segundo del nombre, calculándose que la dinastía de los bubastidas, duraría unos 150 años. Entre tanto los hijos de estos Faraones asiro-egipcios todos los Thiglats, Sheshank, Sargous y otros, llevan como príncipes, el título asirio de *Sátrapa*, título que, bajo la dinastía etiopía que fué la inmediata, cambió de nombre por el de «príncipe de los Maxyes».

Segun hemos visto, el Dr. Brugsch obtiene antecedentes de fuentes en que ni soñado habían los historiadores hace pocos años. Las tabletas de Apis, la inscripcion de Piankhi en Gebel Barkal (Napatia), los registros cuneiformes de Assur-bani-

pal, los restos de los muros del gran templo en el oásis de El Khargah, son grandes auxiliares para llenar más de una laguna histórica.

Los últimos capítulos de la obra, aunque ricos en referencias y traducciones, llevan el sello de la precipitación. En muy pocas páginas vemos á Egipto, gobernado por una multitud de reyezuelos y sátrapas. Tébas, saqueada dos veces por Assur-bani-pal; la supremacía de los asirios, cede su puesto á la de los etiofes, y los persas suceden á ambas dinastías. Nada, sin embargo, puede ser tan satisfactorio como los testimonios de los distintos monumentos y su completa concordancia con la narración que se lee en la Biblia de esta misma época. Sigue á ésta el último y pálido destello de prosperidad. Envalentonados con el éxito de los griegos en Salamina y Platea, los egipcios, al mando de un tal Khabbach, que parece haber sido un rey tributario del de Persia, se sublevó, expulsó á Verxes de su palacio de Sais, arrojó á los opresores de Egipto, y por espacio de sesenta años, este país estuvo otra vez bajo el dominio de una línea de Faraones legítimos, establecidos en Meudes y en Sebennites. Finalmente en Nekht-nebef, último Faraon de la última dinastía, termina la historia de Egipto, hablando con propiedad. La herencia de Menes sólo existe, en adelante, como una provincia griega, bajo la dominación de Alejandro Magno y de sus sucesores.

No puede haber más que una opinión respecto al valor intrínseco de la obra del Dr. Brugsch. Indudablemente es la más importante que se ha escrito, así como la más verdadera y más detallada. Los monumentos de que se ha servido el autor como antecedentes, han sido estudiados, examinados y comparados con la más escrupulosa minuciosidad.—Los hechos que refieren son de indudable autenticidad, sin que en ninguna de sus páginas se encuentren aventuradas teorías, imprevistas generalidades, ni ilustradas credulidades. El lector se encuentra en un terreno firme desde el comienzo hasta el fin; y si la historia ideal del Egipto no está aún escrita, por lo ménos el Dr. Brugsch, nos proporciona algo de real y positivo hasta donde alcanza. La mayor falta de esta obra, tomada en conjunto, es que su lectura parece ser, más que la

de una obra, la de una coleccion de estudios separados, cosidos juntos de prisa. Tampoco está tan exenta de descuidos como tal vez debía esperarse.—Nombres de personas y lugares, á menudo en justa posicion, están escritos de dos ó tres diferentes maneras; hechos de importancia secundaria, á veces se refieren con poca exactitud (como, por ejemplo, tratándose de Semneh, situada á 35 millas arriba de Wady Halfch, se le supone «inmediatamente debajo de la segunda catarata»); y en una notable inscripcion citada en la página 219 del primer tomo y luégo en la página 117 del tomo II, está traducida de una manera tan distinta, que la segunda version en parte contradice el sentido de la primera. Respecto á omisiones, es notable que aunque la famosa alianza ofensiva y defensiva entre Ramses II y el príncipe de Khita ha sido traducida *in extenso*; en esta obra el autor no llama la atencion hácia la circunstancia de ser este documento el primer ejemplar que existe de tan extraordinario tratado. Más aún, cuando cita en la página 83 del tomo I la antigua sepulcral invocacion que existe en el féretro de Menkara (cuarta dinastía), no dice una palabra acerca de que esta oracion contiene la primera referencia conocida del mito Asirio con relacion al culto de los difuntos; marcando así una nueva separacion en los anales religiosos de Egipto. El curioso lector no podrá ménos de observar que ínterin Brugsch-Rey no deja pasar oportunidad alguna de demostrar los puntos de contacto entre la *Biblia* y los monumentos, trata con trivialidad la inmensa y preponderante influencia que la religion nacional ejercía en la historia de la nacion—aquella antigua, augusta é inexorable religion que regulaba cualquier acto de la vida egipcia pública ó privada é imponía un yugo con no menor autoridad al rey que al último de sus vasallos.—Debía esperarse en una obra como la de que se trata algunas noticias sobre la literatura religiosa de Egipto, acerca de la que conocemos algo en forma de himnos, letanías, lamentaciones, etc., y parece casi increíble que el Dr. Brugsch no haga un bosquejo de la extraordinaria obra conocida con el nombre de *El Ritual ó Libro de los Difuntos*.

El traductor que quiera publicar una historia como la de *Geschichte Aegypten's unter den Pharaonen* en inglés cor-

recto y legible, necesita algo más que un mediano conocimiento del alemán. Debe tenerlo perfecto, no sólo de la literatura general del asunto, sino de los monumentos más importantes; y si tiene alguna idea de los jeroglíficos, llevará á cabo su tarea con mayor facilidad y exactitud. Por lo ménos, debe ser incapaz de confundir estatuas con pinturas, tabletas con columnas, y trasladar nombres tan comunes como Amenhotep y Aah-hotep por Ammonish y el Lunático, que aparecían en la obra. Seguramente no puede atribuirse más que á un error de imprenta, el que Neb-Ankh (señor de la vida) se traduzca por «Montaña del Fétetro» (tomo I, pág. 300).

De la traducción de esta obra, mientras ménos se diga, será mejor. Incorrecta con frecuencia y careciendo siempre de elegancia, cansa y atosiga al lector desde la primera á la última página. Tal vez, después de todo, no pueda tributarse mayor elogio á la historia del Dr. Brugsch que decir que, á pesar de la cuestionable manera con que se ha publicado, es de un interés tan inmenso, que se lee casi con santo placer, como si estuviera escrita por él mismo en ese esquisito idioma francés que tan bien posee.

AMELIA B. EDWARDS.

BOLETIN

DE LA SOCIEDAD PARA EL ESTUDIO DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR.

Sociedad para el estudio de las cuestiones de la enseñanza superior.—Estudios de 1878.—Paris 1878, en 8.º 655, páginas.

El año próximo pasado se formó en Paris una sociedad para el estudio de las cuestiones de la enseñanza superior, y entre sus socios fundadores en número de 24, figuran los señores Breal, Boissier, Fustel de Coulanges, Laboulaye, Gaston, Paris, Perrot, Renan, etc., etc., en una palabra, las eminencias de la enseñanza superior de Francia.—Segun sus estatutos, el objeto de la sociedad es:

1.º Estudiar metódicamente las instituciones en la ense-

ñanza superior que existen en Europa y en las demás partes del mundo. 2.º Estar al corriente de los cambios que se verifiquen en su organizacion, de los nuevos ramos que se aumenten en sus programas, y de los métodos adoptados por los catedráticos. 3.º Mantener con este objeto relaciones y correspondencia con las principales universidades extranjeras é institutos especiales que las completen. 4.º Procurar y satisfacer los gastos de viajes de observaciones y estudios en los centros escolares célebres, por los hombres notables, y las obras que hayan producido. 5.º Consignar en un boletín periódico los resultados de esta permanente investigacion, con las observaciones á que hayan dado lugar por parte de los socios. Y 6.º Poner á disposicion de los poderes públicos en una coleccion constantemente llevada al dia, los experimentos que puedan tener interes en consultar con relacion á las reformas que se mediten.

El volúmen que tenemos á la vista, contiene los cuatro boletines del año 1878, comprensivos de los estudios generales, pero precisos, acerca de las universidades alemanas y austriacas; sobre la enseñanza superior en Bélgica y Holanda; sobre el estudio del derecho en las universidades austriacas; una bibliografía de la misma enseñanza en Alemania; un documento histórico sobre dicho grado de la enseñanza en Francia y durante la revolucion, y un resúmen y una discusion sobre la *estadística de la enseñanza superior* en Francia recientemente publicada por el ministerio de Instruccion pública.

Las universidades alemanas ocupan un espacio considerable en esta obra, representadas por las de Bonn, Götting y Heidelberg.

El artículo de Mr. Dreyfus-Brisac sobre la universidad de Bonn, abstracion hecha de una introduccion histórica, trata de la organizacion general de la universidad, de la enseñanza, de las instituciones académicas, del presupuesto general, de los exámenes, del espíritu y de la vida universitarias. Sin contradiccion, es el primer trabajo profundo y concienzudo sobre una universidad alemana. El autor lo ha visto todo por sí mismo, lo ha observado bien y ha obtenido exactos infor-

mes, habiéndosele abierto en todas partes las puertas de par en par. Por primera vez se hallan informaciones algo completas sobre los sueldos de los catedráticos, la organización de los seminarios, las bibliotecas, los gabinetes de lectura y la vida de los estudiantes alemanes; cuestiones, todas, importantes, que hasta ahora habían quedado en el olvido. En general el estudio de Mr. Dreyfus-Brisac, que hemos leído con tanto más interés, cuanto que hemos permanecido un año en Bonn, sólo merece elogios; está hecho con gran cuidado; prevision, exactitud é imparcialidad. Por todas partes se ve al abogado que busca los reglamentos, que los analiza y que pone de realce sus disposiciones fundamentales; quedando naturalmente en último término las observaciones pedagógicas que revelarían al catedrático.

La universidad de Goettinga ha sido estudiada por M. Montargis y Seignobos, que pasan sucesivamente revista á la administración, los catedráticos, los *privat-docen* los estudiantes, las relaciones entre éstos y los catedráticos, entre la universidad y el Estado, los anexos y los caracteres generales de la universidad. Su trabajo es ménos especial que el de M. Dreyfus Brisac, y nos parece que los autores de este estudio, al hablar de Goettinga, han tratado más bien de describir una universidad alemana tipo. El valor y el interés de esta descripción, consiste en las numerosas reflexiones ó apreciaciones que acompañan á cada hecho, y que son tomadas juiciosamente de trabajos alemanes muy estimados; todo ello adicionado con anécdotas y pormenores íntimos que ponen perfectamente en claro ciertos puntos de la vida escolar alemana. En general, este estudio es sólido, exacto, preciso, y de una lectura atractiva, y si tiene un carácter distinto del de M. Dreyfus Brisac, no por eso es ménos interesante, no perjudicándose uno al otro.

La universidad de Heedelberg ha sido objeto de dos estudios diferentes, debidos uno á M. Cammarten, y otro á M. Lindenlaub. El primero contiene los principales rasgos de la organización y de la manera de funcionar de esta universidad, y promete ocuparse en otro artículo ulterior de los exámenes y títulos. Su trabajo es más especial que el prece-

dente, y la fisonomía general del curso, en la que el autor examina alternativamente los catedráticos y los estudiantes, está muy bien hecha; así como se caracterizan suficientemente, aunque con brevedad, los seminarios de filología moderna y antigua.

M. Lindenlaub hace un bosquejo del desarrollo de la universidad de Heidelberg, y se ocupa con especialidad del seminario de filología, cuyo reglamento de 1865 traduce, comparándolo con el de 1875, consistiendo el interes de su estudio en la publicacion de ambos documentos.

La bibliografía de la enseñanza superior alemana, se debe á M. Seignobos, quien «no ha querido, dice, dar una coleccion completa bibliográfica, sino únicamente indicar los principales documentos y medios de informacion sobre las universidades alemanas, su institucion y sus costumbres.» Meinherr Seignobos enumera estas obras por órden de materias, y las caracteriza con mucha precision y exactitud; pero así como la *Akademisches Jahrbuch* se ha olvidado de mencionar todos los artículos de revistas, entre los que citamos especialmente los que han aparecido en las *Jahrbücher für Philologie und Padagogik*, y que ciertamente tienen su valor.

Despues de Alemania, que no ocupa por cierto ménos de 275 páginas, viene Austria, á la cual consagra M. Lyon Caen, agregado á la facultad de Derecho de Paris, y catedrático de la Escuela de ciencias políticas. En su primera parte, corta, pero abundante en datos, expone nociones generales sobre la organizacion de las universidades de Austria, y en la segunda parte trata de las facultades de derecho y de ciencias políticas. El primer punto nos interesa por su novedad, y el segundo por su importancia, porque la organizacion de las facultades de derecho en Austria se considera superior á la de Alemania.

De Bélgica se ocupa preferentemente la sociedad de Paris. M. Emilio Flourens hace la historia de nuestra enseñanza superior; arroja una mirada sobre la enseñanza secundaria y las universidades del Estado, luégo se detiene en las universidades libres; trata enseguida de la sancion de los estudios superiores, del modo de conferir los grados, y de los derechos

unidos á ellos, y termina con los estudios de los medios de estímulo. El autor debe en general sus datos á los informes trienales y á los anales parlamentarios; pero es de sentir que que sus reflexiones personales, provocadas á menudo por dichos anales, tan sujetos á desconfianza, sean de tal naturaleza que puedan inducir en error acerca del valor é importancia de las necesidades de nuestra enseñanza. Hubiera sido más acertado en un extranjero limitarse á presentar las piezas del proceso sin comentario alguno.

M. Mauricio Verne, director de conferencias en la Facultad de teología protestante, nos inicia en la organización de la enseñanza superior en Holanda. Como esta organización acaba de tener una importante transformación por la ley de 28 de Abril de 1876, «el momento era particularmente oportuno para exponer el mecanismo de instituciones que gozan en el extranjero de una merecida reputación, examinando qué progresos se han realizado ya ó pueden esperarse en el porvenir con motivo del reglamento puesto recientemente en vigor.» El autor trata en este estudio de los puntos siguientes: 1.º, historia; 2.º, administración; 3.º, organización de la enseñanza y exámenes; 4.º, catedráticos y estudiantes. A pesar del mérito incontestable de este trabajo, no podemos menos de observar que M. Verne elogia demasiado la enseñanza holandesa; por más que él mismo señala algunas lagunas y pasa en silencio otras, olvidándose á menudo que allende el Rhin, existe un método de enseñanza mucho mejor organizado que el holandés.

Acerca de Inglaterra encontramos un trabajo de M. Mauricio Villesard de Prusières que tiene por objeto las universidades de Oxford y Cambridge, se propone indicar los principales rasgos de un régimen de enseñanza superior, diferente del francés, é insistir, sobre todo, en los puntos más discutidos en este momento y hacer presentir los principios nuevos que han de surgir de la crisis actual. Divide su estudio en dos partes. La primera, única publicada hasta ahora, se consagra al personal universitario, ayos, catedráticos y estudiantes. La segunda, que aparecerá en uno de los próximos boletines, comprenderá las materias universitarias, los estudios y el presupuesto.

Entre los trabajos referentes á Francia, llamaremos la atención acerca del último, debido á la pluma de M. Lavisse, director de Conferencias en la escuela normal, en que se hace un resúmen del informe sobre la enseñanza superior dirigido, en 1878, al presidente de la República, que discute despues de haberlo comparado con el de 1868.

Ya lo vemos; la Sociedad de Paris ha emprendido desde luégo el estudio en conjunto de las instituciones de la enseñanza superior en los principales Estados de Europa; anunciando que este trabajo, terminado ya respecto á Alemania, Bélgica y Holanda y sólo empezado con relacion á Inglaterra, se continuará, haciéndonos tambien la esperanza de investigaciones que tendrán un objeto más especial.—Las secciones de derecho, medicina, ciencias y letras, estas dos últimas subdivididas en subsecciones, han redactado ya interrogatorios que han remitido á sus corresponsales; las contestaciones las ilustrarán en los pormenores, como las que han recibido á su primer interrogatorio la han ilustrado en el conjunto.

F. COLLARD.





CRÓNICA DE LA QUINCENA.

INTERIOR.

ANTES de que la restauracion se verificára, cuando los conservadores pedían el poder contra los gobiernos de la revolucion, aseguraban que su triunfo sería el restablecimiento del régimen parlamentario y la reorganizacion administrativa.

¿Qué ha sido del régimen parlamentario? Dígalo una série de crisis hechas siempre en los interregnos, ante las Córtes cerradas; díganlo las sofísticas doctrinas del Sr. Cánovas del Castillo, elevadas á la categoría de instituciones; dígalo este sistema político bajo el cual vivimos, que puede convertir los cuerpos colegisladores en dóciles órganos de la voluntad ministerial y que hace de los tribunales de justicia un resorte del gobierno.

¿Y la reorganizacion administrativa?

Nunca imperó, como ahora en las provincias el caciquismo; nunca se arraigaron en daño de los intereses generales, como ahora, las influencias de todo género; nunca la administracion municipal estuvo tan á merced del bando dominante.

La hacienda, ¿ha mejorado por ventura? ¿No aumentan los

gravámenes que pesan sobre el contribuyente? ¿No aumentan los gastos sin reformarse, ni adelantar los servicios?

¿Y los múltiples ramos que dependen del ministerio de Fomento? Nunca estuvo tan abandonada como ahora la instrucción pública, falta hasta de un plan general á que subordinarse, despues de haber convenido todos en la necesidad de atenderla y propagarla con especialísimo empeño.

Los puertos, las vías de comunicacion ¿en qué estado se encuentran? El que viaja por España no ve sino ruinas y caminos intransitables. Todo lo que del ministerio de Fomento depende tiene el sello de la penuria, de la escasez, de la falta de celo y de recursos.

¿Y la administracion de justicia? Apenas saben los tribunales qué leyes han de aplicar, ni qué derecho es el vigente. Las impremeditadas resoluciones que inspiró al Sr. Cárdenas en 1875 la pasion política, exigían una reforma general en nombre del sentido comun, ya que no en el de otros principios mas altos y científicos. Y ¿qué se ha hecho?

El Sr. Bugallal ha escrito en la contestacion que ha dado al Congreso al discurso de la Corona una vez mas la promesa de establecer el juicio oral en nuestras leyes. ¿Para qué? Lo sabemos, el corto paso de S. S. por el gobierno nos lo dice, cuál será la suerte de semejante promesa.

Despues de cuatro años y medio de gobierno, los conservadores no han conseguido realizar ninguno de los grandes proyectos que ostentaban como lema de su bandera.

Grande ha sido la desorganizacion administrativa en aquellos difíciles y angustiosos momentos que ha atravesado nuestro país; pero hoy, despues de tres años de paz, hoy, en 1879, esa desorganizacion es mayor todavía al punto de hacerse ilusoria toda esperanza de remedio: por lo ménos de remedio que venga de manos de los actuales gobernantes.

Los sucesos ocurridos en estos últimos dias justifican plenamente esas aserciones. El espectáculo de que han sido teatro las oficinas de la Deuda, prueba que cuando el Sr. Maissonave atribuía al desórden que reina en nuestra administracion la mayor parte de los males que afligen al país, señalaba la dolencia penosa é incurable que nos impide gozar la

prosperidad y la dicha que un buen gobierno procura á otros pueblos.

Lo ocurrido en la Deuda es por lo demas un grosero delito.

El cobro de cupones se hace presentando éstos, dejándolos en las oficinas á cambio de una factura y acudiendo con ella el dia señalado. Pues bien, se han falsificado estas facturas destruyendo sus matrices y reemplazándolas con otras, de donde resulta, que al ir á cobrar los portadores se les ha dicho que ya estaba su factura cobrada y que la que llevaban era falsa. El escándalo ha sido inmenso. La cantidad cobrada de ese modo fraudulento asciende, segun parece, á medio millon de reales; se ha entorpecido y dilatado el pago del cupon durante muchos dias, y los periódicos han propuesto diferentes medios para que el caso no se repitiera. De todos los medios propuestos, el más seguro parece, que se pague á presentacion de los cupones, ó que se dé un resguardo en forma al portador de los mismos.

Un diputado ministerial, el Sr. La Iglesia, amigo de los señores Elduayen y Silvela, se hizo en la sesion del 18 eco del disgusto que esos hechos han producido en la mayoría y en el país. Pidió la palabra para suplicar al ministro de Hacienda que adoptase enérgicas medidas á fin de evitar la repeticion de aquellas escandalosas defraudaciones. El ministro de Hacienda contestó, que los tribunales de justicia entienden en el asunto. No satisfizo al Sr. La Iglesia esta respuesta y redactó una proposicion presentada en la sesion del dia 19 y suscrita por los Sres. La Iglesia, Ruiz de Velasco, Finat, Sedó, Alvarez Mariño, Quiroga y Galante, todos ministeriales. La proposicion que era en el fondo un voto de censura, estaba concebida en estos términos:

«En vista de las explicaciones dadas por el señor ministro de Hacienda al contestar á repetidas preguntas que se le han dirigido sobre falsificaciones de las carpetas de cupones, los diputados que suscriben verían con gusto que se adoptasen medidas urgentes y eficaces, para remediar los males que por ellas experimenta el crédito público »

El Sr. La Iglesia la apoyó en un extenso discurso en que sostuvo, ante todo, la necesidad de reformar la organizacion

de las oficinas de la Deuda. El Sr. Orovio manifestó que á su juicio era inoportuno ahora pensar en la reorganizacion de aquella dependencia. El Sr. La Iglesia retiró entónces su proposicion. Reprodujéronla las oposiciones, la apoyó el señor Gonzalez (D. Venancio) y, al votarla los ministeriales, lo hicieron en favor del ministerio, pensando que así cumplían bien sus deberes de representantes del país, y el Sr. Orovio pareció satisfecho con que sólo la aprobaran 37 votos contra 146, sin parar mientes en la circunstancia de que ese voto de censura acababa de nacer del seno de la mayoría.

El Sr. Orovio ha continuado en el gabinete profundamente quebrantado, y para que su desdicha llegase al colmo, el dictámen que acaba de dar la comision parlamentaria inspectora de la Deuda, pone de relieve el deplorable estado en que se hallan las dependencias del ministerio de Hacienda. Suscriben ese dictámen los Sres. Escobar y Barzanallana (D. José), ministeriales; Becerra, demócrata, y Balaguer, constitucional. El dictámen, que á pesar de su extension debemos transcribir íntegro dice así:

«Cumple á la comision inspectora de la Deuda el precepto legal de dar cuenta á las Córtes del desempeño del cargo que le confiaron: para ello empezará recordando que la que cesó en 20 de Marzo del año anterior, al exponer el resultado de su cometido, manifestó que había llamado su atencion el que en todos los estados de la Deuda en circulacion se consignara constantemente la cifra de 2.904.449.500 pesetas en títulos para garantía de contratos: que con este motivo había pedido á la Direccion del Tesoro los datos y noticias necesarias para conocer el número y cantidad de préstamos garantidos con la expresada suma, la fecha de su constitucion, así como el tiempo que debían durar, y la del primer cupon que los referidos títulos tienen unido.

La comision, reconociendo la importancia de este asunto, ha procurado reunir los datos necesarios para aclararlo y poder en su dia dar cuenta de su resultado. Sus gestiones han sido hasta ahora infructuosas; despues de diferentes recuerdos y repetidas instancias, consiguió en 9 de Abril de 1878 se le remitieran por la Direccion general del Tesoro dos estados que no satisfacían ni podían satisfacer los deseos de la comision. Desde aquella fecha viene gestionando para que se amplíen y completen los datos que posee; pero no ha logrado hasta el dia más que alguna contestacion de cortesía, y de manera alguna las noticias que tiene reclamadas.

No puede ni debe desconocerse la importancia de este asunto—miéntras los títulos emitidos para garantía de contratos no se amorticen y cancelen definitivamente, como previene el art. 3.º de la ley de 27 de Julio de 1871, serán constantemente una amenaza en el mercado, sobre el cual pesarán y perjudicarán al crédito. Bien conoce la comision que no es posible amortizar toda la cantidad emitida con este objeto; pero le extraña y llama su atencion que en el largo tiempo que ha mediado desde que por primera vez se ha ocupado de él (20 de Julio de 1872), no se hayan liquidado ni fenecido ninguno de los préstamos que estaban garantidos con los expresados títulos, y que, por lo tanto, no haya vuelto á ingresar en la Direccion del Tesoro ninguna cantidad de títulos de los dados en garantía.

No puede admitirse esta hipótesis, atendidas, no sólo las condiciones ordinarias de esta clase de garantías, sino tambien lo corto que suele ser el plazo de las operaciones de tesorería.

No es, por otra parte, admisible tampoco que unos mismos títulos respondan á la vez de diversas operaciones del Tesoro. Se los da en garantía á un tipo dado y por un valor nominal que á este tipo equivalga al valor del crédito garantido, no siendo susceptibles, como las fincas, de varias hipotecas. Por estas razones, la comision no cree que desde la fecha indicada haya sido imposible cancelar parte de los títulos de garantía de contratos; y por ellas, y por la importancia de la cuestion, su deseo de conocer la suerte y situacion de los referidos títulos.

No le ha sido posible, como deja indicado, conseguirlo hasta el dia, pues ha tropezado constantemente en la Direccion del Tesoro con una resistencia que no ha podido dominar, por lo cual, en cumplimiento de su deber, lo pone en conocimiento de las Córtes.

La comision, cumpliendo el encargo que le han confiado los Cuerpos Colegisladores, aunque con sentimiento, debe ocuparse ahora de los últimos fraudes y delitos descubiertos en las oficinas de la Direccion de la Deuda. Consisten éstos en la desaparicion de facturas de intereses de depósitos correspondientes á las subastas decimaquinta y decimasexta, importantes 71.431 pesetas 71 céntimos, vueltas á presentar y cobradas en la decimanovena en cantidad de 58.448 pesetas 95 céntimos, y en la falsificacion de facturas de intereses del 3 por 100 y ferro-carriles del semestre vencido en 1.º del actual. Estos delitos no parece posible hayan podido cometerse, por las circunstancias que les acompañan, sin la cooperacion de alguno ó algunos de los empleados que tienen á su cargo la formalizacion y custodia de los documentos referidos. La comision se abstiene de hacer más comentario: puesto que se instruye el oportuno expediente administrativo, y se ha incoado en los tribunales de justicia el procedimiento que corresponde, á fin de que el rigor de la ley recaiga sobre los delincuentes, habiéndose al mismo tiempo adoptado las precauciones necesarias para garantizar los intereses públicos.

Los perjuicios que estos hechos han irrogado hasta hoy al Tesoro son de escasa importancia; pero el descubrimiento de los referidos delitos demuestra evidentemente un vicio de organizacion en las oficinas de la Direccion de la Deuda, que debe corregirse.

La comision, en el corto tiempo que ha mediado desde que se ha conocido la falsificacion de las facturas de cupones correspondientes al último semestre, no ha podido formar juicio completo de las medidas necesarias para atajar y remediar estos abusos. Cree, sin embargo, que no se ha obrado en esta ocasion con la rapidez y energía necesarias, porque si bien no se conocen los delincuentes, sí se sabe dónde se han cometido los delitos, y los que por apatía ó abandono los han facilitado. Repite que no se ha obrado con la rapidez y energía necesarias; y para justificar esta opinion suya, le basta manifestar que hasta el dia no se ha variado de sitio ni un solo empleado de los que tienen á su cargo los negociados donde se custodian y formalizan las facturas desde su recibo hasta el dia de su pago.

Bien es verdad que desde el 7 de Enero de este año estos negociados, como toda la Contaduría de la Deuda, no dependen de la Direccion; y esto, si bien puede ser conveniente en cuanto á la uniformidad de la rendicion de cuentas, acaso sea perjudicial para el buen servicio, porque ha relajado los lazos de unidad, disciplina y subordinacion que deben existir en todo centro administrativo, y mucho más que en ningun otro en el muy vasto é importante de la Direccion de la Deuda, que debe responder á las necesidades crecientes del desarrollo que ha tenido la Deuda pública y del crédito.

Confía la comision en que la que han elegido los Cuerpos Colegisladores para sustituirla estudiará este asunto con el detenimiento y madurez que su importancia requiere; y por ello se limita, en cumplimiento de su deber, á ponerlo en conocimiento de las Córtes para que con su sabiduría acuerden lo que sea más conveniente al crédito y á los intereses del Estado.

Madrid 21 de Julio de 1879.—El presidente, Manuel Becerra.—Ignacio José Escobar.—José G. Barzanallana, vocal senador.—Víctor Balaguer.»

El dictámen ha sido presentado á las Córtes con esa fecha; pero á pesar de su importancia no se ha discutido. El Sr. Orovio queda bajo el peso de una acusacion que á cualquier otro ministro le habría obligado á retirarse. El Sr. Orovio no ha creído que debía hacer más que anunciar en los periódicos su propósito de acometer durante el interregno parlamentario la reorganizacion de las oficinas de la Deuda.



Los últimos días de sesiones han estado consagrados por completo á asuntos mercantiles. El 21 se discutió un dictámen concediendo dos años de próroga para concluir y poner en explotación la seccion de Orense á Tuy en el ferro-carril de Orense á Vigo. Fué este dictámen aprobado el 22; en la misma sesion se autorizó la construccion de un ferro-carril de Valsequillo á Fuente del Arco, otro de la línea de Córdoba á Belmez y otro desde Igualada á San Saturnino de Noya. Nada habría de reparable en estas concesiones si una triste experiencia no enseñara que muchas veces resultan estériles los sacrificios hechos por el Tesoro para dotar á los pueblos de medios de comunicacion, por la codicia ó la falta de buena fe en las empresas constructoras y concesionarias.

Algo de esto ha ocurrido con las líneas del Noroeste. Galicia y Asturias necesitan hace muchos años vía férrea; se concedió, se otorgó á una empresa desdichada su construccion, se le dieron cuantas subvenciones pudo apetecer y al cabo de diez y seis ó diez ocho años, no habiendo construido más que la parte fácil, las explanaciones en las llanuras y en los valles, debiendo muy cerca de 80.000.000, si la cifra de sus deudas no supera esa cantidad, sin recursos para proseguir las obras, el Estado tuvo que incautarse de la línea. Pero como el Estado no puede continuar su construccion, ni terminarla, ha sido preciso pensar en que se adjudicara nuevamente, y el ministro de Fomento ha traído á las Córtes en esta legislatura un proyecto de ley, sacando á concurso la construccion de la línea expresada. Para nadie ha sido, por lo demas, un misterio, desde el primer momento en que se agitó esta cuestion, que el gobierno pensaba adjudicar las líneas del Noroeste á la compañía del Norte. Se ha hecho público que esta disponía lo necesario á la incautacion, y que era ya definitivo el acuerdo en virtud del que pasaran á sus manos aquellas explotaciones. Otras empresas mercantiles han querido disputarle ese triunfo y la lucha de opuestas influencias sobre quién realizaría al cabo ese pingüe y productivo negocio, ha revestido deplorable carácter. Ni el ministerio, ni la comision, ni la mayoría, ni la mesa de la Cámara popular, han sido muy discretos en este caso. El ministerio ha defendido con excesivo calor el proyec-

to, la mayoría ha mostrado pasión contra los que le combatieron, la mesa de la Cámara, por último, secundando esa actitud excedió el límite de los deberes que señalan la imparcialidad con que debe concurrir al debate de todos los asuntos.

El ministro de Fomento tenía empeño en que el proyecto se aprobara; los diputados se iban; era el 24; había que aprovechar no ya los días sino los instantes, y aquí, donde un proyecto de ley de instrucción pública se aplaza años y años sin ningún género de dificultades, no había calma ni paciencia para aplazar la cuestión puesta al debate. El ministerio quiso que se celebrara sesión el 25, día de Santiago, día de fiesta, contra las terminantes prescripciones reglamentarias. Lo propuso la mesa y lo combatió el señor marqués de Sardoal. Quiso impugnarlo el Sr. Márτος, y pidió la palabra; concediósele al señor vicepresidente Cos-Gayon, é iba á hablar el jefe de la minoría progresista democrática, cuando el vicepresidente se opuso á ello y dió la cuestión por terminada, provocando un espantoso alboroto, en medio del cual nadie pudo advertir si se había tomado acuerdo respecto del punto objeto de la discordia.

Al día siguiente, el 25, presentó el Sr. Márτος un voto de censura contra el vicepresidente Cos-Gayon. Este voto de censura ha sido causa de que el proyecto se aplaze. La elocuencia del Sr. Márτος obtuvo un señaladísimo triunfo. El voto fué rechazado; pero el general Martínez Campos, después de oír al orador demócrata, propuso á sus compañeros dejar el término de este debate para la segunda parte de la actual legislatura ó para la legislatura próxima, y suspender desde luego las sesiones. A los ojos del presidente del Consejo, el Sr. Márτος planteó una cuestión de moralidad administrativa que no era posible resolver de otra manera. El Sr. Márτος, con efecto, se expresó en términos enérgicos y capaces de causar honda impresión al presidente del Consejo de ministros. Los que más contribuyeron á preocupar la atención del general Martínez Campos, llevando el debate á su terreno propio, merecen transcribirse:

«No señores, decía el Sr. Márτος, jamás se ha hecho eso hasta

que lo ha hecho el señor vicepresidente Cos-Gayon por primera vez en los fastos parlamentarios. Lo que se ha hecho siempre que se ha querido celebrar una sesión extraordinaria, ha sido llamar á los representantes de las minorías de la Cámara, consultar con ellos el caso y con su acuerdo, hacer la pregunta, y si no mediaba este acuerdo, dejar que expusieran ámpliamente sus opiniones; acerca de la novedad que se intentaba, los representantes de las minorías parlamentarias, y eso era lo justo, y eso era lo natural, y eso era lo respetuoso para la opinión de todos y sobre todo por el prestigio del sistema parlamentario.

»Pues qué ¿hay algo más grave ni más importante que estas novedades que tocan al régimen diario de las Asambleas deliberantes? Pues qué, ¿con ocasión de alterar el régimen de estas Asambleas, no se puede tocar á los fundamentos de su vida interior que está garantizada en los artículos del reglamento? Pues si los artículos del reglamento, por preguntas inesperadas de la presidencia, por acuerdos irreflexivos de las mayorías se reforman á cada instante, ¿no desaparecerá la garantía de todos vosotros? Pues qué ¿estas leyes adjetivas que en todas partes son las que responden de la eficacia, de la sustancia del derecho, porque sin ellas, la sustancia del derecho es perfectamente ilusoria y tanto valdría como si se desparamasen por la atmósfera, estas leyes adjetivas que son tan importantes ¿se pueden alterar al gusto y al capricho de un vicepresidente y de una escasa mayoría que por accidente se encuentra reunida al terminar la sesión?

»Y si siquiera se hubiera preguntado en forma, se podría invocar el acuerdo tomado sin razón; pero es el caso que está también tomado sin legalidad.

»Pues qué ¿se pregunta, como se puede preguntar, si se proroga la sesión, si habrá sesión mañana? ¿Y lo urgente? ¿Por qué no se preguntó por lo urgente? Urgentes son aquellas leyes que respondan á las necesidades verdaderas del gobierno; urgente es proveer á la salud de la monarquía si muere el monarca; urgente es proveer al gobierno de la monarquía si hay necesidad de nombrar regente del reino; mas ¿para quién es urgente el ferro-carril del Noroeste? Podrá serlo para algunos intereses privados, y por urgencias de esas es triste que se atropelle el respeto del reglamento.

.....

»La ley después de dar 240 millones para que la empresa haga lo que falta por hacer, le da de balde todo lo ejecutado y que está ya en explotación: y decía yo ¿es esta una urgencia tan grande como la que sería si nos amenazase una desgracia nacional para que se viole así un artículo reglamentario? ¿Hay una prisa tan grande por regalar 200 ó 300 millones á una empresa? Si había conveniencia de parte de los poderes públicos, de parte del señor presidente de la Cá-

mara ó de la mayoría, en demostrar que es urgentísimo que no nos separemos de aquí sin que se vote esta ley, ¿debía hacerse como se ha hecho?

»¿Hay conveniencia en esta prisa, para el gobierno? Aquí se quejaba el Sr. Elduayen, y con razon, de que todo lo mancha la calumnia. Y cuando andan corrientes, poblando los aires, esas voces de la calumnia ¿parece razon, parece justicia, parece política, parece prudencia arrojar nuevos incentivos al viento para que tome mayores proporciones la calumnia? Pues esto es lo que se hace, ni más ni menos; sin razon, enhorabuena, pero esto es lo que se consigue con estos».

Han dicho los periódicos, que miéntras el Sr. Márτος pronunciaba estas elocuentes y severas palabras, el señor presidente del Consejo decía con voz bastante alta y clara para que le oyesen los que ocupaban un asiento á su lado:

—¡Esto es hablar con claridad! ¡Ahora lo comprendo todo!

No sabemos si la malicia habrá dado esa forma á la expresion de asombro que se pintaba en el rostro del presidente del Consejo miéntras oía al Sr. Márτος. El hecho es, que bajo la influencia del discurso del jefe de la minoría progresista democrática, el Sr. Martinez Campos resolvió la suspension de sesiones, y que el 26 se leía el decreto poniendo término á ese breve é infecundo período parlamentario.

* * *

Despues de la suspension de las sesiones, cuando el estío nos hace sentir todos sus rigores, cuando la ausencia de la corte, que ha marchado á la Granja, la clausura del Parlamento y el deseo universal de descanso paralizan todas las manifestaciones de la vida pública, los partidos se dispersan, y la política huye de entre nosotros. Uno ó dos meses de atonía y de espectacion; hé ahí el porvenir, á ménos que el Sr. Silvela, que permanece en Madrid, se decida á ensayar su política propia con la que nos amenazan ahora los órganos del ministerio, y que las estaciones balnearias sean teatro de alguna de esas entrevistas donde tirios y troyanos suelen preparar sus campañas de invierno, como los ejércitos se aperciben para las del estío, desde los cuarteles que ocupan en la estacion de las nieves y las lluvias.

EXTERIOR.

No es de hoy el malestar que agita en su fondo la política interior inglesa. La lucha de los partidos, cada vez allí más viva, ha minado el prestigio y la fuerza del gabinete Beaconsfield, hasta el extremo de discutirse la conveniencia de disolver el Parlamento, y consultar á la opinion sobre la oportunidad de continuar desenvolviendo las consecuencias de la actitud adoptada por Disraeli, ó de variar de rumbo en los asuntos capitales que ocupan la actividad y el pensamiento del pueblo inglés.

Como una consulta al país, al contrario de lo que entre nosotros sucede, es en Inglaterra un acto serio, grave y trascendental, porque esas consultas se hacen con sinceridad y deseo de acierto, el ministerio ha meditado profundamente sobre si debiera ó no hacerla ahora, habiendo resuelto la negativa. El gobierno hubiera podido con alguna esperanza de éxito convocar los comicios despues del término de la guerra del Afghanistan, ó cuando nombró para el mando de las tropas que operan contra los zulús un general en quien el país cofína. Pero despues de esos hechos, la legislatura que va á terminar no le ha parecido capaz de seducir á los electores. Quizás pretende llenar el vacío que en ella advertirán los pueblos procurando que en la inmediata consagren algunas vigilias los representantes del país á gran número de cuestiones olvidadas en en los últimos años de un modo censurable. El órgano de los liberales *The Daily News*, haciendo á este propósito una revista general de todos los asuntos que han surgido ante el Parlamento, llega á la conclusion de que si el país quiere todavía que los conservadores gobiernen sus destinos, debe estar dispuesto á sacrificar en aras de esa satisfaccion sus aspiraciones reformistas y su deseo de que se introduzcan importantes economías en los gastos del Estado.

Por otra parte la política exterior de la Gran Bretaña bajo el ministerio Beaconsfield, no merece mayores aplausos. En la cámara de los Comunes trató el dia 22, uno de sus miem-

bros más importantes, sir Cárlos Dilke, del cumplimiento de la paz de Berlin. La cuestion no está agotada á pesar de las deliberaciones múltiples y repetidas de que viene siendo objeto aquel instrumento diplomático. Sir Cárlos Dilke discutió con preferencia entre todas las cuestiones que se derivan de aquella paz, la de las reformas del Asia Menor y la ratificación de la frontera turco-griega.

Mr. Bourke, subsecretario de Estado del *Forcin-Office*, que contestó á sir Cárlos Dilke, más pareció que hablaba en obsequio de la oposicion que á favor de los intereses del ministerio. Hizo ante la Cámara un cuadro poco lisonjero del Estado en que la corrupcion y tiranía del gobierno de la Puerta mantienen el Asia Menor. Debe notarse, dice *l'Independance belga* comentando ese discurso, que el cuadro pintado por Mr. Bourke, contrasta de una manera peregrina con las seguridades optimistas que tantas veces han servido á lord Beaconsfield y al marqués de Salisbury para entretener á la cámara de los Pares y á la opinion pública. De lo que Mr. Bourke dijo, se deduce que con efecto el sultan no cumple los compromisos que le imponía el tratado de Berlin, ni Inglaterra le obliga á cumplirlos. El cuanto á la cuestion griega, Mr. Bourke se limitó á decir que está pendiente, y que procede aplazar las explicaciones solicitadas por la oposicion respecto de ella.

En el momento en que escribimos estás líneas ha mejorado un tanto esa cuestion para los que sostienen la necesidad de que se cumpla el art. 24 de la paz de Berlin, y lo concertado por los representantes de las potencias en el protocolo XIII anejo al convenio. Italia, que oponía dificultades nacidas de un propósito poco levantado, á que se procediera en este asunto como Mr. Wadington quiere, no sostendrá esa actitud indecisa y egoista. Mr. Cairoli ha asegurado, al encargarse del gobierno, que sostendrá el cumplimiento de lo pactado en Berlin. No es verorímil que Italia abandone ahora esa política, pues todo el mundo concede cierta estabilidad al ministerio Cairoli. No se duda de que si las Cámaras lo derribaran, el rey entregaría á su primer ministro el decreto de disolucion. En Constantinopla hay tambien síntomas de cambios

políticos. Keredin-Pachá se verá obligado á dejar el vizirato. Keredin-Pachá representa la influencia inglesa y el viejo partido turco, opuesto á las reformas que esta patrocina y alienta, goza de extraordinario favor ahora acerca de Abdul-Hami. Si Keredin-Pachá cayera, le sucedería un representante de ese viejo partido que quizás por complacer á Rusia, atendiera más que Keredin, en la cuestion greco-turca, las aspiraciones de los helenos.

Aparte las consecuencias accidentales que ese cambio ocasiona, su posibilidad muestra á qué miserable situacion ha llegado la Puerta, juguete un dia de las intrigas de harem, agitada al otro por las luchas que en el propio palacio de su monarca libran dos poderosos soberanos extranjeros, instrumento siempre de voluntades ajenas, gobierno sin independencia ni patriotismo, sin apoyo en el país, ni fuerzas sociales que lo auxilién; gobierno vivo, porque su desaparicion perjudicaría á otros, que no han dado aún con la fórmula que ha de servir para que la herencia del Padischah se distribuya.

*
* *

La oposicion del Senado al art. 7.º de la ley Ferry sobre organizacion de la enseñanza superior, ha impedido que esa ley se vote ántes de la clausura de las Cámaras. La actitud de Julio Simon ha sido en este punto decisiva y es variamente comentada.

La *Republique Française*, órgano de Gambetta, cuyas relaciones con Simon no han sido nunca muy cordiales, acusa al ilustre demócrata de pretender sustituir en el gobierno á M. Wadington con el auxilio de las derechas. No creemos que M. Simon acaricie ese proyecto que sería descabellado é incalificable. A nuestro juicio, sin que pensemos que los motivos personales dejan de influir en estas cuestiones, hay que ahondar un poco más para que resulten patentes las causas de la conducta del centro izquierdo respecto á las leyes Ferry.

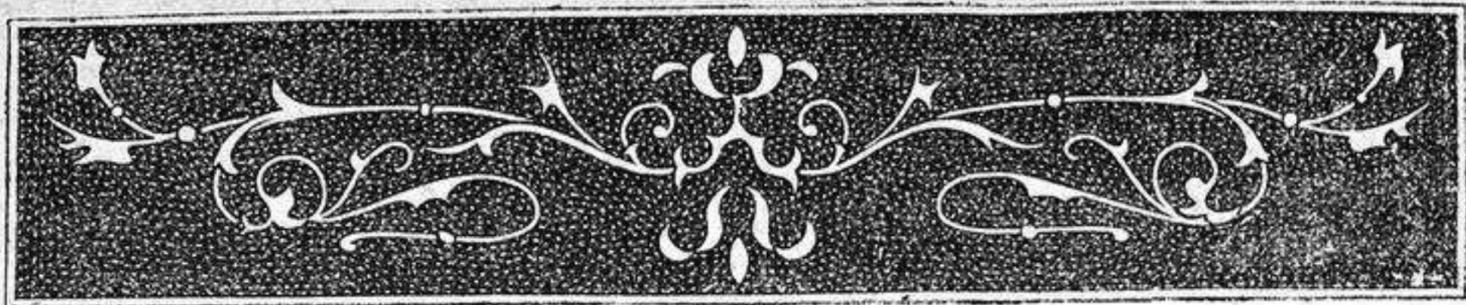
Es indudable que el centro izquierdo inspira su política en la de Thiers, resumida en aquella frase célebre, más de una vez citada por nosotros en estas crónicas: «La República será conservadora ó perecerá.» El centro izquierdo ve que desde

hace algun tiempo la República camina á divorciarse de las ideas conservadoras, que la inspiracion de Gambetta la aleja demasiado de lo que debiera ser su límite y su base; que, en un palabra, pueda volver el período de las agitaciones apasionadas para perturbar y debilitar esa obra maravillosa de la moderacion y de la prudencia, y el centro izquierdo quiere que eso no suceda. Su resistencia es la resistencia al radicalismo, resistencia que ojalá sea provechosa y contenga al partido republicano trayendo á su memoria cuán fácilmente puede perderse en una hora lo que luégo no se conquista sino despues de muchos años, y de los más heróicos esfuerzos. M. Simon ha dado su autoridad y su palabra á esa resistencia; pero esto no más que un accidente. Sin M. Simon, habría venido, porque era preciso oponer algun obstáculo á la marcha demasiada resuelta, demasiado inquieta y viva del ministerio y de la cámara de Diputados.

Por lo demas M. Simon no subirá al poder, ni le ayudarán las derechas á conquistarlo. Si Francia ha de salvar sus instituciones de la crisis con que las amenaza el radicalismo, no será á nuestro juicio por virtud de una intriga parlamentaria. Los pueblos donde la opinion gobierna, no se prestan fácilmente á que sus destinos sean juguete de una intriga. Otro camino se les ofrece abierto más llano y ménos peligroso. Apelar á la opinion, procurando que ésta, el dia en que fuese llamada á renovar el Parlamento elija una mayoría templada.

Las circunstancias abonan ese plan. La Cámara actual fué elegida como protesta contra el golpe de Estado del 16 de Mayo y ante el peligro del bonapartismo. Ahora no hay nada contra qué protestar y ese peligro ha desaparecido por completo. Si los electores llevan á París, cuando se les convoque un Congreso dispuesto á desenvolver la política de Thiers, que es la única política capaz de garantizar sus libertades al pueblo francés, habrán mostrado que si supieron ser enérgicos en la lucha, venciendo por su energía, saben tambien utilizar la victoria, conservando sus ventajas por la moderacion.





CORRESPONDENCIA DE PARIS

PARIS 10 de Julio de 1879.

HACE más de tres semanas que una interesante discusión ocupa nuestra Cámara de diputados, que habrá terminado en el momento en que reciba V. esta carta. Hé aquí la cuestión de que se trata: el ministro de Instrucción pública presentó en el mes de Marzo un proyecto de ley modificando la de enseñanza superior votada por la Asamblea Nacional en 1875, cuya ley, al permitir el establecimiento de universidades libres, añadía que los estudiantes de estas universidades, si querían, podían ser examinados por tribunales mixtos, es decir, compuestos por mitad de profesores de la universidad oficial y de catedráticos de las libres, como acontece en Bélgica. M. Jules Ferry, actual ministro de Instrucción pública, pide en el nuevo proyecto que en adelante sólo el Estado ha de conferir los grados de la facultad de medicina y de derecho que autoricen el ejercicio de ambas profesiones, no pudiendo, por consiguiente, concederse dichos grados más que por la autoridad civil con perfecto conocimiento de causa; sin embargo de que las universidades libres podrán continuar dando la enseñanza superior.

Esta modificación era tan esperada y tan universalmente reclamada por la opinión liberal, que el proyecto hubiera encontrado poca oposición sin duda, sin una disposición que el ministro ha añadido. En un artículo, el 7.º, propone que se prohíba la enseñanza de todos los grados á los individuos de las congregaciones no autorizadas. Bajo este nombre, á lo que tiende el ministro, y á nadie se oculta, es á atacar á la Compañía de Jesús, expulsada cuatro veces de Francia en ménos de un siglo, y por última vez en 1845, y que á pesar de tan

sucesivas expulsiones reaparece enseguida, y hoy se encuentra en nuestro país más numerosa y floreciente que nunca, y poderosa también, por el apoyo que le dispensan casi todos los obispos, y á esto se debe la profunda emoción que ha producido el proyecto de ley de M. Jules Ferry. Puede decirse que hace más de cuatro meses apenas se habla de otra cosa en la prensa francesa, discutiéndose por amigos y adversarios con una extremada pasión. Ha habido peticiones con 1.500.000 firmas, contra peticiones, mensajes de los ayuntamientos y diputaciones provinciales; y por último, ha venido el debate ante la Cámara de diputados que, como llevo dicho, se prolonga hace tres semanas, y cuyo resultado no es dudoso, porque la mayoría de la Cámara estaba de antemano con el gobierno y esta misma tarde se cree quedará votada la ley. Ya sabe V., sin embargo, que según la Constitución, ántes de ser definitivas las leyes deben ser adoptadas por las dos Cámaras. Es preciso, pues, que el Senado se pronuncie á su vez en favor de la ley, y así se cree generalmente, si bien introduciendo, tal vez, en ella algunas modificaciones de detalle; pero como la estación está tan adelantada, muchos dudan que el Senado pueda terminar esta tarea ántes de las vacaciones, y este retraso es una ventaja real para el partido de los jesuitas, á quien los republicanos han querido herir.

Si los debates que terminan han sido largos, por desgracia no han sido brillantes más que de una parte; porque como todos los hombres eminentes del partido clerical se encuentran en el Senado, los escasos diputados que lo representan en la Cámara tienen mejor voluntad que talento, de manera que los republicanos han triunfado con demasiada facilidad, por decirlo así. M. Jules Ferry ha hablado varias veces, una sobre todo, con gran éxito: el día en que tomando los libros de texto de las casas de educación de los jesuitas demostró que su educación es hostil á todas las instituciones de la Francia moderna; pero el orador cuya reputación se ha elevado á mayor altura en esta discusión ha sido M. Paul Bert, uno de nuestros más ilustres sabios, catedrático de fisiología de la Sorbona, y que parece destinado á ser un día ú otro el sucesor del actual ministro de Instrucción pública.

Ha pronunciado dos grandes discursos, muy aplaudidos, especialmente el último, en el que demostró que el casuismo de los jesuitas continúa siendo hoy el mismo que en tiempo de las *Provinciales* de Pascal. El número y oportunidad de sus citas produjeron gran efecto en la Asamblea y en el público. Su palabra sencilla, precisa, exenta de declamaciones, completamente profesional, ha sido más poderosa que hubiera podido serlo la elocuencia más apasionada. Hace ya algún tiempo que vengo observando en el público francés cierta predilección por la sencillez; y la razón es que hay gran desconfianza contra toda clase de retórica, contra toda peroración que tenga pretensiones de oratoria. Procúrase hoy hablar en la tribuna

como en conversación, con voz natural, se evitan las palabras retumbantes, la fraseología ampulosa, los gestos exagerados y los gritos. Si estamos amenazados de caer en la afectación, más bien será del lado de la sencillez; porque la educación científica empieza á dar sus frutos naturales.

*
* *

Acaban de ver la luz pública dos obras que se ocupan de dos hombres que ocuparon un lugar de los más distinguidos en las letras francesas: Teófilo Gautier y Saint-Beuve. La primera ha aparecido en la librería Charpentier y se titula: *Teófilo Gautier, conversaciones, recuerdos y correspondencia*. Su autor es M. Emile Bergerac, uno de los dos yernos del célebre escritor. M. Bergerac no ha conocido á Gautier sino en los últimos años de su vida, y cuando ya estaba atacado de la enfermedad del corazón que debía llevarlo al sepulcro. Encontrábase entónces fatigado y á menudo abatido; ocurríale á veces, sin embargo, animarse y volver á ser el brillante conversador, que durante cuarenta años había admirado á todos sus contemporáneos. M. Bergerac que había oído estas conversaciones las ha anotado y reunido, creyendo que serían algún día preciosos documentos para los que desearan conocer al verdadero Gautier, al Gautier que se abandonaba y se entregaba por completo. No se ha engañado el autor y las conversaciones, son en efecto, muy curiosas. El Teófilo Gautier de las descripciones extraordinarias del *Roman de la Momie* y del *Capitan Fracasse*; el Gautier del perfilado estilo de los *Emaux et Camées*: el crítico olímpico y sério del *Diario Oficial*, era un Teófilo Gautier algo afectado y artificial: el que sus amigos llamaban *Théo*, era un hombre bastante diferente de aquel, muy poco sentimental, muy poco solemne, muy poco olímpico, dado al género Rabelais, vividor, bohemio en el fondo del alma, y manifestando en todas ocasiones un gran placer en desarrollar con una fecundia rabiosa las paradojas más monstruosas. Este Gautier no se exhibió al público más que una vez, en el brillante y cínico prefacio de *Mademoiselle de Maupin*.

No siempre ha sido fácil representar al natural el Gautier de la vida íntima, el libro goza de privilegios que no tiene el periódico ni la revista, y sin embargo, el mismo M. Bergerac se ha visto obligado más de una vez á velar ó pasar como sobre ascuas ciertas escenas. Por mi parte me limito á indicar la obra á los curiosos sin permitirme seguirla por entero, y aún después de leerla estos no sabrán todo; porque muchos detalles han tenido que suprimirse y por cierto no los menos característicos. Una parte de su juventud la pasó Gautier en los talleres de artistas, que no eran, especialmente en aquella época, sucursales de los salones. Allí adquirió esos hábitos de indiferencia (*laisser aller*), que la edad debía aumentar y él mismo en su horror á la clase media, á los burgueses, como diríamos hoy, y á la que llamaba los «Filisteos,» había llegado á exagerar á su satisfac-

cion la licencia de sus maneras y de su lenguaje. Obsérvase en esto un fenómeno esencialmente francés en nuestro siglo, y que me parece bastante difícil de explicar á los extranjeros. No sería equitativo, sin embargo, juzgarlo con tanta severidad por las apariencias como podría, uno tener la tentacion de hacerlo. Gautier como otros muchos no era en el fondo tan malo, ni tan depravado como se esforzaba en aparentar. Tenía bajo el punto de vista de la paradoja y de la inmoralidad el propósito de exhibirse como hacen otros muchos en sentido inverso. Se mostraba romántico, descabellado y cínico, como otros, se manifiestan comedidos y puritanos; pero en el fondo era de un natural dulce, y á pesar de su grande indiferencia, más bien benévolo que otra cosa.

Esta es la explicacion de su carácter como crítico. Durante más de treinta años escribió folletines de teatros, dió cuenta de las exposiciones artísticas y se ha observado que jamás habló mal de nadie. Siempre hallaba algo digno de alabanza hasta en lo mediano, y en lo malo; así no se adquirió enemigos ni tampoco quería tenerlos. Un odio hubiera turbado su vida é inquietado la placidez de su existencia. Hay que ver en el curso de sus conversaciones explicadas á M. Bergerac en alguna parte de la obra, una de las razones de esta benevolencia sistemática y algo trivial. El pasaje es bonito y revela talento.

—Si hubiera tenido el deseo de ser malo, me lo hubiera impedido suficientemente el recuerdo de mi botonero de polainas.

—¿Qué botonero de polainas?

—¡Como! ¿No conoces mi historia del botonero de polainas? Un día escribí, en no sé que folletin del *Moniteur*, una frase poco más ó ménos de este género: «estúpido como un botonero de polainas.» La frase era bien inofensiva, ¿no es verdad? Tú lo crees como yo lo creí; pero no hubo tal. Ocurrió que el artículo fué leído por un botonero de polainas susceptible, que en honor de la corporacion se enfadó. Compró bajo cuerda todos los pagarés que había firmado yo á mis acreedores, y cuando los reunió me avisó que iba á hacer poner en venta mis muebles. Le ofrecí pagar á plazos escalonados y se negó á ello. Puse á su disposicion la suma total y me contestó que no quería mi dinero; que me lo daría si lo necesitaba yo; pero que se le había metido en la cabeza hacerme vender á subasta mis muebles y que lo haría. Víme, pues, en la necesidad de acudir al juzgado para obligarle á aceptar lo que le debía; ¡al juzgado! ¿entiendes? ¡Ah! querido hijo, pesa mucho las palabras cuando escribas.»

A decir verdad, no era este solo motivo de la costumbre de alabar siempre, que había adquirido Gautier. El periódico en que escribió durante los últimos veinte años de su vida, era el *Diario Oficial* y un periódico pagado por el gobierno es dónde un crítico tiene tal vez ménos independendia, allí hay que contar con los amigos de los recuerdos, los de la familia, los del ministro y de las personas influ-

yentes, de todos los cuales hay que hablar bien, ó por lo ménos no hablar mal en el periódico oficial, y por desgracia no todos eran hombres de talento. Gautier que hubiera podido negarse á pasar bajo las horcas caudinas, no tenía la energía necesaria para arrojar la cadena y en este supuesto no pudiendo publicar siempre lo que pensaba, se había acostumbrado á esas fórmulas laudatorias que pueden aplicarse indistintamente á todos. Por mi parte hubiera preferido que hubiese tenido más valor; pero en fin, hay que tomar á los hombres como en realidad son. En un lindo prefacio que M. Eduardo Goubou, antiguo amigo de Gautier, ha publicado en la obra de Bergerac, relata la siguiente anécdota que creo oportuno reproducir:

«Ocurría á veces que la conciencia del crítico tomaba su desquite entre amigos de los *alabados* que no merecían su estimacion literaria. En una reunion en el palacio de la princesa Matilde, habló del «llamado Ponsard» con un desprecio que significaba la negativa más categórica de su talento. Con este motivo, uno de los concurrentes le preguntó bruscamente por qué no publicaba por la mañana lo que decía por la noche.

—Voy á relataros un cuentecillo, contestó tranquilamente Teófilo Gautier. En cierta ocasion, M. de Walenski me dijo que en adelante no tuviera indulgencia con nadie, añadiendo que desde aquel dia me dejaba en completa libertad de expresar todo mi pensamiento acerca de las producciones dramáticas puestas en escena; pero le dije al oido, señor ministro, en esta semana se estrena en el teatro frances una pieza de X... ¡Ah! ciertamente, repuso su excelencia; pues bien, empezareis la semana próxima... ¡Esta semana la estoy esperando todavía!

Confieso que esto no revela mucha dignidad; sin embargo, hay que decir que en una ocasion la tuvo Gautier. En 1867, el imperio permitió en el teatro frances la representacion de *Hernani*, prohibida hasta entónces. Gautier había sido uno de los actores más resueltos del estreno de esta obra; el chaleco rojo que usó en ella se había hecho célebre. Continuaba siendo el ferviente admirador del gran poeta proscrito que escribió *les Châtiments*. En consecuencia, en su folletin entonó un ditirambo en honor de Víctor Hugo y del romanticismo; pero el artículo fué suspendido en el *Diario Oficial*. En esta ocasion Gautier declaró formalmente al ministro que el artículo se publicaría, ó en otro caso, que dimitiría, y el artículo se publicó. Con mucha razon se dice en España, que no por haber tenido valor una vez sola puede calificarse á nadie de valiente; sin embargo, algo vale el tener corazon siquiera una vez; ¡hay tantos que que jamás lo han tenido!

La obra publicada sobre Sainte Beuve, tambien es muy interesante. Su autor es un antiguo secretario de este hombre ilustre M. A. J. Pons, y ha sido editada por M. Paul Ollendorf, jóven li-

brero de la calle de Richelieu. *Sainte Beuve y sus desconocidas*, tal es su título. «Sus desconocidas» son las mujeres á quienes amó sucesivamente Sainte Beuve, y cuya lista es larga, porque pocas personas han dado pruebas de ménos fidelidad en sus afecciones. El asunto, que siempre sería muy delicado, lo es mucho más por la indiscrecion de M. Pons, que ha publicado ciertos documentos, muy fuera de su lugar, en mi opinion, por lo ménos, en este momento. Lo siento tanto más cuanto que la obra está escrita con suma facilidad, con gracejo, y su lectura es muy entretenida. En adelante, será imposible escribir nada acerca de Sainte Beuve sin hacer uso de esta obra; pero lo repito, es imposible, en la época actual, tratar de este asunto con la necesaria libertad. Me limitaré, pues, á citar un pasaje que puede tomarse sin eseándalo, y que dará una idea del estilo del autor. Es la narracion de una de las desventuras amorosas de Sainte Beuve. Más de una vez durante su juventud, había pensado en casarse; pero al acercarse á los cuarenta años, renunció definitivamente á esta idea. Entónces se le ocurrió contraer una union libre con una mujer distinguida, á quien asociaría á su suerte, por supuesto fuera del sacramento, á la manera de una señorita de L'Espinasse, ó de una Lodoika. Hé aquí lo que aconteció á este propósito.

«Semejante caza, dice M. Pons, no escasea en Paris, y el oro que se siembra la hace llegar por millares á los boulevards. Por tanto, pronto encontró hácia las alturas de Batignolles una mujer tal cual deseaba para el papel que le destinaba. Su eleccion recayó en una morena de 25 años, que se hacía llamar Mme. Vaquez, y se daba por española. ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿De dónde salía? Cuando se insistía acerca de esto, Sainte Beuve contestaba de una manera evasiva, limitándose á dar testimonio de las buenas cualidades de su conquista: talle elegante, magníficos cabellos negros, mate y dorada tez con reflejos color de naranja; tales eran los encantos que habían seducido al autor de los *Rayons jaunes*. Instaló á su conquista como dueña de su casa, y fué tan feliz con el hallazgo, que le consagró un recuerdo en uno de sus mejores sonetos...

Tal vez hubiera consentido á pesar de su repugnancia á presentarse ante el alcalde para efectuar su matrimonio, si la señora que sabía ser originaria de una aldea de Picardía no hubiera temido las revelaciones de su partida de bautismo; sin embargo, no por eso dejó de apoderarse como soberana de la casa hasta el punto de borrar las marcas de la ropa blanca y de la plata, en las que hizo grabar su cifra, teniendo al crítico poco ménos que en secuestro y esforzándose en alejar con sus rabotadas á los amigos y servidores antiguos. En la soledad y el vacío que hacía así á su alrededor, esperaba establecer para siempre su imperio, y añadir la duracion á su fortuna. Esto fué lo que desgraciadamente le faltó. La muerte:

vino á interrumpir una felicidad tan perfecta, arrebatándola á su ambicion. Sucumbió de una enfermedad del pecho...

En el curso de su enfermedad se presentó para verla un aldeano viejo, llamándose su padre. En un primer movimiento de pudor se negó á reconocerlo, y sólo cedió á las instancias de su amante, deseoso de saber á qué clase de gente pertenecía. La fuente era pura pero muy humilde.

Tomás de Vaquez contó sin hacerse de rogar, que era trillador en la aldea de Montauban, cerca de Peronne, padre de numerosos hijos y que no siempre había tenido pan que darles.....

En fin, sea como quiera, los varones al crecer habían aprendido á ganarse la vida; ¿pero qué iba á ser de su hija? Tomás, aburrido de verla hacerse una mujer ociosa, la había enviado á París, donde se decía que con buena conducta de nada carecería. A Dios gracias, había encontrado un buen señor. ¿Era esto razon para renegar de sus padres? Sainte Beuve apaciguó al anciano con algunos regalos y le prometió ayudarle. Así lo comprendió Tomás.

Tan luégo como su hija hubo cerrado los ojos, se presentó reclamando su parte de herencia, las alfombras, los muebles, ¿qué se yo? Bajo el pretesto de que había puesto en comandita su fortuna con la de su amante, amenazó á éste con un proceso, y aprovechándose de su inexperiencia en tales asuntos, logró atraparle 12.000 francos.»

Paso por alto el resto de la obra. En ella se encuentran muchos detalles instructivos sobre la juventud y la vida de Sainte Beuve, sobre sus hábitos y su manera de trabajar. Terrible cosa es tener á su lado é iniciar en los secretos de la vida íntima un secretario tan falto de discrecion como Mr. Pons. No sé lo que pensaría Sainte Beuve de la publicacion de esta obra; ciertamente es inoportuna; pero en fin, es de las más curiosas que se hayan escrito y si no se puede recomendar, por lo ménos debe indicarse.

Réstame decir dos palabras acerca de un pequeño incidente relativo al arte dramático que ha ocurrido pocos dias hace: me refiero á la compañía del teatro francés, que con motivo de las obras que se están ejecutando en la sala nos ha abandonado hará unos dos meses, para dar en Lóndres algunas representaciones que están próximas á terminar. Jamás se ha comprendido mejor el gran lugar que ocupa en Paris. Desde que está ausente parece que no hoy teatro, ni nuestros folletinistas dramáticos encuentran apénas de qué hablar los lunes. Bien sé que estamos, oficialmente al ménos, y á pesar de que llueve diariamente, en pleno estío; que muchos teatros están cerrados, y que no es la época en que los directores aventuren poner en escena ninguna obra importante. Así, pues, la compañía del teatro frances está en Lóndres, cuyo público la ha recibido con suma complacencia. En la primera categoría de estos artistas, y entre los que han sido mejor acogidos en Lóndres figura Mlle. Bernhart, la doña Sol de *Hernani*, la doña María de Neubourg de *Ruy-Blás*; pero ma-

demoiselle Sara Bernhart, no es solamente actriz dramática, también es escultora y pintora y hasta literata en sus horas de ocio. Tantos trabajos distintos cuando no se disfruta de una completa salud, es arriesgarse á agotar sus fuerzas, y esto es lo que ha sucedido: un buen dia Mlle. Sara Bernhart se encontró en la imposibilidad de salir á la escena; siendo preciso devolver el dinero al público inglés que casi se enfadó. Con este motivo, amonestacion á la primera dama, cólera de esta que ha presentado la dimision; hubiérase podido rehusar esta dimision; pero se ha tenido la política ó la crueldad, no se cuál de estas dos palabras emplear, de aceptarla *por unanimidad*. No volveremos, pues, á ver á Mlle. Sara Bernhart en el teatro de la calle de Richelieu, y parece que América nos la arrebató, habiendo firmado una contrata por dos años, con un Barnum cuyo nombre me es desconocido, que le asegura dos buenos millones sonantes y contantes, y todos los gastos pagados. Tal vez sea mejor creerlo que ir á verlo.

Sin duda es una pérdida real para el arte dramático frances la de Mlle. Sara Bernhart, artista nerviosa, muy desigual, de un talento ligeramente artificial y algo exagerado á mi gusto, pero que no deja de poseer ciertas dotes admirables, y que estuvo maravillosa en la última representacion de *Ruy-Báls*. Creo, sin embargo, que conviene tomar nuestro partido en este incidente. No hay grandes cualidades que no se estropeen con una mala cabeza. Mlle. Sara Bernhart, algo embriagada con su triunfo, desde hace algun tiempo se encaminaba por una senda peligrosa: sea lo que quiera lo que vaya á hacer á otra parte, creo que hemos disfrutado de lo mejor de su talento. A pesar de la distincion de éste, es de aquellos que puede tener honrosos sucesores, y no me sorprendería que se encontrase entre las jóvenes que salieron del Conservatorio en estos últimos años, alguna trágica de porvenir á quien la partida de Mlle. Bernhart dará ocasion para producir y desarrollar sus facultades, ocasion que sin este incidente hubiera esperado en vano. Al volver entre nosotros Mlle. Bernhart, dentro de dos ó tres años, tal vez se asombrará al saber que no era indispensable, y al comprender con cuánta facilidad París la ha reemplazado y olvidado...

CÁRLOS BIGOT.





REVISTA MUSICAL

No esperen hoy nuestros lectores una revista detallada de todos los acontecimientos musicales que han tenido lugar desde el día en que quedaron interrumpidas nuestras relaciones en esta publicación. Contra nuestra costumbre, hoy nos vemos precisados á condensar nuestro pensamiento y decir en las ménos palabras posibles, lo que en otras ocasiones no ofrecía dificultad por la índole propia del contenido que en cada revista se exponía. No se trata únicamente de dar cuenta de lo actual, de los acontecimientos del día, tarea fácil por demás, que no habría de costarnos grande esfuerzo; es necesario que dirijamos también una mirada retrospectiva por el horizonte del pasado, para enlazarlo con el presente, y dar cuenta y razón exactas de lo que vale y significa para el porvenir.

La temporada musical pasada es por fortuna demasiado rica y fecunda, si es que no la única, para que al ofrecérsenos hoy ocasión oportuna, dejemos de consagrarla nuestro recuerdo por lo ménos y nuestra consideración. Difícilmente encontraremos en los fastos de la música en Madrid, un movimiento y una actividad semejantes á los que se han producido desde la apertura de la Opera en Octubre del año anterior, hasta el presente y singularmente desde que la Sociedad de conciertos dió principio á sus tareas artísticas en el coliseo del paseo de Recoletos.

Después de ciento cuarenta representaciones de ópera en el teatro Real, parecía lo natural, que el público *diletante* quedase suficientemente saturado de música, y diera un momento de reposo á sus aficiones musicales. Sin embargo, ha sucedido todo lo contrario. La *música sinfónica* ha reemplazado, sin interregno alguno á la *música dramática*, y ha despertado en el público una curiosidad sin precedente. Al cerrar sus puertas el teatro de la plaza de Oriente, ya estaban abiertas las del Príncipe Alfonso cuyas localidades se han visto invadidas durante la primavera por el público más ilustrado y elegante. A los conciertos de la antigua Sociedad, han sucedido los de la *Union Artística* dirigida por el Sr. Breton, en Apolo, que han despertado mayor interes, si cabe, que aquellos, y hoy continúan con aplauso de todos, en los apacibles Jardines del Retiro, siguiendo la costumbre de los años anteriores. Han tenido lugar, pues, en este pequeño espacio de tiempo más de cuarenta conciertos instrumentales, dirigidos los unos por el distinguido maestro Sr. Vazquez, los otros por el jóven compositor Sr. Breton y algunos por M. Riviere, en los cuales se han ejecutado por término medio trescientas sesenta obras musicales. No obstante todas estas no interrumpidas fiestas, á las que aún pudiéramos añadir las de la ópera cómica italiana que hoy dirige Lupi en la Alhambra, con otras muchas de ménos importancia musical, ni el público muestra el menor cansancio, ni su entusiasmo decae un momento cuando se trata de su arte favorito. Parece que se ha propuesto dar un solemne mentís á los que, aún le acusan de sensual y materialista, con el favor que presta á todas estas lícitas expansiones de su espíritu y con esta decidida afición por la más pura de las bellas artes.

Por lo que respecta á la importancia artística de este gran movimiento musical, en lo que se refiere á la ejecucion y direccion de obras desconocidas ó ya oídas anteriormente, de maestros antiguos ó contemporáneos, nacionales ó extranjeros, es indudable que en nada tiene que ceder esta temporada á las anteriores conocidas, ni envidiarlas tampoco bajo ningun concepto. Ha sido una verdadera monomanía musical. Desde las obras y maestros más desconocidos, y que aún figuran en las últimas filas de la democracia musical, hasta los que componen las más elevada aristocracia del arte, el público no ha dejado de recorrer un punto de este sublime *diapason* de todas las jerarquías de la música, ni ha dejado de otorgar sus aplausos á los que, sin descanso vienen trabajando por su ilustracion y cultura artísticas primero, y después por su solaz y esparcimiento. En una palabra, y para concluir esta consideracion preliminar, la pasión por la música en todos sus géneros y manifestaciones, el entusiasmo cada dia más creciente por parte de las personas ilustradas hácia este divino arte, cuyo extraordinario desarrollo llega ya á un punto incalculable, tal es lo que caracteriza y distingue el período de tiempo transcurrido desde nuestra última revista, y cuyos hechos

principales sintetizados en tres grandes sucesos, hoy nos proponemos dar á conocer, siquiera sea á grandes rasgos, en la que ofrecemos á nuestros lectores.

*
* *

Aparece primero á nuestra consideracion la última temporada de ópera en el aristocrático Teatro Real. Nuestros lectores saben que la empresa que hasta aquí había venido explotando nuestro primer teatro lírico, debía poner fin á sus compromisos con esta temporada, única que le quedaba por explotar, segun cláusula obligatoria del contrato que tenía hecho con el gobierno. Eran, por lo tanto, críticas en sumo grado las circunstancias del Sr. Robles, si como era de suponer, pensaba dejar grata impresion en sus abonados y en el público, y quería que su gestion en los asuntos difíciles de aquel cargo quedase grabada para siempre en la memoria de los que han frecuentado los últimos diez años aquel elegante coliseo. El Sr. Robles debió comprenderlo así, y en efecto, aunque no del todo, ha conseguido con esta temporada hacer olvidar, ya que no borrar, las manchas y los errores que todos, por desgracia, hemos tenido que lamentar en su direccion artística. Sin que nos atrevamos á decir que su última campaña ha sido la más brillante de cuantas ha hecho desde el año 69, se puede afirmar, sin temor de ser desmentidos, que ha llenado las exigencias del público no ménos que los fines del arte que en aquel teatro presenciámos. Ciertamente, no se ha dado una novedad que tenga carácter de acontecimiento artístico, ni tampoco el de una solemnidad musical, pero tambien es cierto que no hemos tenido que presenciar espectáculos indignos del primer coliseo español, como desgraciadamente se vieron en la temporada del 77 á 78, ni ha habido, por fortuna, en sus representaciones, fiascos tan estrepitosos y manifestaciones tan escandalosas como con tanta frecuencia se repetían en aquella época calamitosa para el arte. La compañía, si no igual y homogénea en sus elementos, estaba en su mayoría compuesta de partes primeras, de artistas de conocida y sólida reputacion y de talento y facultades poco comunes. La Borghi-Mamo y la Durand, la Elena Sanz y la Vitali, Gayarre y Pandolfini, Verger y Nannetti son cantantes cuyas condiciones artísticas les recomiendan á cualquier empresa, y serán siempre reconocidas por el *amateur* más empalagoso y exigente, aún con los defectos que en mayor ó menor grado cada uno pueda tener. En el curso de las representaciones lo han demostrado con evidencia, mereciendo del severo é ilustrado público la recompensa á que se han hecho acreedores, especialmente en algunas óperas, dignas de recuerdo, cuyo éxito ha sido un verdadero triunfo para todos ellos, lo mismo que para el director Sr. Vazquez, que tanta participacion ha tenido en el buen resultado de las.

obras confiadas á su inteligente batuta. No necesitamos recorrer una por una las representaciones que merecen un lugar preferente en nuestra revista, y que por su conjunto se destacan más entre todas las que han tenido lugar en esta temporada; nos basta para nuestro objeto citar únicamente tres que han despertado verdadero entusiasmo en el público, *La Africana*, *Fausto* y *Hugonotes*, óperas que han llevado al Teatro Real el público más numeroso é inteligente cuantas noches se han ejecutado.

No podemos decir otro tanto de las novedades que dispuso la empresa, siguiendo la costumbre de antiguo establecida, y á pesar de la promesa que hacía dos años tenía hecha al público, que tanto favor le ha prodigado, con la representación del *Hamlet*, de Thomás. Una obra desconocida, de muy escasa importancia, del maestro Usiglio, *Le Donne curiose*, y otra ya muy conocida, de los hermanos Ricci, *Crispino é la Comare*, las dos friamente recibidas de los concurrentes á este coliseo, ha sido lo único nuevo que se ha puesto en escena, si es que por tal se tienen obras de tan escaso valor artístico en los tiempos que alcanzamos de ilustracion y cultura en materias musicales. Fuera de esto, el Teatro Real ha continuado tan en voga como los años anteriores, habiendo alcanzado un abono que excede á toda ponderacion, y un número de entradas como no ha habido precedente quizás en todo el tiempo que esta empresa le ha tenido á su cargo Robles, puede asegurarse que ha tenido este año una ganancia de 50.000 duros próximamente. Así ha puesto este empresario aristocrático fin á sus tareas artísticas, y con esta ganancia se ha despedido de una de las empresas más lucrativas, más solicitadas que hoy se ofrecen á los hombres de negocios en nuestra capital.

Nos queda que decir mucho aún en nuestra revista, y no podemos, á pesar del gusto que tendríamos en ello, hacer las consideraciones y deducir las consecuencias á que se presta la gestion de diez años de aquella empresa en todo lo que afecta á los espectáculos que han tenido lugar en este régio teatro. Sin embargo, el deber de fieles cronistas nos obliga á dar satisfaccion á nuestra conciencia y mantener en todo su valor los fueros de la verdad.

Es preciso declararlo con toda franqueza y consignarlo para siempre; el Sr. Robles ha hecho mucho durante estos diez años en obsequio del arte y en favor del público, pero no es ménos cierto que nunca podrá eludir la responsabilidad de no haber hecho todo lo que ha debido, y á que por su posicion y respetables compromisos estaba obligado. Reconocemos, como el primero, sus méritos, pero no podemos olvidar jamás sus enormes pecados.

*
*
*

Así como el teatro de la Ópera es durante el invierno el punto de reunión de la buena sociedad de Madrid, el Circo de Rivas es en la primavera el centro del público inteligente, que no se cansa de admirar las grandes concepciones de los primeros maestros del arte musical. Clásicos en su mayor parte estos conciertos, y formados sus programas de obras sinfónicas del más selecto repertorio, así antiguo como moderno y contemporáneo, y de ordinario interpretadas con notable acierto é inteligencia por los individuos de la orquesta, el público viene mostrando desde hace catorce años un interés particular por tan cultos espectáculos, hoy necesarios é imprescindibles, dado el grado de ilustración que alcanza nuestra capital, y el impulso que el arte ha adquirido, merced al desarrollo rapidísimo de nuestras instituciones musicales.

Siete han sido las sesiones que han tenido este año lugar. En todas ellas hemos tenido ocasión de observar el entusiasmo que siente nuestro público por estos conciertos, y su decidida afición á la música sinfónica. No hemos asistido á ninguno que no hayamos encontrado el espacioso coliseo de Rivas incapaz é insuficiente para contener una concurrencia tan numerosa. Verdad es que la Sociedad y su digno director han puesto verdadero empeño en el desarrollo de programas por lo comun selectos, y de seductor atractivo por su novedad. Aparte de otras piezas de menor importancia relativa, se han ejecutado por primera vez tres *sinfonías* de cuatro tiempos que el público no conocía; dos de maestros alemanes, y una notabilísima por más de un concepto, de un jóven maestro español, cuyos difíciles ensayos y ejecución, por sí solos probarían con suficiencia el celo y actividad del Sr. Vazquez, si ya no los tuviera plenamente demostrados en diferentes ocasiones. Mucho sentimos carecer ya de tiempo y espacio en nuestra revista para ocuparnos de éstas y otras notabilísimas composiciones, como la *overtura* del *Buque fantasma* del revolucionario alemán, tan precipitadamente juzgadas por el público indiferente, como mal escuchadas de la mayoría, que se preocupa de todo ménos del objeto de estos espectáculos. No son ciertamente la *sinfonía* en *re* de Beethoven, la en *sol* de Lachner, y la en *re menor* de Chapí, á las cuales nos referimos, de esas obras que se las juzga en dos palabras, y se expone todo su mérito con decir cuatro generalidades. Concebidas en la más alta idealidad, y desarrolladas dentro de procedimientos que la técnica explica y preceptúa en sus reglas y principios, es preciso un análisis y un estudio conforme á ellos, si hemos de apreciarlas en todo su mérito como obras de arte, y en su verdadero valor para el público á quien van dirigidas. Con todo, no debemos ocultar la verdad; estas *sinfonías* es preciso oírlas mucho para penetrar sus bellezas y gozarlas. Se verifica con frecuencia, que las obras musicales que ménos efecto producen al ser oídas por primera vez, son las que más llegan á gustar, una vez que el espíritu descubre las múltiples bellezas que

se ocultan entre sus laberínticas armonías, y sorprende entre esos arabescos los primores que forman el tejido melódico de toda la composición. Esto sucede precisamente también con las obras de Wagner, y por esta misma razón no ha alcanzado la ópera del *Buque fantasma* el éxito que hoy vemos que tiene, por ejemplo, la de *Taunhausser* en todos los conciertos que se ejecutan. Hay que proceder con cautela y prevision en el juicio de las obras musicales. No es el primer caso en que ciertos críticos se ven obligados á hacer rectificaciones desfavorables á sus primeras impresiones, y entonar actos de contrición que debieron evitar, haciendo ántes el exámen más detenido de las obras que suelen juzgar con tan excesiva ligereza. Por lo demás, es indudable que el mérito de las obras del arte musical, como la de otro cualquiera, no dependen exclusivamente del criterio subjetivo ni de la apreciación infundada de una mayoría, por ilustrada que sea. Toda obra bella lo es por sí, con valor real y objetivo, independientemente de toda relación en su esencialidad estética. Este es nuestro pensamiento.

Un detalle digno de ser consignado á propósito de estos conciertos, para terminar, es la exhibición de dos pianistas ventajosamente conocidos ya de nuestro público, el Sr. Aranda, que en el cuarto concierto ejecutó al piano el *en sol menor* de Mendelssohn, y el señor Beck, que en el último nos hizo conocer sus habilidades en dicho instrumento, ejecutando una *polonesa* de Weber, y una *romanza* de Chopin. Suficientemente juzgados estos dos inteligentes artistas, sólo diremos á nuestros lectores, que el público que los escuchó en estas deliciosas sesiones, admiró una vez más sus talentos y facultades de ejecución en este difícil instrumento, recompensándolos con sus espontáneos aplausos y dos sencillas coronas, obsequio, si no estamos equivocados, de la Sociedad de Conciertos.

Tal ha sido en breves palabras el interés que han tenido para nosotros las últimas fiestas musicales con que la antigua Sociedad de Profesores ha obsequiado al filarmónico público de Madrid.

*
* *

Nos queda por exponer para terminar esta ya pasada revista, el gran suceso musical que durante el período que reseñamos, ha preocupado y preocupa aún al dilettantismo madrileño; hablamos de los conciertos celebrados por la *Union Artística* en el teatro de Apolo y en el Retiro, bajo la dirección del joven maestro Sr. Breton. Pocas instituciones habrán conseguido seguramente colocarse en tan corto espacio de tiempo en una altura tan considerable y en posición tan ventajosa, como ésta ya reputada joven sociedad musical. Nadie hubiera pensado el año anterior, cuando hizo su *debut* en el teatro de la calle de Alcalá, que con tal rapidez había de cobrar

una fama, ya envidiable, y una reputación, cual la que hoy goza entre los que fijan sus miradas en el movimiento artístico de nuestro tiempo. El Sr. Breton, con una constancia y laboriosidad á toda prueba, con un entusiasmo artístico digno del mayor elogio, ha sabido vencer y allanar toda clase de escollos y dificultades, y ha conseguido, por fin, conquistarse las simpatías del público, dispuesto siempre á secundar las grandes ideas y los propósitos más levantados. Los cuatro conciertos que ésta Sociedad ha celebrado en el teatro de Apolo, al finalizar la primavera, lo mismo que los que desde el principio del verano está verificando en los concurridos *jardines del Buen Retiro*, han dado á conocer los brillantes progresos de esta artística corporación en el conocimiento del arte musical, así como el gusto é inteligencia que animan á su joven Director en todo lo que afecta al buen resultado de estos deliciosos espectáculos. Hace poco más de un año era la esperanza lo que veíamos en aquellos tres conciertos con que se dió á conocer al público la Sociedad que dirige el Sr. Breton; hoy es una realidad llena de vida y de porvenir para el arte. No significan otra cosa las veinte sesiones musicales que hasta ahora lleva celebradas, las muchas y notables composiciones que ha dado á conocer al público, la acertadísima dirección que todos hemos visto, el entusiasmo que se ha despertado á medida que se han puesto de relieve sus aptitudes y facultades artísticas, el aplauso unánime en fin, con que el público viene acogiendo estas deliciosas veladas musicales en los jardines del Retiro, más que ningun otro sitio de recreo público, frecuentados en estas sofocantes noches del verano. Querer es poder, ha dicho el sabio, y el Sr. Breton parece que ha puesto empeño en demostrar la verdad del adagio. Y no como pudiera hacerlo otro cualquiera, en efecto. Breton en los conciertos que hasta hoy lleva dirigidos, ha realizado, si se puede decir así, un verdadero prodigio, al llevar á cabo una empresa de la importancia y el mérito que supone su realización. Ni las obras que han figurado en todos los programas, ni los autores que con ligeras excepciones nos ha dado á conocer en esas obras, ni la interpretación que por lo comun han tenido todas y cada una de las partes del concierto, han merecido reproche ni censura que atenúe en lo más mínimo el valor, que público y prensa unánimemente les han atribuido desde el primer momento. Muy al contrario de esto, se han recibido con grande entusiasmo la mayor parte de las composiciones nuevas que se han dado á conocer, especialmente las de carácter descriptivo, como la bellísima *Fantasia morisca* del joven maestro Sr. Chapi, las *Escenas Pintorescas* y la *Suite de las Erinias*, de Massenet, *Faeton*, la *Danza Macabra* y la *Juventud de Hércules*, de Saint Saens, con otras varias de este género, tan simpático al público y cuyo indisputable mérito ha sido tan bien apreciado desde su primera audición. Quizas no pueda decirte otro tanto respecto de algunas cuyos autores, españoles por

cierto, apénas si eran conocidos en el mundo musical ni se señalaban por su reputacion, y las cuales han sido recibidas con la mayor indiferencia y sepultadas quizá para siempre en el olvido. De todos modos, el Sr. Breton jamás contraerá por esto una responsabilidad, que no le pueda corresponder, desde el momento en que, al admitir en sus programas estas composiciones, no le guían otros móviles ni tiene otro interes, que dar acogida y prestar su concurso al noble objeto de la formacion de un repertorio nacional, que alterne dignamente con el de obras extranjeras, y contribuir de este modo, en lo que de su parte esté, á dar aliento y esperanza á nuestra juventud artística, con el fin de realizar el apetecido ideal por el que todos suspiramos. Además, aunque esto fuese un lunar que para nosotros, repetimos, no lo será nunca; la direccion del jóven maestro señor Breton, así como su actitud en este punto, están perfectamente cumplidos y satisfechos desde el momento en que los programas sean dignos del público á quienes se dirigen, y en ellos aparezcan las grandes producciones musicales, así clásicas como modernas que son interpretadas en todos los conciertos. La debilidad y falta de mérito artístico de las obras que han merecido la indiferencia del público, no atenúan ni aminoran en lo más mínimo el valor de las muchas otras en cambio, cuyas bellezas han alcanzado el apláuso unánime de todos. Pero no es este el único concepto por el que hay que juzgar la importancia, por nadie puesta en duda de estas fiestas musicales. No es sólo en los programas dónde se ha de fijar la atencion, ni en ellos estriba precisamente la bondad de un concierto instrumental. Tiene á nuestro modo de ver tanta ó más importancia la interpretacion de la obra, el modo de dirigirla, la manera de expresar sus detalles, su realizacion estética en una palabra, ante el público que ha de sentir sus bellezas y experimentar el placer que á ellas acompaña. Es bajo este punto de vista como hay que juzgar del mérito del Sr. Breton, para darse cuenta exacta de la aceptacion que hoy tienen los conciertos que viene dirigiendo. En la música, á diferencia de las artes plásticas, la pintura y la escultura, y aún en la poesía, es preciso una segunda creacion al manifestarse al público que no depende del autor que ha concebido la obra. Esta segunda creacion en las piezas instrumentales está toda confiada al director primero, y á los individuos de la orquesta despues, los cuales, unidos armónicamente, deben no sólo expresar todo el sentido estético que el compositor ha querido que sea expresado, sino que tambien todo el sentimiento que en aquéllos se despierta en los puntos más culminantes al tiempo de la interpretacion, ó en los momentos supremos del mayor entusiasmo. El Sr. Breton ha debido comprender este precepto de la estética musical, y esta es la razon que viene á explicar el buen conjunto que suele acompañar á las obras que son ejecutadas bajo su inteligente y segurísima batuta. Artista de cabeza, no sólo de corazon, atento al conjunto, sin per-

der de vista los detalles; cuidadoso de toda la notacion que el compositor le indica en la partitura, dominando siempre la orquesta hasta supeditarla durante los ensayos, hace que la composicion musical brote con toda espontaneidad, llena de espíritu y de vida y con una exuberancia de detalles y efectos que encanta y cautiva al espíritu del auditorio. Desde la *overtura* más complicada de instrumentacion y de armonías, como la de *Tannhausser*, hasta el *wals* más ligero y jugueton, como *Les Joies de la vie*, de Strauss, la batuta de Breton ejerce sobre su orquesta una influencia que no es posible dar una idea de ella sin verla cuando él la agita formando esos arabescos llenos de vida y movimiento, que expresan el fuego de su ardiente fantasía, el calor de su entusiasmo artístico. Sólo así se explica el éxito con que ve coronadas cuantas obras ha hecho conocer al público, y el resultado que hasta hoy ha alcanzado en todos sus conciertos la laboriosa sociedad que tan dignamente dirige. Otra porcion de observaciones, sugerida por multitud de circunstancias observadas de continuo en el momento de la ejecucion de las diversas piezas que forman los respectivos programas, podríamos hacer para que se formase idea verdadera de esta novedad artística, pero tendríamos que alargar ya demasiado nuestra revista, y no queremos molestar por más tiempo á nuestros lectores.

Por lo que llevamos expuesto, se verá cuán fundados son nuestros elogios, y ciertas nuestras apreciaciones á propósito de la nueva sociedad Artístico-musical, que merced á la poderosa iniciativa del jóven maestro Sr. Breton, hoy viene á compartir con la ya benemérita de profesores los aplausos del público más entusiasta por el arte. Que no abandone el inteligente director sus nobles propósitos, y piense siempre en la grande mision que se ha impuesto, así como el alto fin á que tienden estas civilizadoras fiestas de la música: que siga mostrando al público los frutos de su laboriosidad é inteligencia con desinterés y entusiasmo, sin otras miras que las propias del arte, y no dude un momento que sus esfuerzos recibirán en día no lejano la recompensa y el galardón que solo están reservados á los que se sacrifican por el bien de la sociedad y el progreso de los pueblos.

J. ESTEBAN Y GOMEZ.

24 de Julio de 1879.



MISCELÁNEA.

El *Havre y Rouen*.—Una lucha interesante ha estallado en Francia entre dos de sus más importantes ciudades; pero lucha noble de emulacion por engrandecerse, de competencia por gozar con más merecidos títulos la influencia y poderío, y lucha, por lo tanto, simpática y conmovedora. El Havre, que pertenece á la provincia del «Sena Inferior,» cuya capital es Rouen, pide emanciparse de esta ciudad antiquísima de Francia y ser capital á su vez de una nueva provincia que se llamaría del «Sena Marítimo.»

Dígase lo que se quiera del papel político de Francia en el mundo, influye en él con toda suerte de hechos y de actos; en estos dias en que Bismarck, á nombre de la unidad autoritaria de Alemania, pide á las ciudades de Hamburgo y Brema, únicas que conservaron algunos derechos cuando el cataclismo de entusiasmo guerrero en que se hundió la libertad alemana, que renuncien á ser puertos francos, á fin de no entorpecer el nuevo régimen reaccionario economista, es decir, el arancel proteccionista; en esos mismos dias de locura sajona, un puerto galo, rival del amenazado, levanta un grito de libertad, pidiendo á la patria derechos y autoridad, facultades y medios de lucha para engrandecerse enriqueciendo á la nacion.

Es la Fronda pidiendo en Paris libertad contra los reyes que amenazan al reino de autoridad central, y por tanto, abusiva; es toda-

vía la ciudad de Paris irguiéndose ciega y rugiente hasta el delirio, ante la Asamblea monárquica de Versalles, para con el sacrificio terrible de sí misma dotar á la nacion de la tercera república; es, en una palabra, ese espíritu de ciudadanía que hizo las glorias de Grecia y la nombradía de Roma, ese espíritu de ciudad del que hicieron los reyes una mortaja con que enterraron la grandeza y poderío de España; pero ese espíritu llega, ya no como ántes, alzándose en sangre y sembrando ruinas, sino revelándose con las modernas y hermosas manifestaciones de la sociedad moderna, porque Francia es hoy region en que toda idea encuentra su palenque y toda aspiracion su campo.

Rouen es antiguo: Havre es de ayer. Luchan por el porvenir. ¿Quién tiene razon?

Rouen es puerto, cual Paris sobre el Sena; lanza sobre éste el primer puente como tomando de él posesion con una cadena feudal, porque allí es donde la oleada marítima, que le entra al Sena por la boca, muere, y ya en ninguna época del año tiene fuerza, sólo que Paris es tercer puerto de Francia, pues en 1876 tuvo dos y medio millones de toneladas de movimiento en la navegacion, cuando en Rouen sólo fué de 750.000, y en 1878, época de la Exposicion Universal, sólo subió á 1.040.579 toneladas.

Havre es puerto marítimo á la desembocadura del Sena, tiene 92.000 almas, y con los ricos pueblos de los alrededores, que lo desean, formaría una bonita y próspera provincia de 210.000 habitantes, mientras quedarían al Sena inferior 587.000. Havre sería la décima de las capitales de provincia. Hoy no es más que una sub-prefectura.

No es una vanagloria la ambicion de este puerto á ser capital de provincia y emanciparse de Rouen, porque esta ciudad la impide desarrollarse, y recientemente ha trabajado contra la construccion del canal de Havre á Fancarville, paralelo al Sena, que interesa, no ya al Havre, sino á Paris, cuyas mercancías transportaría dos francos en tonelada más barato de lo que hoy se hace, y sin que por eso se apartaran de Rouen y á Francia, dado que ese canal es parte del proyecto de elevacion de agua del Sena hasta París, y del que de aquí ha de ir á Lyon para atravesar toda la nacion y acaparar el comercio de tránsito de Inglaterra y Norte América con el Mediterráneo.

Francia no se ha desarrollado en riqueza y poderío comercial como Inglaterra, que en ménos de medio siglo ha hecho esos puertos asombrosos de Liverpool, Lóndres y Glasgow, sin rivales en el mundo; Inglaterra, con un sólo artículo, lleva sus buques á todos los puertos del mundo con el carbon que exporta por 13 millones de toneladas al año, lastre que no lo tiene igual otro pueblo; pero Francia comienza ahora á desenvolver su riqueza, y seguramente no se ve en ninguna parte tan bien y elocuentemente como

en el Havre. Este es un puerto que puede competir con los de Amberes y Hamburgo en el mar del Norte, los cuales le aventajan en bondad de condiciones y en movimiento, y bajo este nuevo punto de vista, representa, no ya una lucha local con Rouen, sino una misión nacional á la cual deben sacrificarse humildemente todos los intereses provinciales ó locales de cualquier punto que se crean disminuidos. Sucede un hecho increíble, y es que el comercio de Paris recibe algodones, artículos coloniales y otros de Amberes, Bélgica, á mejor precio que del Havre y de aquí que el puerto belga esté hoy favorecido por el comercio frances. Y si esos artículos van á Paris, mejor irán á otros muchos puntos de Francia. El Havre, unido por canales y por nuevas líneas férreas á Paris, á la Bélgica y á la Suiza, puede cortar el paso á Amberes; pero para esto es preciso que obre con independendencia.

¿Quién hubiera presumido el desarrollo portentoso de esta población? En 1516 no había á la orilla derecha de la desembocadura del Sena, más que una capilla dedicada á Nuestra Señora de la Gracia y unas cuantas cabañas de pescadores que se llamaba Eure, *ora*, orilla. El Sena iba amontonando allí sus arenas y retirándose y ni una planta, ni una casa cubría el suelo. Más adentro del rio se hallaba Harfleur, villa de animadísimo comercio, que los españoles, llamados allí castellanos, surtíamos en abundancia de vinos, trigos, cera, sal y cordobanes, volviendo nuestros navíos con lanas y telas. Harfleur era ya del tiempo de los romanos y floreció en los de Guillermo el Conquistador; vino el descubrimiento de América, nuestros marinos abandonaron los mares del Norte, las pescas famosas de la ballena, el tráfico todo, y entónces los normandos se dedicaron al comercio marítimo, lanzándose á competir en los mares con españoles y portugueses.

Francisco I, creó en Eure un refugio para los navíos de gran porte y á fin de fijar marinos traficantes y pescadores, concedióles considerables privilegios; proponíase crear un puerto más cerca de Paris que San Malo, Dieppe y Dunquerque. Sully y Richelieu agrandaron el puerto y dieron abrigo flotante á los navíos que se embasaban en la arena cuando era marea baja. Colbert y Vauban, hicieronle accesible á los mayores navíos y cerraron las dársenas con las primeras esclusas. Vauban hizo un canal hasta Harfleur que aún lleva el nombre del ilustre ingeniero, aunque ya está fuera de servicio hace años. Napoleon al verlo en 1802 lo declaró «puerto de Paris» y lo dotó de nuevas dársenas que sólo se han concluido en 1834. En 1858 se echaron abajo las fortificaciones. El primer ferro-carril que tendió Paris hasta el mar, fué al Havre. En él se llama á una de las dársenas «de la ciudadela» porque ocupa el sitio mismo que la deruida fortaleza de Luis XIV. En 1871 aún se han concluido nuevas dársenas y el año último de 1878, el agrandamiento de la entrada y del ante puerto y el establecimiento de la luz eléctrica que

permite á los buques su entrada á cualquier hora de la noche.

El Havre tiene hoy 64 hectáreas de dársenas que se introducen por toda la poblacion, y casi son sus plazas y 10 kilómetros de muelles en que se reclinan cómodamente miles de buques de todo el mundo. La dársena del *Comercio* llega á una hermosa plaza toda rodeada de edificaciones y en cuyo fondo se alza el teatro desde cuyos balcones se la ve en toda su extension. La dársena del Rey (de Enrique IV), está tambien atravesando numerosas manzanas de casas habitadas. La del Eure, moderno, tiene 21 hectáreas y 2.000 metros de muelles, y es en la que paran las líneas francesas trasatlánticas. Sobre estos inmensos muelles se alzan docks por 23 hectáreas, almacenes y depósitos; por todos ellos corren las líneas férreas, y donde quiera se ven cabrias poderosas circulando por ellas entre los wago-nes, y todo un enjambre de camiones, obreros y empleados, que cargan y descargan rápidamente cientos de buques de asombrosa cabida.

Havre tenía 20.000 habitantes á principios de siglo; hoy reúne ingleses, belgas, suizos, escandinavos, norte-americanos y alemanes, en numero prodigioso, que la ayudan á sostener la concurrencia con todos los puertos del Norte. Ha creado industrias, y sus talleres trabajan los cañones de acero del Estado, que éste compra en el extranjero ó funde en el Creuzot, pues en Francia la artillería la hace toda la industria particular. Recibe muchos metales brutos, y los trabaja, y así funde, refina y vacía en lingotes el cobre, estira el zinc en planchas, lamina el plomo ó lo hace tubos, forja el hierro en áncoras, ó lo tuerce en cadenas ó lo hila para clavos, alambres y cables. Una fábrica especial, propiedad de Rothschild, desplata los plomos de España, por el procedimiento del zinc, que atrae la plata y del que se le extrae por oxidacion ó por otras manipulaciones. Refina azúcar en gran cantidad, bien que Paris amenaza sus fábricas con la concurrencia; fabrica productos químicos, y puede, como Marsella, pues que recibe todos los ingredientes, acometer la fabricacion de jabon, estearinas, manteca artificial, bugías, etc. Construye buques con éxito, y sobre todo los repara y limpia en magníficas calas que ponen á seco máquinas de vapor.

El comercio marítimo del Havre ha sido en 1878 de 4.322.295 toneladas, de las cuales fueron en pabellon frances 714.146 con 30.729 hombres de tripulacion. El valor de dicho comercio ascendía á 1.750 millones de francos. Versa principalmente sobre hulla inglesa, algodón en rama (136.500 toneladas), trigos y harinas, que en 1876 subieron á 128.000 toneladas, maderas de construccion y de tinte, cafés, abonos, cobres, lanas, pieles, granos oleaginosos, grasas, nitratos, azúcares, aceites, hierros, zinc, vinos y tabaco. Ultimamente se ha desarrollado el comercio de la carne ya fresca, ya viva, ya salada, de las legumbres, del cacao, pues Francia se habitua al chocolate, y es positivo en ella mayor consumo que el de España, tan famosa por

él. Al Havre le faltan, no obstante, artículos de exportación y una inmensa parte de los buques van á buscar flete á otros puertos despues de descargar en éste. Por esto exige con apremio esta población las nuevas líneas de agua y hierro que al interior la faltan.

Emulaciones y competencias tan hermosas é interesantes como éstas, suponen mucho para el engrandecimiento de un país, y conviene las conozcan los demas pueblos. Aquí, en Francia, reclama la capitalidad una ciudad marítima porque entabla lucha gigante é internacional con los demas pueblos, y pide al suyo sávia y nervio que no podrá ménos de darle. No pide proteccion, ni en su puerto se abrigan esos marinos que hacen abrir informaciones en favor de la marina mercante, sino que piden libertad para vigorizar y robustecer el comercio y la produccion. Se trae á comparacion en las modernas luchas el comercio norte-americano y el europeo, y hay para ello motivos poderosos. Un buque frances de la compañía trasatlántica, paga en Havre 9.713 francos de derechos de muelle, navegacion, tonelage peage, y en fin, sanitario; el mismo buque no tiene que pagar en Nueva-York más que 3.259, una tercera parte. Libertad, movimiento, nada de trabas, eso es lo que quiere la animosa y rica Venecia del Norte, para lanzarse á las más asombrosas grandezas! ¿Le contestará Francia imitando á Bismarck—No debe esperarse.

Estadística de la propiedad urbana y de la población de España.—El último amillaramiento, cuyos resúmenes se están haciendo, ha suministrado ya datos bastantes para asegurar que en la superficie territorial de la Península hay 218 ciudades, 4.700 villas, 6.600 pueblos, 14.400 aldeas, 2.250 granjas, 800 cotos redondos.

Las poblaciones urbanas contienen 2.256.000 casas y 55.000 edificios destinados á usos industriales; y las rurales 506.000 casas.

Las fincas rústicas amillaradas son en número de 3.589.660, comprendidas las de las Provincias Vascongadas.

Los propietarios administran y cultivan por su cuenta 2.789.660 heredades y 800.000 están explotadas por arrendatarios ó colonos.

En las múltiples operaciones agrícolas, pecuarias y forestales tienen ocupacion, aparte de los muchos colonos que por sí mismos trabajan las tierras, 380.000 criados de labranza, 800.000 jornaleros agricultores, 110.000 pastores y 14.000 leñadores y carboneros, clases que con los terratenientes y arrendatarios componen el 66 por 100 de la población activa.

La renta de aduanas en el último año económico.—En el artículo del Sr. Perojo, inserto en el número 86, sobre las excelencias del libre-cambio, decíase entre otras cosas, que con él se beneficia extraordinariamente la renta de aduanas. *La Gaceta de Madrid* ha publicado en los primeros dias del mes corriente un estado que nos

suministra la prueba de ese aserto, como lo evidencian las siguientes comparaciones, extractadas del cuadro suscrito por el director de Aduanas.

Comparacion mensual.

	PESETAS.
Recaudado en Junio de 1878.....	6.550.831 58
» en Junio de 1879.....	8.983.986 58
	<hr/>
Más en 1879.....	2.433.155

Comparacion anual.

Recaudado en el año económico de 1877-78....	88.637.390 53
» en el de 1878-79.....	106.729.820 62
	<hr/>
Más en 78-79.....	18.092.430 09

Comparacion con el presupuesto

Presupuesto de 1878-79.....	100.062.000
Recaudado en 1878-79.....	106.729.820 62
	<hr/>
Más de lo presupuesto.....	6.667.820 62

Es decir, que para presuponer los rendimientos ya se contó con un incremento justificado por lo que venía aconteciendo, y el resultado fué superior á lo previsto.

Queda, pues, consignado, que la renta de aduanas ha tenido en el año económico, terminando en 30 de Junio último, un aumento de 72 millones de reales, y esto es tanto más notable, cuanto que en el inmediato anterior habia habido ya un incremento de 22 millones, y en 1876-77 otro de 49 millones, lo cual hace un total aumento, en sólo tres años, de 143 millones de reales.—No es inoportuno recordar que estos aumentos se deben á la reforma arancelaria de 1869, obra de los gobiernos revolucionarios.

Mesmer, el magnetismo animal, las mesas que ruedan y los espíritus.—M. E. Bersot, dice M. Janet, en un artículo que con el anterior epígrafe publica en la *Revista de Ambos Mundos*, nos acaba de ofrecer á la vez dos obras: la una antigua, pero muy aumentada y hace tiempo popular y que ha alcanzado la 4.^a edición, *Mesmer y el magnetismo animal*, y la otra nueva, que se titula *Estudios y discursos*, en la cual ha reunido todo cuanto ha escrito de diez años á esta parte. En estos dos volúmenes M. Bersot se muestra bajo tres puntos de vista diferentes: filósofo, periodista y director de la Escuela normal, y en estos diversos caracteres siempre se ve al hombre de talento en sus diferentes fases, ya sea pensando, discutiendo ó gobernando.

Como filósofo, M. E. Bersot pertenece á la grande escuela, como

los Montagne, los Vauvenargues, los Saint-Beuve. M. E. Bersot tiene opiniones, pero no tiene sistema. Tiene gustos y preferencias; pero rechaza la fórmula, le tiene horror. Para él, filosofar es pensar y pensar libremente. Es lanzar una rápida ojeada sobre la vida, los hombres y las cosas humanas. Es á la vez moralista y psicólogo; su obra sobre Mesmer es un capítulo acabado sobre la psicología de lo maravilloso, que es al mismo tiempo una parte de otra psicología nueva, muy en moda hace algun tiempo; la psicología de lo inconsciente. ¡Cuántas cosas hacemos sin aperebirnos de ellas! Esa mirada profunda de Leibnitz ha llegado á ser el principio de toda una ciencia; es la explicacion de la mayor parte de los hechos maravillosos que no explican ni la superchería ni el charlatanismo. Todos los prodigios de la historia de lo maravilloso de un siglo á esta parte se encuentran reunidos en la obra de M. Bersot, con la precision y la ligereza de tono que le es tan peculiar. Ha añadido á esta 4.^a edicion todos los documentos nuevos, todo lo conveniente para destruir el aparato de la supersticion. Por ejemplo, con una *Reseña de la Sociedad de Física de Rusia* ha tratado de someter á todas las pruebas del método científico las ilusiones y el prestigio del magnetismo y del espiritismo, y ha fracasado ante la resistencia sistemática de los interesados; con la historia de los hermanos Devouport ha puesto en evidencia la parte de estafa de este asunto; con el prodigioso proceso de las fotografías espiritas, al cual asistió M. Bersot y del que nos hace una chispeante narracion, y por último con la reseña de las esperiencias de M. Charcot en la Salpêtrière sobre la catalepsia producida por la influencia de la luz, ha destruido dia por dia una parte de lo maravilloso que era el fondo de las creencias en la mayoría de las sociedades humanas. M. Bersot casi aparenta sentido: «Soy indulgente, dice, con esas debilidades, no me pone de mal humor un sueño, ni aborrezco á las hadas;» pero cuando estos sueños constituyen una enfermedad, cuando conducen á sus víctimas hasta la locura, y lo que es peor, hasta la estafa, ya no es poesía y no hay por qué sentirlo: «el proceder ha matado al misterio.»

Como periodista, M. Bersot ha sido uno de los más especiales y más brillantes de ese gran periódico el *Diario de los Debates*, que tantos ha producido. Al lado de Paradol y M. Juan Lemoine, y anteriormente de Saint Mare de Girardin tiene su originalidad propia. Saint Mare de Girardin, para empezar por el más antiguo, y uno de sus maestros, tenía un buen sentido indiferente y descuidado, que gastaba mucho, unido á una inclinacion muy viva á la alusion y á la ironía. Clásico en todo, no salía de la esfera de las ideas medianas, que no me atrevo á llamar vulgares por lo que las elevaba, por la manera de tratarlas; pero bajo las gracias de un lenguaje completamente frances, no se percibía bastante el aguijon de la vida ni la emocion del pensamiento. Paradol, ménos variado, ménos fecundo,

ménos entendido, tenía una naturaleza más original, á quien el soplo de un siglo enfermo había inspirado tal vez demasiado. Tuvo un carácter noble y altivo, en tanto que no se vió «humillado por la vida,» segun la admirable frase de Aristóteles, y como otros muchos espíritus elevados había recibido el don de la ironía, en la que era un perfecto maestro. La Providencia parece haberlo formado expresamente para la pérdida del segundo imperio; todo callaba cuando con una voz clara, precisa, en el lenguaje más delicado, vino á mostrar á la Francia, que si no podía combatir la tiranía, por lo ménos, podía burlarse de ella. Todas las leyes de seguridad general eran impotentes contra esa burla fría que todas las mañanas durante diez años despedazaba al Gobierno, sin que éste ni siquiera lo sospechase, porque el castigo de los poderes fundados en la fuerza, es desconocer é ignorar el poder del talento. M. John Lemoine es tambien á su manera un gran periodista, pero es de un carácter distinto: es un humorista; como la mitad de su nombre es inglés, parece que lo es tambien la mitad de su talento, por lo ménos hay en él cierta cosa que los ingleses llaman *humor*; tiene de esos rasgos inesperados de una chispeante inventiva que dejan profundas huellas; tiene verbosidad, lijereza, no siempre constante, sino ese arranque y ese *brío* que hace pasar todo al público frances.

Al hacer el retrato de estos grandes periodistas, acaso parecerá que nos hemos hecho la tarea más difícil; ¿por qué donde encontrar rasgos nuevos para caracterizar el que más nos interesa en este momento? ¿Cómo distinguir á M. E. Bersot por hechos que le sean propios, y sobre todo dibujarlo con precision? Y sin embargo, no se confunde con ninguno de los que le preceden, difiere de ellos, y siempre es el mismo. Lo que no permite confundirlo con otro, es que une al talento de un hombre de mundo, la sensibilidad y la imaginacion; en una palabra, una especie de poesía. Es un discípulo de Voltaire que ama apasionadamente Rousseau. Tiene el buen sentido de Saint Mare Girardin, pero con esa punta de inquietud, con ese matiz de turbacion, con esa especie de mirada interna del hombre que conoce la vida, y no se ha contentado con gozar de ella. Sus burlas no tienen la frialdad de Paradol ni la fantasía de M. John Lemoine; son suaves, son benévolas, son pacíficas sin dejar de ser picantes y chistosas. Cuando decía á M. Ernoul en 1873 con motivo de su discurso contra la disolucion de la Cámara: «Es desconocer por completo á los franceses condenarlos á unas Cámaras eternas;» cuando hablando de un prefecto de los Pirineos que había prohibido el baile llamado la farándula como revolucionario, terminaba diciendo: «Esperamos que permitirá el minuet;» estas palabras picantes nada tenían de ofensivo, y aquellos á quienes las dirigía debían ser los primeros en reirse de ellas.»

Como periodista, M. E. Bersot trata las cuestiones más variadas: literatura, enseñanza, política y hasta filosofía; está dispuesto á todo,

y se encuentran reunidos en este volúmen numerosas páginas encantadoras, agradables, de un lenguaje vivo, ligero, conmovedor y á veces de un pensamiento profundo, que tienen derecho á ocupar un puesto en la literatura francesa. Como director de la Escuela normal, en los discursos de aperturas solemnes, en presencia de los ministros y de los discípulos, M. E. Bersot emite principios de gobierno que podrían tener aplicacion más extensa y más alta. Nuestros hombres de Estado deberían venir á aprender política á la Escuela normal, en la que verían aplicar el arte de hacer con suavidad las innovaciones y la conservacion ámplia, de mandar la disciplina con la libertad, lo antiguo con lo moderno. Así explica como se entiende en la Escuela normal, la historia, la filosofía y las letras; cómo en cada uno de estos ramos puede introducirse un espíritu nuevo sin comprometer nada de esencial, y sin sacrificar nuestras mejores tradiciones. En historia estimula el estudio de las fuentes y del manejo «de los instrumentos de precision.» Pero cree que no es faltar á la dignidad de la historia «hacerla legible, darle claridad, movimiento y vida.»

En cuanto á la filosofía, invita á que se «atrevan» y al mismo tiempo á «contenerse.» Reconoce que la filosofía actual «se atreve á mucho» y que la «habilidad con que se destruye y edifica produce vértigos.» No está, dice, sin inquietud sobre «estos prestigios;» pero despues de todo, añade, la audacia corresponde á la juventud y los filósofos jóvenes, «tienen cerca de sí consejeros para advertirles que se anden con cuidado.» Respecto á la literatura, opina que durante largo tiempo ha parecido un arte, y hoy parece sobre todo una ciencia. «No hay que descuidar el estudio científico del frances,» pero, «á ruego de pasar por anticuados, procuraremos en la Escuela ensayarnos en componer y escribir.» De este modo en todos los asuntos graves de nuestra escuela universitaria mantiene lo esencial, abriendo camino á las prudentes novedades. «No hay que reformar más que para conservar.»

Al lado del filósofo, del periodista, del director pedagógico, se puede hallar tambien en la obra de M. Bersot, un cuarto personaje, el académico, y sería un estudio agradable buscar como ese talento personal é independiete se aviene con las solemnidades académicas. Contentémonos con decir que estas no le causan embarazo alguno y que siempre es el mismo, sensato con malicia y natural con gracia.

El Arte cisoria de D. Enrique de Villena.—La manía hácia los libros raros ó curiosos cunde que es un portento. No bastan ya por lo visto las sociedades de bibliófilos que existen en Sevilla, Valencia, Zaragoza y Madrid; ya los particulares por sí se dan á hacer esta clase de ediciones caras, y á las que en Barcelona se hacen en tipos góticos en la reputada imprenta de Verdaguer, sucedió hace algun

tiempo el *Libro de la Montería*; editado por el Sr. Gutierrez de la Vega, y aparece ahora el *Arte cisorio* de D. Enrique de Villena, que publica D. Felipe Benicio Navarro.

Habíase publicado esta obra hace poco más de un siglo, por los frailes del Escorial, en cuya biblioteca estaba el manuscrito. Por cierto que no es exacto lo que dice Lafuente en su *Historia de España*, que ésta fué la única obra que aquellos publicaron.

Pero con esta sucedía lo que con otras muchas cosas, y muchos libros, de los que todo el mundo habla sin conocerlos. Así ha sucedido que el mismo historiador Lafuente asegura que el *Arte cisorio* trata de indumentaria, cuando no hay tal cosa; y que él y otros muchos hayan censurado acremente al supuesto nigromántico, porque se ocupara de una materia fútil para ellos. Sin embargo, encontraban dignos de aprecio otros trabajos sobre la etiqueta de las casas de los reyes de España.

El libro del Sr. Navarro, pues de él son las tres cuartas partes de la obra, no es lo que suelen ser los libros de los bibliófilos: hablamos del fondo. En cuanto á la forma, no puede ser más esmerada; y es una cuidadosa reproducción de las ediciones en 4.^o que se hacían á principios del siglo xvi. Impresa en elegante y limpio tipo elzeviriano sobre excelente papel de tina ó de hilo, como inocentemente se le llama, hace honor á la imprenta de *La Renaixensa*, que regenta en Barcelona el Sr. Aldaver, y es muy conocida por sus primorosas impresiones. Lleva el libro un retrato de D. Enrique de Villena, grabado al agua fuerte por el mismo Sr. Navarro; no le falta tampoco ni un extenso y muy luminoso vocabulario, ni las tablas analítica y de nombres propios que eran de rigor en las ediciones antiguas y modernamente se van poniendo á toda obra esmerada y de cierto género.

Preceden al *Arte cisorio* una *Introduccion* en la cual trata de probar brevemente el editor la falta de razon con que se ha motejado á D. Enrique de Villena por haberse ocupado de esta materia, así como se pone de manifiesto apoyándose en ilustres autoridades de varias épocas anteriores al célebre tío de D. Juan II, la importancia de la misma.

Sigue una extensa y razonada biografía del autor del *Arte cisorio*, en la cual se demuestra cuán erróneamente se le ha estado llamando *Marqués de Villena*, relatándose su accidentada existencia con un colorido y una animacion que revelan en su autor grandes dotes para cultivar este género de literatura.

Otro estudio más difícil sigue á este, y es el que tiene por objeto las obras de D. Enrique. En este trabajo, que á pesar de lo que ya sobre dichas obras se ha escrito, encuentra el lector muchas noticias y apreciaciones nuevas y curiosas, se ofrece un cuadro de lo que era la literatnra castellana en uno de sus períodos más interesantes.

Por fin, ha dedicado el Sr. Navarro algunas páginas más al exá-

men del *Arte cisoria*, considerándole como obra literaria y como tratado de costumbres.

El opúsculo de D. Enrique de Villena es verdaderamente curioso y el nuevo editor ha tenido una feliz idea al ponerlo en condiciones de ser conocido. No merece ciertamente otro interes que el de la curiosidad, pero cuántos y cuántos llevan publicados las sociedades de los famosos bibliófilos que no cuentan siquiera con este atractivo.

El libro del señor de Ginesta trata la historia del arte de trinchar; trata luégo, principalmente, de todo lo relativo al servicio de la mesa de los reyes en la parte del trinchante ó cortador, personaje independiente hasta cierto punto dentro de palacio, y al cual prescribe el *Arte cisoria* con prolija minuciosidad cuanto ha de observar en su persona; hasta el cuidado que ha de tener con su dentadura y en el traje, prescribiéndole que no lleve botas nuevas en los actos de servicio, porque huelen mal, y que use ciertas piedras en sortijas, que son contravenenos y desinfectantes.

La parte que podemos llamar técnica del *Arte*, está tratada como si el autor no hubiese hecho en toda su vida otra cosa que trinchar aves, reses, pescados, legumbres y frutas, pues todos esos comestibles tienen capítulo aparte dedicado, con lo cual se ofrecen curiosísimos detalles sobre cada uno de aquellos artículos segun se usaban y apreciaban en la Edad Media.

Pero no es tan insustancial esta obra considerada bajo el punto de vista filosófico. Hay en ella varios capítulos, en los que al tratar D. Enrique de los derechos del cortador y de todo lo relativo á la enseñanza, provision y ejercicio de este cargo, da pruebas de su profundo saber y de lo elevado de sus pensamientos, haciendo consideraciones filosóficas de mucho interes.

Hé aquí lo que dice el Sr. Navarro al ocuparse de este punto del *Arte cisoria* :

«Tan docto en las ciencias filosóficas y matemáticas como en la poética y en estas artes, propias, á juicio de muchos, tan sólo de gente baja, demuestra (D. Enrique de Villena) no menor conocimiento de la vida palaciega, «tormentoso golfo á donde la mayor bonanza amenaza la mayor tempestad,» al señalar con exquisito criterio las condiciones y educacion que habrán de tener los oficiales encargados de servir á la mesa real, en este menester del cortar. En los capítulos que á estos diversos puntos dedica, se ve bien claro al autor de los *Doce trabajos de Ercoles*, del *Tratado de consolacion* y de algunas de las *Epístolas*, que aquilatan el alto espíritu filosófico con que D. Enrique trataba siempre todos los asuntos sobre que discurría, pues á pesar de lo mucho que ya en su época se había escrito sobre la materia, por los autores citados, y otros muchos con cuyos nombres podríamos aumentar nuestra bibliografía, todavía los capítulos que en su obra dediea á aquella D. Enrique, revelan que no era el plagio flaco muy comun en los escritores de su época, falta de que

se le pudiera tachar. Sus consejos y prescripciones, áun ajustándose á las ideas y principios establecidos, llevan el sello de una esencial originalidad, y cuando ménos, son considerables explanaciones de algunos de los principios que sucintamente estableció ó copió don Alfonso el Sabio, notándose reflexiones tan dignas de atención, como esta que se encuentra al final del capítulo XII: «.... Ca non es alguna cosa (que) tanto lealtad engendre é mantenga como libertad e segura esperançã de gualardon; asy se fase el coraçon mas noble e se preçia en dexar fasaña e bine seguro que su bien facer sera sabido e nombrado e conoscido.» Y más adelante al hablar en el capítulo XIV de los derechos é inmunidades que debe gozar el cortador: «.....en esto sera el rrey loado de firmesa con ystançia avido por justo gualardonador de bien fecho e en fauor de lealtad e en buen serviçio pues que es su mano la balançã distributiua por cuyo enxemplo la çiuilidad se mantiene.»

«No es, pues, tan baladí el propósito que inspiró la composición del *Arte cistoria* como algun escritor ha pretendido, ni esta obra se recomienda al erudito, al literato, al estudio arqueológico de sus cosas umbres, por este solo concepto.»

Al *Arte cistoria* sigue un extenso apéndice en el que hay estudios muy curiosos que le ilustran, tales como los que llevan por epígrafes: *Pronunciacion del romance castellano en el siglo xv*, *El consistorio de Barcelona*, *El marquesado de Villena*, *Monografía del tenedor*, *Reglas de urbanidas prescritas por D. Alfonso el Sabio*, y el *Yantar de los reyes*, siendo de notar igualmente otros sobre el pavon ó pavo real, que es la primer ave de que se ocupa D. Enrique de Villena, y la que mayor representación tenía en los banquetes de la Edad Media, sobre los *manjares*, *guisos* y *bebidas* usados en aquellos banquetes en el que se detalla hasta su origen y confección, etc.

Es esta la parte del libro más entretenida por muchos conceptos, y el apéndice que lleva por título el *Yantar de los reyes*, es un interesantísimo y detenido estudio de costumbres palaciegas del siglo xv con el que termina dignamente el cuerpo del libro, del cual, bien se puede decir con toda propiedad y justicia, que *une utile dulci*.

Que la edicion se agote pronto, es lo mejor que podemos desear al Sr. Navarro.

